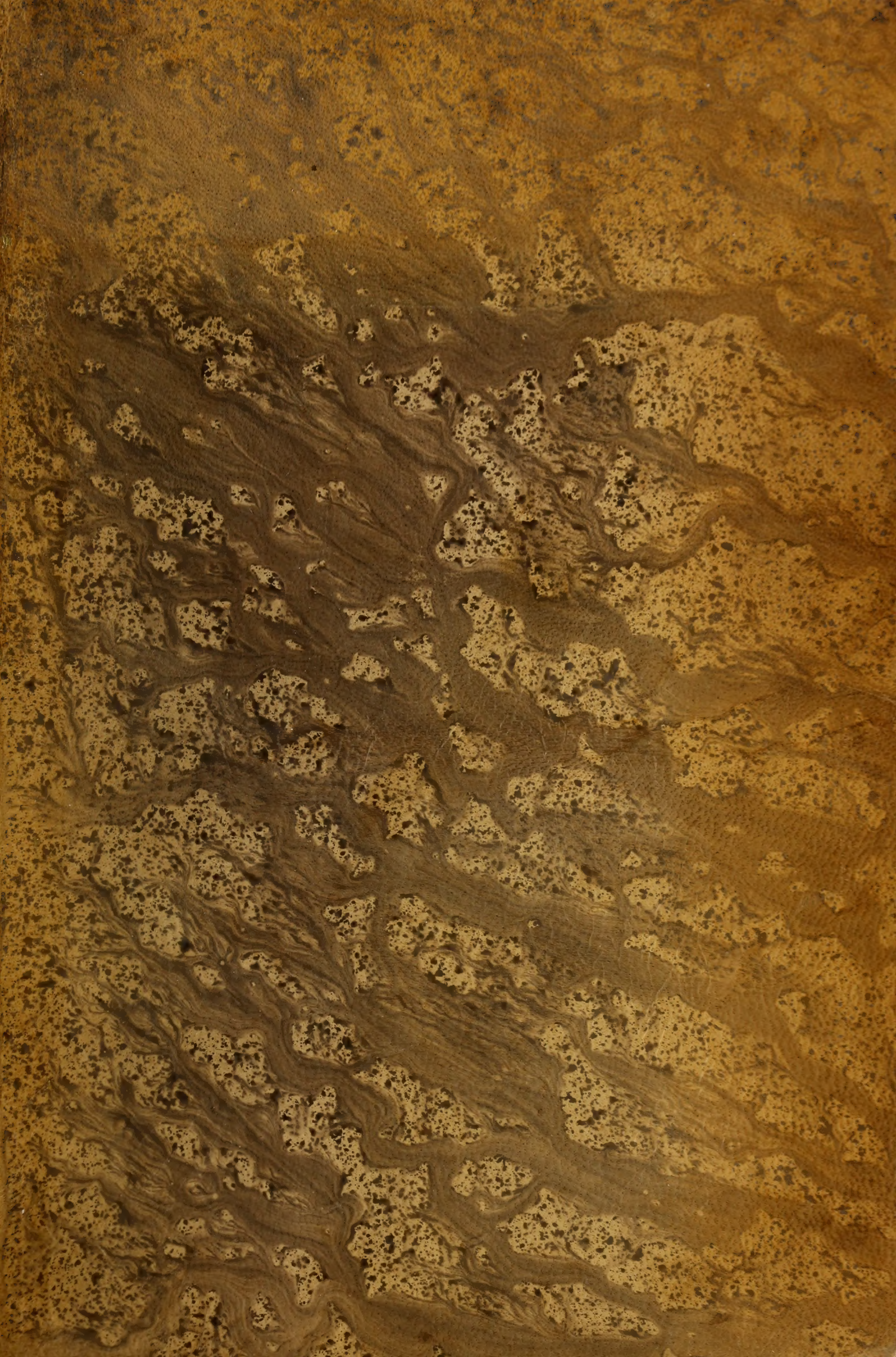






Memorias de Antonio Vico

Antonio Vico

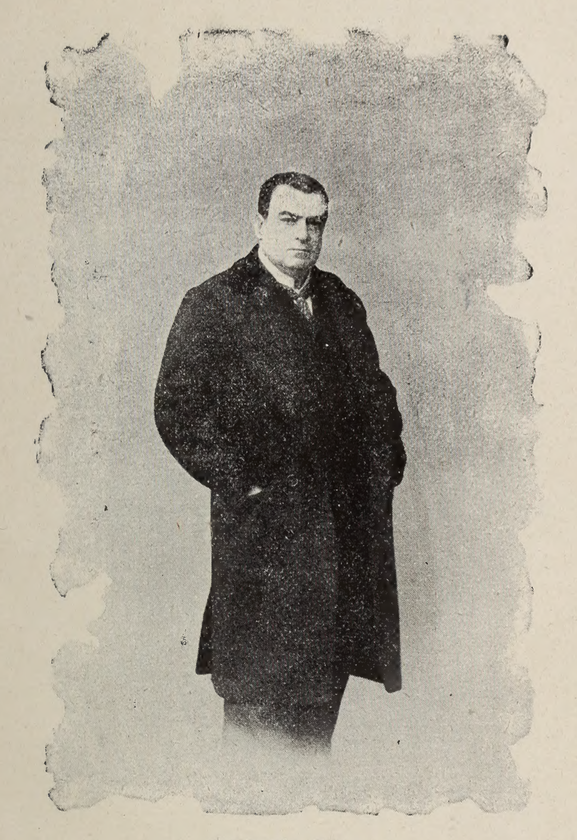
MIS MEMORIAS

(Cuarenta años de cómico)



SERRANO—EDITOR
Plaza de Bilbao—San Bartolomé, 4
MADRID

Imprenta de A. Pérez y C.ª—Pizarro, 16—Madrid



Antonio Vico.

PROLOGO



PRÓLOGO

VICO

Triste deber, pero deber ineludible, es éste que hoy cumplo al consagrar un recuerdo de cariño y al pagar un tributo de admiración al que fué amigo queridísimo y artista prodigioso durante tantos años.

Al que ha sido gloria de la escena española y figurará por derecho propio en la Historia del Arte dramático.

Sí; Antonio Vico pertecece á la Historia, y su nombre quedará escrito en los anales gloriosos de la escena española.

Pero, ¡qué cruel es el destino de los actores!; ¡cuánto les cuesta conquistar un nombre glorioso, y de qué manera tan poco segura la consiguen!

En las demás artes, mucho cuesta crear grandes obras y conquistar fama y aplauso; pero las obras quedan siempre. La creación del artista, ni se borra ni desaparece; antes bien, se acrecienta, y siempre está dando fe del genio que le dió vida.

El pintor deja sus cuadros, y en un lienzo, con unas cuantas pinceladas, dejó en forma perenne los resplandores de su talento.

Quien lo ponga en duda, que mire al cuadro, y allí está la prueba, el testimonio, el objeto creado.

Y pasarán siglos y siglos, y todo el mundo dirá: Velázquez, Murillo, Rembrant, Ticiano, Rafael, Leonardo de Vinci.

¡Oh! ¡Estos no mueren, en sus obras quedan; éstos son verdaderamente inmortales!

Ni la envidia ruín, ni la crítica venenosa, ni las pasiones ciegas, ni el cansancio del público, ni el olvido, pueden vencer el genio de la pintura.

Lo que conquista, conquistado queda; su inspiración jamás se desvanece; lucharon, sí; sufrieron, sufrieron acaso mucho; pero llegaron á vencer, y su victoria fué definitiva.

Triunfaron del tiempo, triunfaron del olvido.

Otro tanto podemos decir del escultor: crea en mármol ó crea en bronce; pero su creación es eterna, la piedra ó el metal son agradecidos, y conservan en sus divinas formas la inmortalidad de su creador.

Y lo mismo podemos repetir para el arquitecto. Ved columnas, capiteles, frontones, bóvedas, templos, catedrales, un mundo que sacó de la nada el constructor, proclamando su gloria y conservándola en materiales incorruptibles.

Y así, el lienzo y el color, la piedra y el bronce, el dintel, el medio punto y la ojiva; todo lo que ha recibido forma artística, todo lo que ha salido del caos de las ideas á la luz del día y á la admiración de las gentes, pronuncia en cada momento, con vibraciones de luz, con las curvas admirables de la forma humana, ó con los ritmos de piedra del monumento arquitectónico, el nombre de su autor; todo es así como un himno perenne á través de los siglos.

Que tales artistas, que procuren una vez, una sola, ser inmortales, y lo son para siempre.

Del mismo privilegio gozan el músico, el poeta, el escritor y el sabio.

Sus creaciones son más duraderas, aun más que si fuesen de piedra ó de bronce: un pergamino, un papel, unos signos, unas rayas, unas letras, y quedaron para siempre fijos en el tiempo las armonías, los versos y las ideas.

El que dude que Calderón y Lope fueron dos grandes poetas, que lean sus obras; el que quiera saber lo que fué Sakespehare, que lea sus dramas; el que dude de Newton, que procure aprender lo que él enseña, que escritos están eternamente en la tierra y en el cielo sus prodigiosos descubrimientos.

Todos estos genios y los anteriores, como hayan entrado una vez en el Templo de la Fama, allí se quedan, nadie puede echarlos.

Pero en cambio, ¡qué suerte tan distinta es la del gran actor!

También fué creador maravilloso.

Lo ha sido Vico, y le habéis oído, y aún me parece que resuenan sus triunfos, ¡y todos le aplaudieron frenéticamente en España y en América!, y sus creaciones son innumerables; no un cuadro, cien cuadros; no una estatua, cien estatuas; y creó monumentos de arte y esparció armonías humanas por este ambiente, y lo cuajó de resplandores y de tempestades; y de todo eso, ¿qué resta? ¿dónde está? ¿dónde se oye? ¿dónde se va? Hoy una emoción piadosa, un recuerdo de lejanas glorias, y al fin, en la Historia del Arte un nombre; pero nada más que un nombre, y el asentimiento frío de la Tradición. Me parece que ya les oigo: «Sí, «dicen» que fué un gran actor: «dicen, dicen»; nosotros no lo sabemos, no le hemos oído, en la Historia del Arte Español está su nombre, pero nada más que su nombre.»

Figuraos que á Velázquez se le hubieran quemado todos sus cuadros, ¿qué quedaría de Velázquez? Una memoria pálida y la firma de algún crítico, á modo de firma de notario, dando fe de que fué un buen pintor.

Figuraos que á un escultor ó á un arquitecto se le hacen polvo sus estatuas ó escombros sus templos, ¿qué quedaría de ellos? Nada, el polvo y el escombro.

Pues al morir el pobre Vico se le han quemado sus cuadros, se le han hecho polvo sus estatuas, se le han derrumbado sus bóvedas; toda su creación ha vuelto al caos; ¿qué le

queda hoy de la labor inmensa, sublime, prodigiosa tantas veces; de treinta años de febril trabajo y de inspiración admirable, qué le queda?

Nada, los ecos lejanos de unos aplausos, las críticas de los periódicos, las lágrimas de sus amigos y unos recuerdos, que si hoy todavía conservan alguna viveza, dentro de algunos años serán cenizas de unas ascuas, suspiros que se pierden, gotas de agua que van á mezclarse á las que forman el Océano inmenso de la vida.

¿Y por qué, por qué?

Porque el actor trabaja no en lienzos ni en colores, ni en piedras, ni en bronces, ni siquiera en el papel, ni aun en las armonías de un verso, que con estar formadas de aire, aun así la tradición las repite.

No; Vico labró centenares de estatuas en carne humana, «en su propia carne», con los latidos de su corazón, con las voces vibrantes de su garganta, con el sudor que al terminar cada estreno empapaba su frente; labró en su propia vida algo que no puede encarnar en nada material; alegrías, dolores, risas y lágrimas, pasiones humanas que sobre esta misma escena se desbordaron. Sí, su obra artística fué monumento labrado con el jugo de su propia vida, y al faltarle la vida, estatuas y monumentos, alegrías y dolores, gritos sublimes y rugidos feroces, y el ademán y el gesto y las grandes palpitaciones del arte, todo se deshizo, todo se borró, todo se ha hundido en las eternas sombras de la muerte, y hasta para mayor tristeza, sus pobres restos quedan separados de la madre patria y de este escenario por la inmensidad del Océano, á pesar de los generosos esfuerzos de quien á otros muchos aplausos ha unido esta vez el que se debe á toda acción noble y á todo arranque generoso del corazón.

No hay artista que en el breve espacio de unas horas obtenga triunfo mayor que el actor; pero bien lo paga. Gana su inmortalidad acaso en una hora, y en otra hora se le deshace.

No es este el momento, ni es la ocasión de hacer un juicio crítico del que durante treinta años ha sido el constante vencedor, y casi pudiera decir el sublime tirano de la escena española.

Todavía esta generación le ha conocido, aunque no toda ella le conoció en el apogeo de sus facultades y en la colosal fuerza de su genio.

Evocar recuerdos de sus triunfos continuados, no es hacer un juicio crítico, es unir á los recuerdos del público los míos propios; es reunir al dolor del público, el dolor de quien durante tantos años fué su compañero en las febriles luchas de la escena.

Yo vuelvo la vista á lo pasado, evoco memorias ya lejanas, y le veo como le ví la vez primera representar «La Capilla de Lanuza».

¡Qué figura tan gallarda, qué ademanes tan nobles, qué entonación y qué modulaciones tan prodigiosas y qué voz tan dulce y tan potente! Porque aquella voz que luego el trabajo de tantos años enronqueció á veces, era en la época á que me refiero, dulce, pastosa, musical y de extraordinario vigor.

Aun recuerdo dos ó tres años después, cuando representó en este mismo escenario «El Cid», de Fernández y González, aquella escena del primer acto, y me parece que le oigo decir aquellos versos:

> **«Es mi honor que se derrumba**
> **Y que al derrumbarse atruena.»**

el teatro entero vibró, y Vico no era Vico, era el mismo Cid.

Y pasaron los años y Vico siguió creando personajes, dándoles su vida, su aliento; el calor de su sangre, la inspiración soberana de su alma de artista.

¿Qué se han hecho aquellas grandes figuras, aquellas creaciones en que Antonio Vico depositaba todas las energías de su sér?

Yo las veo vagar por este escenario, las oigo en los mo-

mentos supremos; hoy son fantasmas que el recuerdo evoca; entonces tenían carne y sangre, las del actor, que así, poco á poco, las fué consumiendo en el fuego de su inspiración.

Yo le veo en el admirable Segismundo de «La vida es sueño»; en el carácter misteriosamente poético de «Traidor, inconfeso y mártir», que fué siempre una de las mejores creaciones de Vico; yo estoy viendo su gallarda figura, vestida de negro, apoyándose allí en el fondo del escenario sobre la tumba de doña Inés en el quinto acto de «Don Juan Tenorio», y aún me parece que le oigo, una noche, una sobre todas, decir las décimas que empiezan:

«Mármol en quien doña Inés»

con acento tan puro, tan poético, tan romántico, como no habría podido soñar ni el mismo Zorrilla.

Yo le tengo ante mí, cuando dijo el monólogo de «Consuelo» con tal perfección artística, que Tamayo, el gran dramaturgo, quedaba asombrado ante tal perfección; y luego, en el último acto del mismo drama, á impulsos de la pasión, le estoy viendo girar rapidísimo, con un movimiento inconcebible en la escena, el sombrero en la mano y buscando por todas partes al marido de Consuelo; buscándole en el suelo y en el techo, y en los rincones del salón, y en todas partes; movimiento absurdo que pintaba prodigiosamente la pasión; movimiento que en otro actor hubiera sido ridículo, que en él era sublime, y que hizo estallar al público en bravos frenéticos y en aplausos no interrumpidos.

Yo le veo, encarnando la noble figura de Sakespehare, en «El Drama Nuevo».

Le veo en el teatro de Apolo, en la inolvidable noche del estreno de «El Nudo Gordiano», enloquecer al público una y otra vez, y enloquecerlo por completo, cuando en el final dice con acento de salvaje desesperación, refiriéndose al honor de su nombre y de su casa:

«Se va á la cárcel conmigo.»

Yo le recuerdo y le veo en el teatro de la Zarzuela en el estreno de «La Pasionaria» realizar maravillas pasando, con aquella gran flexibilidad de que le dotó la Naturaleza y que afinó el Arte, de lo cómico á lo dramático, de la ironía á la desesperación; porque Vico sabía recorrer toda la escala de las pasiones; yo lo recuerdo representando todos los dramas de todos los autores dramáticos de aquella época, y en todos ellos dominando al público, sublimando la obra, si la obra gustaba; salvándola muchas veces, aun no siendo del gusto del público, y ganando siempre aplausos para el autor, aun en los casos más desesperados.

Yo le oigo todavía recitar los rotundos versos de Zapata, y aun en sus últimos tiempos, cuando el trabajo y la fatiga habían marchitado los acentos más puros de su voz, cuando su corazón latía angustioso y parecía ceder su cuerpo bajo el peso de tantos dramas, tantas creaciones y tantas luchas, aun entonces, con esfuerzo supremo, daba las últimas llamaradas de su genio en la vigorosa creación de Dicenta «Juan José».

Porque Vico, en su larga carrera y en la galería inacabable de sus personajes, ha recorrido toda la escala; reyes, magnates, filósofos, caballeros y villanos, y lo mismo vestía la trusa ó la malla, que la levita, el frac, ó la chaqueta.

Era Hamlet, era Sakespehare, era Guzmán el Bueno, y otras veces era el personaje cómico, pero noble y simpático, de la comedia de Enrique Gaspar titulada «La Levita»; y unas veces admiraba y aterraba otras veces, y hacía reir cuando quería dar la nota cómica, siendo siempre el gran actor en todas las manifestaciones del Arte dramático.

Pero con recordar todo esto, aún olvido muchos más, y sin duda se confunden mis ideas y se nublan mis memorias cuando ya no he pronunciado el nombre de «Los Amantes de Teruel», obra en que llegaba Vico, la noche en que se sentía inspirado, á las más altas regiones del sentimiento.

Esta fué la última vez en que oí á Vico, al verdadero Vico; y una noche, sólo una noche. Puede decirse que fué la lla-

marada postrera del genio; todos los que estábamos entre bastidores lo dijimos á una voz: ¡Sí, éste es Vico, todavía es Vico!

¿Y «El Alcalde de Zalamea?» Por qué no hablé antes del «Alcalde de Zalamea.»

Y ¿por qué no hablé de «García del Castañar?» Porque sería imposible enumerar todos los triunfos de Vico. Aun viniendo á otro terreno, al melodrama de estilo francés ó italiano, ¿quién no lloraba viéndole representar «La Muerte civil», en cuyo drama ha emulado, si no ha vencido, y en concepto de muchos de nuestros críticos ha vencido de hecho, á los primeros actores del extranjero?

Y es que en punto á inspiración, y en esos momentos en que el alma se transforma en otra alma, y el actor siente verdaderamente la creación del poeta, ¿qué actor extranjero ha sido superior á Vico?

Vico, sobre todo, era actor de instinto y de inspiración

Pero ¿era actor de estudio?

Vico estudiaba cuando era preciso estudiar, y estudiaba sin estudiar muchas veces, y perdóneseme la aparente contradicción, ¡pero sus grandes triunfos los debió siempre á un instinto maravilloso y á una inspiración verdaderamente sublime!

¡Ah! Cuando él sentía el estremecimiento de lo sublime, que dijérase que le corría por todo el cuerpo, y que venía á estallar en acentos admirables en su garganta, Vico era invencible.

Esta tensión suprema del espíritu, este estrecimiento de los nervios en un sér humano, no podía ser constante, y así, muchas veces parecía ceder al cansancio; pero jamás se retiró de la escena, aun en los días de más frialdad en el ambiente teatral y de más desfallecimiento, sin clavar por lo menos una vez en escena las garras del león.

Y al hablar de la labor inmensa de Antonio Vico, ¿cómo no hablar de mis obras, y cómo hablar de mis obras, siendo mías?

¡Qué lucha tan larga, cuantos años escribiendo para él, ensayando con él, dividiendo con él las emociones del estreno!

¡Qué creaciones tan prodigiosas ha realizado! Serán los personajes humildes y aun imperfectos por ser míos; pero cuando encarnaban en Vico, ¡cómo se me transformaban, cómo crecían, qué gallardos eran unas veces, qué grandes otras, y siempre qué conmovedores!

Yo le daba el bloque, lo mejor que podía, no siempre como hubiera querido; él labraba la estatua, y esas creaciones de la escena son las que hoy veo entre las mejores creaciones del gran artista.

Veo en el Teatro Español á Vico en «La Esposa del Vengador», al pie de la verja del Santo Cristo, con la capa pendiente del hombro, la espada al viento, la melena revuelta; ¡qué figura tan hermosa!

Y allá en el teatro de Apolo, todavía resuena para mí aquel grito que lanzaba con sublime esfuerzo, y que llenaba el escenario y la sala:

«Por asalto como tú».

Y en el D. Lorenzo de «O locura ó santidad» qué verdad, qué dolor, qué desesperación; sí, era la verdad, la verdad misma, no era un drama, no era una creación del artificio dramático, era la vida y el dolor en un hombre, era un alma luchando á brazo partido con el deber, ó el destino, ó la fatalidad, ó lo que fuera.

Y en «La Muerte en los labios», en la escena final del segundo acto, representando el papel de Walter llega á la cumbre del arte dramático. No, no era Vico; por su figura, por su fisonomía, por su manera de sentir, era el calvinista, el fanático, el apoplético!

Pero, ¿á qué continuar? La lista de personajes que ha creado Antonio Vico, no tiene fin, y tendría que seguir hablando, aun sin abandonar mis dramas, de «Lo sublime en lo

vulgar», de «Vida alegre y muerte triste», de «De mala raza», de «La peste de Otranto», de «Los dos fanatismos»... ¿qué sé yo?, ¡lo innumerable!

Treinta y tantos años ha estado Antonio Vico creando personajes sobre la escena, que ha sido, como antes expliqué, estar labrando centenares de estatuas y centenares de seres en su propio cuerpo y en su propia alma, con martillazos de escultor sublime; y así durante treinta años han estado martirizando su pobre carne humana, porque éste es el trabajo cruel, implacable, del actor sobre sí mismo; tiene que conmover al público y para conmoverle, tiene que darle sus propias lágrimas, el calor de su sangre, las palpitaciones de su corazón, lo mejor de su sér!

Todo para el público, todo para el Arte, y á él ¿qué le queda? Un cuerpo quebrantado, dolorido, deshecho, restos y ceniza.

Eso es hoy el pobre Vico: ceniza, ceniza fría, unos despojos que ayer vibraron con todas las vibraciones del Arte, hoy se deshacen en la sombra y el silencio.

Se le busca por este escenario y no se le encuentra; se aplica el oído y no se oye su voz; hay pequeñeces que se clavan en el corazón como grandes torturas. ¡Perdonadme!... pensar que ya nunca oiré al andar entre bastidores, como tantas veces he oído, decir al segundo apunte: «Preparado, don Antonio», y darle la frase de salida, es una pequeñez, sí, pero que hiere cruelmente como punta de acero.

Vico en sus últimos años, llevó á la tierra americana los restos de sus grandes glorias, y no ha vuelto.

En el mar, al que tuvo siempre tanto miedo, como él con su gracia incomparable explicaba en momentos de expansión, en el mar, decimos, murió el pobre Vico.

En el camarote de un buque, después de una navegación que debió ser para él una continuada agonía, al entrar en el puerto; pero rodeado por las olas amargas, cuya continua palpitación llegaría hasta su litera.

La muerte siempre es triste; pero morir en su casa, rodeado de los suyos, viendo lágrimas de cariño y de pena, rostros amigos, objetos amigos también, porque en el hogar doméstico todo es algo nuestro, con toda clase de consuelos, y hasta mezclándose al último dolor la última esperanza, no es lo mismo que morir solo, en un espacio estrecho, y, por decirlo así, prestado, entre el oleaje implacable, el balanceo cruel y el ruido de la hélice, que no respeta ni el extertor de la agonía.

Triste, muy triste, ha debido ser la muerte del pobre Vico.

Esta fué la primera idea que me asaltó, y es la que habrá asaltado á su familia, á sus amigos, que son muchos, á sus admiradores, que lo son todos.

Suframos la ley universal de la muerte; el que nació, nació para morir; pero no con refinamientos de martirio.

Lo he dicho ya en otra parte, y no puedo menos de repetirlo ahora. Así como en toda armonía hay un tema dominante, así en la sinfonía tristísima del dolor hay una nota dolorosa que á todas domina, y es ésta que acabo de explicar.

Son caprichos, acaso, de la imaginación; pero yo me figuro la muchedumbre gloriosa de los personajes creados por Vico en su larga carrera, al caballero de capa y de tizona y de sombrero con pluma, al guerrero de la Edad Media cubierto de malla ó de armadura, al villano de Zalamea con su coleto y su vara de alcalde, á uno y otro personaje del día, con frac ó con levita, al Cid, á Guzmán el Bueno, al Pastelero de Madrigal, al calvinista de Ginebra, á D. Carlos de Quirós, á don Lorenzo, al burlador D. Juan, á García del Castañar, al tendero del chaleco rameado de «La levita», á cien y cien personajes más cuyos nombres ni siquiera recuerdo, brotar del espacio todos ellos, condensarse todos ellos como figuras fantásticas en la gran cámara del vapor en que Vico agonizaba, y todos revueltos, todos confundidos, precipitarse hacia su camarote y querer entrar para despedirse de aquel artista admirable que les dió vida, y rozar su frente con sus labios de

sombra y devolverle en lágrimas, si es que tienen lágrimas estos fantasmas del arte, las que hizo derramar el artista sublime por ellos y para ellos en uno y otro público, en España y en todas partes.

¡Ah, sí! Algo de esto debió suceder, al menos en el cerebro de Vico, cuando ya para siempre se apagaba aquella potente inspiración.

¡Cuántas muertes había ensayado Vico en escena! ¡Cuántas veces se había muerto, robando á la realidad poética ó al realismo más crudo sus quejidos y sus estremecimientos! ¡Sólo esta mnerte le faltaba, y esta la consumó, Dios sabe tan sólo en medio de qué angustias, entre Santiago y Nuevitas!

¡Oh, aquellos mares, aquellos mares! ¡Qué crueles son para España y para todo lo que más amábamos en España!

Vico cumplió su destino, acabó su obra, ha trabajado durante cuarenta años, ha dado lo mejor de su sér á la escena, á las grandes pasiones del Arte, á los grandes caracteres, sobre todo á los nobles arranques; porque en Vico, circunstancia notable, la mayor inspiración se unía al arranque más noble.

Lo más noble, lo más grande, era lo que mejor interpretaba.

Lo pequeño, lo ruin, caracteres egoístas, materialismos groseros, inclinaciones bajas y rastreras, pasiones venenosas, crímenes negros, muy negros, lo que salpicaba de lodo, todo esto le repugnaba á Vico.

Cuando era preciso, intepretaba lo que se revuelve en los abismos negros del corazón; pero, por obligación, de mala gana, marcando tales creaciones todavía con su genio, pero entre momentos de timidez, como si tuviera remordimientos y vergüenza de encarnar en infamias.

A todo esto tiene derecho el Arte, ya lo sé; pero á Vico le repugnaban tales cosas.

Vico era el artista de lo noble, de lo gallardo, de lo enérgico, de lo humano, de lo heroico, de lo apasionado, de lo espiritual.

Esto es lo que sentía, esto es lo que expresaba como pocos.

Hacer un análisis de su dramática sería tarea larguísima é impropia de este momento.

No escribo estas líneas, ya lo he dicho, para juzgar á Vico como actor, sino para recordar al gran actor y al buen amigo.

Estas líneas no son más que recuerdos que evocarán en quien me escuche mil otros; que cuarenta años de vida artística tan grande y tan gloriosa, dejan muchos recuerdos y muchos resplandores.

¡Ay! que el actor los deja en el aire, y el aire, cuando se cansa de vibrar, es sordo.

Ya no vibrarán más conmovidos por aquellos prodigiosos acentos.

Todo esto lo he dicho ya muchas veces en estas desaliñadas líneas, ya lo sé; pero ¿qué otras cosas he de decir, para evocarestos recuerdós y decir estás cosas y sentirlas?

Es un tributo, el último tributo, á la memoria de Antonio Vico.

Ya sólo hablará de él la Historia del Arte dramático en España, y la Historia es muy respetable, pero nunca podrá sentir como sentimos los que hemos sido admiradores del gran actor.

Vico ha sido un gran actor, heredero de los grandes actores que han honrado la escena patria.

Vico ha dado glorias y triunfos al Arte en España y al Arte dramático español; la Historia le debe un puesto glorioso; la patria, respeto y gratitud, porque la ennoblece el Arte, y él ennobleció el Arte.

El público español y los que fuimos sus amigos y sus admiradores, le debemos lágrimas y aplausos; á ver si por prodigio divino pueden ir esos aplausos y esas lágrimas por encima de las olas, á través de los mares, á despertar algún eco en aquel nicho en que reposa en tierra ¡ay! que es tierra extranjera, y á humedecer aquellas cenizas, que ya son cenizas frías

del que fué Antonio Vico y ganó en buena ley y en el seno del Arte la inmortalidad.

Reciba este último adiós de sus amigos; es el último drama de Vico.

José ECHEGARAY

Mis memorias



MIS MEMORIAS

Cuarenta años de cómico.

Cuán ajenos estaban mis padres (Q. S. G. G.), de que yo, su hijito del alma, del que no esperaban más que desengaños prematuros como hijo consentido y como actor novel, habían de llegar días en que les sirviera de amparo en esta vida, y noches de triunfos en la escena..... Todo quiere tiempo, dice el proverbio, y mire el benévolo lector, en la época que yo he venido á dar en la manía de hacer una recopilación de mis pasados y aun presentes días, de mis amarguras sin cuento, de mis alegrías sin cuento también, y de un sin fin de cosas que á nadie interesan seguramente, y que haría perfectamente en dejarlas escondidas en este rincón de mi pechito, sin que jamás viesen la luz febea, como diría algún melenudo vate ó autor rematadísimo. —Hace unas cuantas noches me estaba yo vistiendo de D. Pedro (el Cruel) y no sé á quién oí hablar de que el gran trágico italiano Ernesto Rossi, había publicado sus Memorias, y que éstas llenaban un gran tomo, primorosamente escrito y editado. Yo quería saber dónde podría adquirir un ejemplar, y se me dijo: «Pronto los tendrá usted en casa de Fé».

Seguramente, las Memorias de un hombre tan ilustrado

como Ernesto Rossi, de un artista tan eminente, tan considerado, que tanto ha corrido, que reune tan vastísimos conocimientos, tan diferentes idiomas, que conoce todos los países del mundo, ó casi todos, deben ser de amena lectura y aun de necesaria é imprescindible adquisición para un actor español.



Antonio Vico en 1863.

Aquí se viaja tan poco, aquí es tan modesto nuestro itinerario..... De Madrid á Valencia, luego á Barcelona, á lo sumo á Cádiz, durante la velada de Agosto y..... ¡punto! Pensaba yo en todo esto, y en algunas cosas más, cuando de pronto, me dice un amigo:—«Antonio, ¿por qué no escribe usted las suyas? — ¿Las mías, qué? — Sus Memorias de usted.—¿Mis Memorias? Y contesté no recuerdo qué frase, que hizo sonreir á algunos íntimos, que presentes estaban.»—Pues nada. Yo seguí dándole y dándole á mis Memorias. ... mis Memorias..... y sin pensar se agolparon á mi cerebro recuerdos y recuerdos, y tantos, y con tal abundancia de detalles, unos sombríos, otros alegres y risueños, algunos de tan vibrante y desconsolador empuje, que no pude conciliar el sueño aquella noche, y amanecí diciendo: mis Memorias, mis penas, mis alegrías, mis noches de dolor, de triunfos, de jolgorio..... y todo allá, allá arriba, pugnando por salirse de mis labios y oprimiendo mis sienes y mi cerebro.

Y es indudable. Yo puedo escribir mis Memorias. ¿Y por qué no he de escribirlas? ¿Porque no soy italiano? ¿Porque soy español y jerezano, por añadidura? Pues hombre, ni aunque fuese robado lo que gané, ó lo que tomé, ó lo que tome, ó lo que me dan, ¿para qué voy á guardármelo yo solo, cuando puedo presentar una hoja de servicios prácticos y algunos (los menos) teóricos, que pueden hacer saber (también por lo

menos) á los hijos de mi alma, que tuvieron un padre que sudó tinta, de la más negra, para educarlos y sostenerlos como príncipes, aunque sin el tratamiento.— «No hay grano de arena que no contribuya al equilibro universal», como dice, digo como digo yo en un drama muy hermoso (como todos los suyos) de D. José Echegaray! Pues bueno, aun siendo yo ese grano de arena, no quedando nada de mí (como nada queda de los pobres actores, y me declaro el más modesto de todos ellos), sabrán que hubo un sér mínimo, que ejerció honradamente durante toda su vida su profesión del teatro en su patria, y que cogía la pluma como los hombres, y se explicaba á su manera, y hasta se permitió jalearse de vez en cuando, (si bien la modestia y el comedimiento y el respeto á cuantos le trataron, fué su norma constante). Nadie que me conozca, nadie que me haya tratado dos ó tres veces, habrá esforzado mucho su imaginación para comprender desde el primer instante que yo era moro de paz, atento y admirador entusiasta de cuantos me honraban con su amistad, y atenuaban mis imperdonables defectos, por simpatía ó trato cordial y afectuoso.

Entre los miles y miles de seres que yo he tratado durante mi vida de actor, que es mi vida toda, habré podido ser más ó menos simpático, más ó menos ligero, trivial é insulso; pero como yo desde mis primeros años, sólo aspiré á disfrutar de la vida, tal como la hallé cuando abrí los ojos á la luz de la razón en casa de mis padres (aunque con mayores holguras que las que pudieron permitirse jamás aquellos seres tan de mí queridos como respetados), como me educaron como á mis hermanos, dentro del modestísimo y virtuoso hogar del trabajo, y á una temporada cómica de cinco meses seguía una parada de dos ó tres; como no existían economías, porque no podían existir, y sólo la copia de ejemplares y papeles producía lo estrictamente necesario para alimentarnos diariamente, pues lo que se copiaba de día se cobraba la misma noche, y doce horas de copiar manuscritos no producen

para comprar libros impresos donde instruirse y deleitarse, mi educación y la de mis pobres hermanos corría parejas con nuestra posición social. Bien hubiera deseado mi pobre padre llevarnos dos ó tres horas diarias á las bibliotecas, á los museos..... ¿pero quién copiaba entonces?..... mejor dicho, ¿quién comía? ¡Y comer es tan necesario!.....

Primer boceto que se presenta á mis ojos, y que recuerda mi primera edad, ó mejor dicho: ¡Mi primera memoria!

Estábamos en Madrid, —calle de Santa María, no recuerdo el número.— Era la casa del buen actor D. Lázaro Pérez, (íntimo amigo de mi padre) y por el cual tuvimos albergue al llegar á la corte el año 52, después de una quiebra de la empresa del teatro de Murcia, donde mi pobre padre estaba contratado de primer actor. El bueno de D. Lázaro se compadeció de todos nosotros, y dijo: «A mi casa». Dios le haya recompensado en el cielo; yo he hecho por él cuanto pude durante su vida. En la época á que aludo, era empresario del teatro de la Cruz D. Luis Olona, amigo antiguo de mi padre, y á quien desde el primer instante socorrió y le dió la copia de su teatro. Entre las obras que se copiaron, recuerdo el melodrama del infortunado Sixto Cámara, *Jaime el Barbudo,* y un arreglo del francés, titulado *La mendiga,* ambas producciones estrenadas aquel año por la señora Paz y el Sr. Corona, primeros actores del citado teatro. ¡Qué escritos más espontáneos! ¡Y cómo acudía el público *entonces* al teatro!.... Verdad que no se exigía tanto como se exige hoy..... y en aquel teatro, considerado de segundo orden, en la temporada á que me refiero, cada melodrama, nuevo ó viejo que se hacía, ya era sabido, éxito completo. Aquel mismo año, recuerdo que el popularísimo y original actor D. José Dardalla, explotó soberanamente el género andaluz, y se puso de moda durante muchos meses el trabajo especialísimo de tan renombrado actor, y el de sus compañeros de glorias y fatigas.

¡Qué manera más asombrosa de caracterizar los tipos de gitanos y de andaluces! ¡Qué gracia más singularísima, y qué

verdad más acabada! Yo recuerdo con verdadera alegría y como verdadero andaluz, aquellos actores y aquellas producciones.....

Volvamos á la copia de papeles y de ejemplares..... Como decía, yo ayudaba á mi buen padre en su tarea diaria, y á las siete de la mañana (parece que le estoy oyendo), me decía: «Antoñito, hijo mío, á escribir.» Muchas mañanas aun ardía la torcida del velón, lo cual era señal evidente de que *D. Antonio* había pasado *la noche toda* escribiendo, es decir, copiando, y no lo dejaba de la mano hasta que yo, en fuerza de oir la voz de mi padre, y haciendo violentísimo esfuerzo, me echaba de la cama tiritando, y medio dormido me sentaba á la mesa, cogía la pluma, y empezaba mi tarea, viendo en cada personaje de los que leía, un enemigo mortal de mi tranquilidad y de mi sueño, y en cada descripción majestuosa, una desesperada lucha conmigo mismo. La primera media hora, era siempre terrible. El sueño, y el sueño de un muchacho á los doce años, no hay nada que le sea más agradable ni más seductor. Cuando mi padre veía que yo me había despejado, me dejaba dicho los papeles que tenía que copiar, me daba un beso, y me decia: «Yo voy á echarme un rato, hijo mío. Hoy hay que acabar esa copia, para llevársela á D. Luis al teatro esta noche. ¡Lo menos tendrá 50 pliegos! Cuando vayas á cobrarla, cómprate un merenguito, y cómetelo, que bien lo hemos ganado, ¡pobre hijo mío!»

Antes de cinco minutos de decirme esto, ya oía yo á mi adorado padre (padre de mi alma), roncando como un bendito..... ¿y cómo no? ¡Velar *doce horas,* en esas crudas noches de invierno, sin lumbre, casi sin abrigo, y con el ansia devoradora que mi padre lo hacía, son capaces de rendir á un acero, cuanto más á un hombre!

Aquella insistencia, aquel tesón, aquel trabajo incesante, infiltraron en mi sér una convicción tal y tan fuerte de que mi deber era ayudar á mi padre, que lo digo con orgullo, desde aquella época, yo fuí hombre para el trabajo y para la fa-

milia, y en mis pocos años no supe nunca lo que era el juego, ni el paseo, ni las diversiones. Nos ayudaba en nuestra tarea un modesto actor, compañero de mi padre, D. José Sapera, que aún existe, y que siempre que le veo se presenta ante mis ojos aquella mesa de pino llena de manchas de tinta, aquellas plumas de ave, aquel tintero inmenso, de estaño, y aquellos manuscritos descosidos unos, enrollados otros, pero todos esperando que llegara su vez.

Sapera vendría á tener la misma edad de mi padre, y como paisano y compañero, nos servíamos recíprocamente. Era además el encargado por mi padre para que yo no intercalase puntos y comas á cada frase que copiaba, pues por lo visto tuve una temporadita abundantísima de ir colocando á cada palabra, comas ó puntos suspensivos, con lo cual se hacía *punto* menos que imposible la lectura de un papel copiado por mí. Cogía Sapera el cortaplumas de encima de la mesa y me decía: «Niño, á ver cómo estamos hoy de comas»; yo leía el original, él el papel copiado por mí, y aquello era cuento de nunca acabar..... Se nos iba el tiempo rascando y enmendando. A este año desdichado, siguió otro que puede calificarse de peor aún, y del que no necesito hacer detalladas explicaciones, porque mis bondadosos lectores podrán hacerse cargo de lo que ocurriría en una familia, enfermo de la vista el jefe de ella, cosiendo (cuando había que coser para afuera) mi buenísima madre y mis dos hermanas y yo y mi desgraciado hermano, de trece y ocho años..... Se apuraron todos los recursos, se conocieron todos los rigores del frío, del hambre.... y..... como todo tiene su límite en esta vida, estos sufrimientos fuéronse atenuando; mi padre conseguía contratarse, unas veces en Madrid, otras en provincias; el año 54 llegamos á Málaga, contratado D. Antonio de primer actor de carácter para el Teatro Principal de aquella ciudad. Nueva etapa y nuevos acontecimientos para toda mi familia. Pero acontecimientos agradables al principio, desdichados por todo extremo después.

Don Antonio Vico y López de Adrián, que así se llamaba mi padre, era un hombre de amenísimo trato, serio y respetuoso con quien no conocía, pero franco, expansivo y alegre con los suyos. Hijo de un señor oficial de marina (que llevaba su mismo nombre), vivió muchos años rodeado de la mejor sociedad gaditana, cuna de los más ilustres marinos, siendo muchos de éstos discípulos de mi querido abuelo paterno, que entre otros títulos conquistados por esos mundos de agua, se enorgullecía con el de Maestro de pilotos y guardias marinas de los Colegios de San Telmo y de la isla de San Fernando. Sus títulos y sus cruces de San Hermenegildo y otras muchas, de combates por mar y tierra, son hoy guardados por mí con singular esmero en el mueble más seguro y fuerte de mi casa. Como mi padre, han desaparecido ya de este mezquino valle de lágrimas muchos de sus condiscípulos, y tal vez mi padre hubiese adquirido glorioso renombre, como algunos de ellos, si la pícara afición al teatro no le hubiese hecho abandonar para siempre la carrera honrosísima de la Armada, en la que mi abuelo fundaba toda su felicidad.



Vico en la tragedia *Virginia.*

Un detalle.—Las primeras puñaladas que yo me he dado

en la escena, han sido con la espadita de guardia marina que mi padre usaba cuando se vestía de uniforme.

Volvamos á Málaga y al año 54. Poco tardó el autor de mis días en captarse las simpatías de los malagueños, como actor y como hombre, y entre penas y alegrías y la lucha constante por la vida, allí estuvimos nada menos que cinco años consecutivos, bien comidos, bien vestidos y mejor relacionados. Como era natural, mi padre quiso que yo estudiara alguna carrera, porque no quería, bajo ningún concepto, que yo pudiese ser tan desgraciado como él en el teatro, y desobedeciéndole, algún día pudiera remorderle la conciencia, si yo hubiese hecho con él lo que él hizo con su padre. Yo, por respeto y porque á los catorce años aún no se tiene la idea fija de lo que se aspira á ser, accedí gustosísimo y estudié en el Instituto de Málaga los primeros años de matemáticas, francés y no recuerdo qué cosas más. Seguramente, las pruebas á que me sometieron al sacarme á la pizarra en distintas ocasiones, dieron señaladísima muestra á aquellos profesores de que yo no había nacido para resolver problemas ni raíces cúbicas y cuadradas. En cuanto al francés, recuerdo que el bondadosísimo catedrático de aquel Instituto D. Carlos Molfino, no consiguió, á su vez, ponerse *al habla* resuelta y francamente conmigo. Cuando esto ocurría, adquirieron en Málaga grandes éxitos las zarzuelas *Los Madgyares, Catalina, Los diamantes de la Corona* y otras, y en algunas de ellas era necesario echar mano de racionistas y de aficionados, por el mucho personal que tienen, y como en las compañías que salen á provincias, entonces, como ahora, sólo se lleva el cuadro principal de artistas, á cada instante ocurría que faltaban actores. En el ensayo general de *Los Madgyares*, hubo de quitársele al actor que le ensayaba, el papel de un oficial que hay en el tercer acto, del que se mofa el coro, cantándole no sé qué cosa, y él, el oficial, debe de indignarse y echar mano á la espada y hacer retroceder al coro, etc., etc. Pues señor, yo estaba en una luneta presenciando el ensayo y diciendo para

mi capote: «De qué buena gana haría yo ese oficialito»; y caten ustedes, por qué casualidad del diantre, oigo que me dice el empresario, D. Emilio Pino: «*Antoñuelo*, ¿te atreves tú á hacerlo?»

Mi padre, que estaba en el escenario y que hacía un coronel traidor que hay en esa obra, se opuso con todas sus fuerzas y de ningún modo quería que yo aceptara la proposición: La Aparicio, que era la tiple, Sanz, que era el tenor, Carratalá, el tenor cómico, y todos á una vez, rogaron á D. Antonio que me dejara, y á fuerza de súplicas de los unos y bromas de los otros, me hicieron subir al escenario, repitieron una ó dos veces la referida escena del oficial, y caten ustedes al hijo de mi padre, á la noche siguiente, vestido á la federica, con su bigote pintado de corcho, un peluquín de cerda y unas botas de hule negro, dignas de dos pantorrillas de mayor volumen que las mías de entonces. A este estreno siguió otro no menos importante en mis primeros pasos en la escena, cual fué el de un escribano viejo que sale en el segundo acto de *Los diamantes de la Corona* y tiene sólo que decir: «Con mejores modos, no habla un Cicerón.» Frase que el público repetía á la vez, sin duda *para animarme* en mis primeros pasos.

Mas, sin duda, me estaban reservados triunfos mayores en aquellos tiempos, pues recuerdo que al año siguiente y en el mismo teatro, ya contratado de racionista y en una compañía de declamación, donde era primer actor de carácter mi padre, hice, entre otros papeles, el de un loco que hay en el sainete titulado: *La casa de abates locos*, cuya *creación* duró en el ánimo del público muchos años, y por la que adquirí fama duradera. Fué el caso que, al aparecer yo en dicho sainete en la escena, vestido abigarradamente, en un caballo de palo, con una montera de papel á la cabeza y un descomunal compás en las manos midiendo el escenario, tenía que decir los siguientes versos:

«Poniendo aquí las trincheras,
hay desde ellas á la plaza
lo que de la plaza á ellas.»

ó no oí al apuntador, ó éste quiso lucirse conmigo, ó se me olvidaron los tales versos, el caso es que yo seguía midiendo el escenario de arriba abajo, haciendo gestos y contorsiones, pero callado en absoluto. Viendo el autor, que hacía el papel de gracioso (D. José Sánchez Albarrán), que yo no *rompía* á hablar, se decidió por hacerlo él, y con voz potente exclamó: «¡Bomba, bomba!», y al oir la frase, él y yo nos echamos al suelo...

Entonces yo, volviendo de mi asombro (entiéndase miedo), empecé á recitar los versos que debí decir en un principio, pero me equivoqué y vuelta otra vez el bueno de Albarrán, por cubrir la equivocación, á repetir: «¡Bomba, bomba!», y al suelo los dos nuevamente. La tercera intentona, ocurrió lo mismo, pero esta vez, ya no sólo dijo: «¡Bomba!» mi interlocutor, sino el público todo que había en el teatro. Intenté varias veces decir algo de mi papel y el público en seguida exclamaba: «¡Bomba, bomba!», y se escondían entre las lunetas.

Tal efecto produjo, de tal modo se comentó aquel incidente que, dos ó tres años que seguí trabajando en Málaga, cuando un actor de más ó menos importancia titubeaba en escena, se oía en seguida decir: «¡Bomba, bomba!».

Transcurrieron años; y ya con reputación de ser galán joven, fuí el 62 á dar un corto número de funciones al Teatro Principal de Málaga, con la eminente actriz doña Teodora Lamadrid. La obra para debut, escogida por la artista, fué *Adriana Lecouvreur*. Yo hacía el papel de amante, Mauricio de Sajonia.

Vestido correctamente, alentado por mis numerosos amigos, ansioso de darme á conocer como actor ante aquel pú-

blico que presenció *mis primeros tiempos escénicos*, no se quitaba de mi memoria la idea de que al presentarme oyera exclamar: «¡Bomba, bombita!» Y en efecto, al decirme el traspunte «fuera», no sé lo que pasó por mí. Una nube rojiza me ocultó á los espectadores y cuanto delante de mí había, los oídos empezaron á silbarme, y entre aquel trastorno general de todos mis sentidos, oí clara y distintamente: «¡Bomba, bombita!», cuyas frases fueron ahogadas inmediatamente por una prolongadísima y hermosa salva de aplausos, que llenaron mis ojos de lágrimas y mi alma de gratitud...

Retrocedamos nuevamente al 54 y á mis estudios algebraicos.

Tres años de Instituto sin adelantar un paso, sin duda convencieron á mi buen padre que era inútil nueva tentativa, y, aunque con gran sentimiento de su corazón, se decidió á contratarme.

Mi primera contrata formal fué para Ronda. El verano del 55. Me pusieron seis reales diarios, me dieron una semana de anticipo y... me compré unas botas de charol con elásticos..., por cuya clase de calzado estaba yo medio chiflado; pero como las tales botas costaban 90 reales y yo no tenía más que 42, las dejé apartadas, entregando al dueño de la zapatería *todo mi capital*, ínterin iba á mi casa á referir á mi padre lo que ocurría y á ablandar su magnánimo pecho. Y en efecto, al día siguiente era yo feliz, luciendo aquel par de botitas que tantos suspiros y sudores me habían proporcionado.

Una terrible desgracia vino á amargar aquel verano la tranquilidad relativa que disfrutábamos mi familia y yo. La muerte de mi adorada hermana Adela, en Málaga, á los seis meses de casada; por lo cual tuvimos que dejar precipitadamente á Ronda y volver á Málaga, donde la hallamos en sus últimos momentos.

Aquella desgracia, la primera que ocurrió en mi familia,

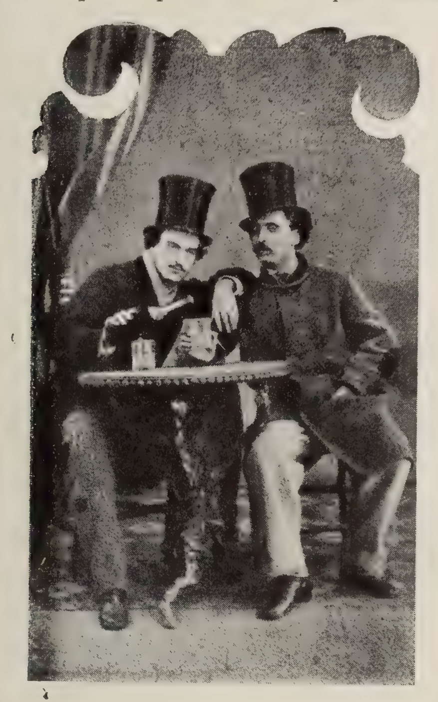
nos dejó á todos contristados, como es de suponer, y aun hubo proyectos de abandonar aquella población. Por entonces, mi padre había proyectado establecerse y dejar la escena, y al efecto, auxiliado por muchos de sus amigos y animado por las muchas simpatías que tenía en todas las clases de la sociedad, tomó un magnífico piso principal en la calle de Beatas, lo amuebló con lujo y abrió un Casino, cuya lista de socios cubría desahogadamente los gastos del local y dependencias. Al principio todo iba bien; mi padre cubría sus atenciones, atendía á los pagos de letras y pedidos de géneros que hacía y disfrutábamos de paz y tranquilidad. Pero aquel cúmulo de atenciones y compromisos fueron acumulándose... el cólera del 55 dejó á Málaga diezmada... y en suma, tras una lucha de dos años, quedó en poder de usureros y prestamistas aquel castillo de naipes que mi pobre padre forjó en su imaginación.

Durante estos dos años, yo seguí trabajando en el Teatro Principal, iba á hacer funciones á Vélez Málaga, y en el género cómico á que me dedicaron, dí patentes y claras muestras de mis aptitudes, tanto, que me contrataron ya de primer gracioso para Almería el verano del 56, donde trabajé con mi padre, que decidió por fin dejar á Málaga y emprender de nuevo la desdichada peregrinación de la vida teatral.

De Almería fuimos á Adra, y yo era ya el actor mimado de aquella compañía. Tenía dieciséis años, y á pesar del género cómico á que me dedicaba, tomé tan por lo serio mis primeros amores con una actriz de la compañía, que huí de la casa paterna al concluir aquel verano y al llegar á Granada, á donde nos trasladamos, llevando por todo equipaje lo puesto, que era unos zapatos blancos, un traje de hilo á rayas, un sombrerito de hule, muy de moda en aquella época, y un bastón de ballena que me habían regalado en mi beneficio. La prenda de mis amores estaba en Sevilla, y yo me quedé estancado en Córdoba, por falta de lastre para continuar mi camino. Pero ¡oh, felicidad! Había en Córdoba una

compañía de ópera italiana, y me contrataron de corista, sin prueba previa ni conocer las condiciones de mi voz.

Mi suerte fué que la primera noche que debuté en el di-



Vico y su íntimo amigo el actor Molina.

vino arte, quebró la empresa, que de no haber sido así, ¡Dios sabe lo que me hubiera ocurrido! Pero estaba escrito que yo llegara á Sevilla, y en efecto, llegué... ¿pero cómo?... ¡Loco de amor, de frío... y de hambre!...

No recuerdo jamás, ni creo que nadie haya comido dos huevos fritos, como yo me los comí, no bien caí de rodillas á los pies de mi amada, que al verme, comprendió desde el primer instante que yo no estaba para bromas, y lo primero

que atendió fué á aplacar aquella víbora que me devoraba por dentro...

Aquellos dos huevos fritos y una taza de café, me pusieron en actitud de poder explicarme, pues de otro modo no hubiera vuelto á recobrar la palabra en mi vida. ¡Dios se lo haya pagado!

Mis lectores habrán imaginado lo que ocurriría en mi familia cuando acabados de llegar á Granada, notaron mi ausencia de la casa á donde fuimos á parar. Después he calculado yo muchas veces qué ideas y qué horas tan amargas pasaron mis buenos padres, sin comprender lo que había sido de su hijo más querido. Aterrado y arrepentido yo de mi conducta, les escribí desde Córdoba, confesándoles que no podía vivir sin aquella mujer, y que me iba con ella á Sevilla, que me perdonaran y que me escribieran. Y en efecto, no me escribieron; pero estando á los cinco ó seis días de ocurrir todo esto, bañándonos en el Guadalquivir mi prenda y yo, á las ocho de la noche, veo á mi padre aparecer en el marco de entrada de la caseta, donde estábamos plácida y muellemente sumergiéndonos.

La cantidad de agua que yo tragué no es para dicha, pues mi primer impulso fué sepultarme en aquellas ondas dulces y cristalinas. Yo no sabía nadar, como no lo he sabido ni sabré nunca. De suerte que toda tentativa de huir hubiera sido en vano. Decidí, pues, quedarme en remojo, y allí permanecería todavía, si el cariño paternal, después de varias amonestaciones, fuertes al principio, persuasivas y cariñosas después, no me hubiese decidido á comparecer ante mi ofendido padre.

El temblor natural que se apoderó de mi amada y de mí, unido al que se siente al salir de un baño; el temor á lo que ocurriría al ponernos al alcance de sus manos, fueron causa sobrada para que algunos bañistas intervinieran en el lance y aplacaran por de pronto lo iracundo y ceñudo del gesto que ostentaba D. Antonio. *A vestirse*—dijo éste con voz potente y

tremebunda,—y en efecto, nos vestimos, y lacios, tristes y meditabundos, echados á andar detrás de mi padre *ella* y yo... No bien nos hallábamos algunos metros distantes de la caseta de baños, abrió su poderosa boca aquel buen señor, y es inútil que yo trate de explicar á ustedes lo que oimos y lo que adivinamos... Por nuestra parte, nos resignamos á todo cuanto nos impuso y nos imprecó, y aquella noche nuestras protestas de amor y de esperanzas se vieron defraudadas, yéndome yo con mi padre á la fonda y quedando *ella* triste y sola en su hogar... ¡Ah!...

... .

Era el Teatro Principal de Valencia, en la segunda mitad del pasado siglo, desde el año 58 al 80 especialmente, uno de los más codiciados por los actores durante la temporada de invierno.

Abono numeroso y brillante, público culto é inteligente y una clase popular que llenaba las galerías y sentía las emociones artísticas con prodigiosa intuición de lo bello; eran alicientes para que los grandes actores desearan pasar por aquel escenario y pretendieran la sanción de aquel tribunal que sólo tenía el defecto de ser algo más exigente de lo regular y poco considerado con las medianías.

Un empresario, nunca bastante llorado en aquella tierra——con él murió el apogeo del primer teatro de aquella ciudad y uno de los más elegantes y grandiosos de España,—D. Pedro del Diestro, montañés por nacimiento y *chufero* por aficiones y cariños, tomó á su cargo la explotación de aquel teatro y en él hizo inolvidables campañas, llevando compañías dramáticas de verso durante los inviernos, de Octubre á Semana Santa y un cuarteto de ópera de *primísimo cartello* en la Pascua de Resurrección.

Don José Valero, D. Fernando Osorio, fueron algunos años primeros actores y directores durante las temporadas de invierno en que actuaron, con compañías que para sí las quisiera el Teatro Español de Madrid, y hace años que las

hubiera deseado, si fuera posible resucitarlos. Con Fernando y Manuel Osorio estuvo algunos años en el Principal de galán joven, un... entonces verdaderamente joven actor, que, para dicha de los suyos y regocijo de sus amigos, vive, poco averiado, porque fueron con él piadosos los años transcurridos, gracias á la buena vida que su holgada posición y sus buenas costumbres le permiten proporcionarse.

Enamorado de Valencia y encariñado con aquel público, firmé en aquella tierra de un modo definitivo, considerándome aquella generación de *ches*, contemporánea mía, más como amigo y compañero que como actor.

Muerto en plena juventud Fernando Osorio, uno de los entonces de más talento que ha tenido España, al formar compañía el empresario Diestro (D. Pedro del), tomando en cuenta las simpatías del público, especialmente del que constituía el abono y queriendo premiar las naturales aspiraciones de aquel galán, que se llamaba Pepe Olona, le propuso el ascenso á primer actor y director de la compañía. Este, aceptando con entusiasmo el ofrecimiento, con la modestia propia del verdadero talento, que no se sugestiona por desvanecimientos de la posición, propuso á la empresa que contratara otro actor que compartiera con él el trabajo y la dirección de las obras que habían de constituir el repertorio durante la temporada mínima.

El propio Olona pronunció el nombre de Antonio Vico, que á la sazón andaba galaneando por provincias y que ya había trabajado con Valero de galán jóven y con Teodora Lamadrid en Málaga de galán, durante una temporada. Se hizo la contrata y debuté en el Teatro Principal, siendo recibido por aquel público con frenéticos aplausos y anunciando con unanimidad la prensa de aquella culta población *que el nuevo actor era una esperanza positiva para el arte dramático.*

Con una sinceridad sin precedente ni consiguiente en el teatro, asilo de soberbias injustificadas y envidiosas malevolencias y con una modestia rayando en la humildad, aunque

dignamente expresada con verdadero conocimiento del valer ajeno y del propio y con un amor, sobre toda pasión, al arte, que revelaba un alma de verdadero artista, Pepe Olona dejó el primer lugar á su compañero y quedé desde aquel momento consagrado por la empresa en el lugar de honor.

En Valencia, pues, y en la forma representada en este esbozo de narración, dí los más firmes pasos de mi carrera. Allí caractericé todos los personajes de nuestro antiguo y moderno teatro, desde la tragedia al sainete, cultivando todos los géneros, y en todos ellos fuí igualmente considerado y aplaudido.

***

Cádiz fué mi patria nativa; pero á Valencia he considerado siempre como mi segunda patria, y es necesario consignarlo así, pues no podría anteponer á mis cultos y á mis amores ninguna de las dos tierras, la andaluza y la valenciana. En Cádiz nací, pero en Valencia encontré á la santa Manolita, compañera siempre amante, siempre bondadosa, siempre encantada por el Antonio de su alma; en Valencia me uní á ella en santo lazo; en Valencia nacieron la mayor parte de mis hijos; en Valencia, en fin, coloqué en mi corona de actor la primera hoja de mis laureles.

Algunos años perseveré en no salir de aquel país, los necesarios para afirmar mi repertorio, y para que se desarrollaran mis conocimientos del teatro, y cuando me consideré en condiciones de poder presentarme en Madrid, decidí trasladarme á la Corte al frente de mi compañía y pasar el Rubicón artístico, para ver si lograba alcanzar el éxito deseado.

Había que oir á Antonio en aquellos días, precursores de su entrada en Madrid como primer actor, dice Jacobo Sales, uno de sus más íntimos amigos, que el otro día nos narraba esta interesante parte de la vida de Vico. No hay poco que consignar de nuevo—pues ya se ha repetido por todos—que su gracia era inagotable y que en el trato íntimo era uno de

los hombres más agradables y amenos que se han conocido.

Formaban su cuadro de compañía en aquella fecha y con él vinieron al teatro de Lope de Rueda (circo de Pol), donde debutaron en Madrid, la Gertrudis Castro, como primera actriz y Juan Ruiz y Julio Parreño, galán joven y actor de carácter, respectivamente; unidos á Antonio por los vínculos de una fraternal amistad.



Vico en el *Trovador*.

—Todavía discute la humanidad, le dijo Parreño, que era bastante culto, si César debió ó no debió pasar el Rubicón...

—Me alegro, replicó Vico, con nuestra presencia les distraeremos de esa preocupación que tiene hace tiempo.

—¿Abres abono?—le preguntó un amigo.

—No; el cultivo que voy á hacer será espontáneo y la semilla es primorosa. El estado de ánimo que trajo Antonio á la corte era el de quien tiene conciencia de su propio valer. Venía decidido á afrontar los juicios de la crítica más exigente, con ganas de tomar la alternativa entre los grandes actores, seguro del triunfo y de sentar sus reales definitivamente en Madrid.

Su reputación, por otra parte, entre el elemento intelectual era inmensa; la fama adquirida por sus campañas en el Teatro Principal, de Valencia, había llegado hasta aquí y en todos los centros literarios se hablaba de Vico como de una realidad artística. No es, pues, extraño que la noche de su aparición en Lope de Rueda, ocuparan todas las localidades de preferencia entonces, críticos y periodistas, de aquella brillan-

te pléyade, casi en su totalidad desaparecida para desdicha de nosotros.

La noche de inauguración de aquella temporada estaba Antonio decidor como nunca; la agitación nerviosa producida por la concurrencia habíale irritado extraordinariamente, aguzando su ingenio con derroches de su inagotable gracia.

Representábase *Los amantes de Teruel*, y momentos antes de comenzar el tercer acto le dijo Parreño:

—En un palco está D. Juan Eugenio Hartzenbuch.

—Me alegro—contestó Vico,—porque así verá bajar al Padre Eterno, cuando yo suelte los dos padres, amarrado al árbol.

Y si no bajó, no fué en verdad porque no lo mereciera la labor de aquel coloso que tocaba los linderos de lo sublime con su prodigiosa inspiración y su inimitable manera de sumar los efectos para enloquecer al público.

Aquella campaña artística, realizada primero en el teatro de Lope de Rueda y después en la Alhambra, donde continuó su triunfal carrera, fué una revelación del gran actor. Quedó sancionado é indiscutido, pasando el próximo invierno al Español, donde actuó como primer actor con Manuel Catalina y Matilde Díez y la mayor parte de los actores que le acompañaron, alguno de los cuales, Julio Parreño, no se separó de su lado hasta que le sorprendió la muerte, si no estoy equivocado, en Zaragoza y en el escenario en noche de función, por un ataque cerebral que le mató instantáneamente.

En los años siguientes Antonio Vico llega á lo más culminante de su gloria; en unión de Rafael Calvo trabaja incesantemente, colocando el nombre de nuestro moderno teatro á envidiable altura. Echegaray da por aquellos años sus mejores producciones á la escena y en Antonio Vico encuentra al más gallardo intérprete de sus concepciones.

De los éxitos, de la labor inimitable del genial artista, no hay para qué hablar. Son sus años mejores, Vico consolida el Teatro Español y en él trabaja durante buen número de años

Aquí, bien por el excesivo trabajo, ó por vivir en el recuerdo y en la memoria de todos hechos de ayer, tan frescos y recientes se interrumpen las Memorias de Vico, que vuelve á reanudarlas con motivo de su viaje á América, viaje que con gran colorido y animado estilo describe y narra á continuación.

Dejemos la palabra al gran actor.

Dos temporadas habían transcurrido sin pisar ningún escenario de la corte, desde que una enfermedad mortal me obligó á abandonar el Teatro Español y la Compañía que tenía contratada. Durante esos dos años cómicos, fuí recorriendo los teatros de provincias, cayendo en unos mis negocios, levantándome en otros, pero siempre maltrecho y desilusionado. Viajaba, como siempre, con toda mi familia, lo que si bien era mi delicia, representaba un gasto enorme. Pero este tragín de viajes era de antiguo en mi casa, como en la de mis padres, costumbre inveterada. Los actores antiguos trasladaban siempre de un punto á otro toda su familia, y en contadísimas ocasiones se separaban de ella. Así es que yo he educado á mis once hijos á estas *marchas forzadas*, y llegado el instante de partir, ya he tenido en hilera y perfecta formación mi escolta de pequeñuelos, con sus correspondientes amas de cría.

Nada más despavilado y encantador que un ángel de cuatro ó cinco años, cuando se le despierta á las seis de la mañana para irse con sus padres al tren ó al coche. No se sabe lo que es viajar con seis ú ocho criaturas, á quien hay que hacer agradable la monotonía de las horas, ó hacerle desistir de sus naturales caprichos y costumbres del hogar. Afortunadamente yo nací para padre, y este hermoso nombre jamás se ejerce mejor que en momentos supremos, en que el temor natural, la angustia y el cansancio nos hacen velar constantemente por los seres queridos! ¡Pero he tenido suerte! En 25 años, jamás me ocurrió el menor siniestro ó retraso en mis viajes... y como los medios con que, por mi suerte, he contado me han permitido siempre llevarlos con toda clase de como-

didades, de ahí que en las líneas del Norte y del Mediodía, tuviera siempre á mi disposición el salón más cómodo y abrigado. Ese 10 por 100 de aumento sobre el precio de primera clase, que cuesta en España un vagón de familia, me ha ahorrado muchos insomnios y muchos sinsabores. ¡Bendito 10 por 100 y bendito salón, y bendita la Santísima Virgen de las Angustias!

Pero volvamos, lector, á mi ausencia durante dos temporadas, de los teatros de Madrid.

Mi casa, al cuidado de criados, y sin la vigilancia que todo hogar necesita.

Mi familia y yo, rendidos de viajar y de un hotel á otro. Mis relaciones, mis amistades entibiadas, por no decir desvanecidas. Todo, en fin, me inclinaba á volver á mi casa y á mi querido Madrid...

Aproveché la ocasión de salir á subasta el Teatro Español, y me presenté á ella, consiguiendo obtenerlo por dos años, uno forzoso y otro voluntario. Hice una formación costosísima, me ofrecieron obras Echegaray, Galdós, Sellés y algunos más; é inauguré mi temporada espléndidamente con la hermosa comedia de Calderón «Casa con dos puertas», cuyo éxito artístico coronó con exceso los sinsabores y trabajos de aquella espléndida inauguración. A ésta siguió la representación de «Isabel la Católica», para solemnizar el cuarto aniversario del descubrimiento de América; hice la representación de «Don Juan Tenorio», y en los primeros treinta días fué el Teatro Español el más concurrido y animado de la corte.

Pero lo bueno dura poco. A mí, por lo menos. Llegó el primer fracaso, es decir, el primer estreno, y luego el segundo, y luego el tercero, y luego el cuarto, y luego el delirio, y después la congestión, y por último, *la mar*... ¡que realmente, si no es por *ella*, ni yo molestaría en estos instantes tu atención , y sabe Dios dónde me encontraría á estas horas! ¡Probablemente, en un manicomio!

Vino la mar, en efecto, á sacarme de aquella impopular

situación. El simpático y hábil empresario de la Argentina, D. César Ciachi, que hacía siete años me había ofrecido 100.000 pesos oro, por 100 funciones seguidas entre Buenos Aires y Montevideo, proposición que yo había rechazado, como otras muchas en la época próspera y delirante de aquellos dos pueblos; volvió, como suele decirse, á la carga conmigo desde Milán, donde se hallaba terminando una gran combinación lírica para Río Janeiro y Buenos Aires. Por aquellos días precisamente, me hallaba yo ultimando un contrato con el que fué empresario del Real, Sr. Rodrigo, no para cantar como tenor ó barítono, sino para sustituirle con mi compañía de verso la que él tenía ofrecida de ópera italiana al Teatro del Gran Capitán, de Córdoba, durante aquella feria, y la que le fué imposible llevar, por haberle faltado al cumplimiento los artistas. Y en efecto, contesté al Sr. Ciachi haciéndole mis proposiciones, y diciéndole que me telegrafiase á Córdoba su contestación terminante «pues esta vez desistía de mis temores pueriles al mar, y estaba decidido á hacer mi fortuna, en vista de mis continuados fracasos de empresario en Madrid y provincias».

Hallábame una noche en el escenario del Gran Capitán vestido de rey D. Sebastián y hablando con el Sr. D. Rodrigo de Santillana, «ante un grupo de seis ó siete espectadores que disputaban entre sí, y que constituía todo mi auditorio durante aquella velada», cuando vi á mi hijo Pepe que, con un papel azulado en la mano, me hacía señas para entregármelo. Como el auditorio era tan reducido y mi ansiedad tan grande, mi primer impulso fué dirigirme á aquellos señores que tan poca atención guardaban conmigo, es decir, con el Pastelero del Madrigal, y decirles: Señores, con permiso de ustedes.—Dame, hijo, y entérame de *aquello.* Pero no, rey ante todo y fiel cumplidor de mi deber, el histrión se sobrepuso al hombre y aguanté á pie firme aquella zozobra y aquel anhelar. Al hacer mi primer mutis, leí á escape y de una sola ojeada lo siguiente:

«Tiempos cambiaron.—Cincuenta por ciento ingreso bruto.—Viaje próximo.—Debut Buenos Aires 7 Septiembre.—Doce mil duros anticipo.—*Ciachi.*»

Créeme, lector amigo, lo que voy á decirte. Mi primer impulso fué en aquel instante irme á Milán á pie para hacer efectivo el último renglón del telegrama de Ciachi.—Doce mil duros de Buenos Aires, de primera intención, y mi ingreso aquella noche de 72 pesetas, en Córdoba, y *en época de feria*... La elección no era dudosa. ¡Estaría escrito!



Vico y Antonio Pizarroso.

Contesté aquella misma noche, aceptando incontinenti. Terminé en Córboba, me fuí á Madrid, contraté la compañía, me la llevé á Barcelona al teatro de Eldorado, hice allí mi despedida dando 30 representaciones seguidas ante aquel público cariñoso, cuyas representaciones jamás se borrarán de mi mente, y... aquí entra lo bueno... Prepárate, lector, y permíteme descansar, que, al tratar *de despedidas*, mis energías se acaban, mis chistes se convierten en lamentos y sólo encuentro lágrimas en mis ojos y dolor es en mi pecho y angustias en mi ánimo. Espérame, te digo, que cuando broten ideas en mi cerebro y pulso para escribirlas y voluntad para que las dicte, entonces empezaré á contarte lo que llevo aquí guardado hace año y medio, para que sólo nosotros dos conozcamos, en toda su extensión y en

toda su desnudez, la verdad de mi alma. Hasta dentro de un instante.

Adiós, lector amantísimo.

Barcelona, Agosto del 92.

Al salir de Madrid para Barcelona me llevo toda mi familia, para pasar con ellos ese mes, como última y necesaria compensación que me era ya lícito proporcionarles. ¡Cuántas alegrías y regocijos durante el trayecto, cuánto beso y cuánta caricia filial y cuántos proyectos para el porvenir, mirando aquellos rostros y aquellas cabecitas!... Todos los días salíamos mi esposa y yo á hacer compras y á disponer lo necesario, haciendo cálculos de esto y aquello y lo otro; pero la fiebre del temor se iba apoderando de ambos cada día, cada instante que avanzaba... Y ya no nos hablábamos, ni nos mirábamos, y llegó por fin la hora de volvernos todos á Madrid á casa, y volverme yo solo á Barcelona con mis dos hijos Antonio y Manuel, que determino traer conmigo para disminuir cuidados y desvelos á mi esposa y llevar yo algo *de lo mío*, que me consolara y acompañara en ausencia tan larga como desconsoladora.

Llegamos á casa, desde Barcelona, el día 3 de Agosto de 1892, á las seis de la mañana, y al día siguiente, á las cuatro y media de la tarde, llegó á su término el caliz del dolor, que rebosando entre suspiros y lágrimas, manecitas que apretaban las mías, trémulas y heladas, con las de mi mujer de mi alma, cuya mirada fija y penetrante no se separaba de mis ojos, abarcando y fundiendo dentro del pensamiento toda aquella escena de amor, de sentimiento profundo é inenarrable, sólo comprensible al que sienta latir en su pecho un corazón amante.

El tren no espera, y menos el «Sud América», que nos esperaba en el puerto de Barcelona para darse á la mar el día 7.

Todo tiene su término, y aquella aflictiva situación acabó,

desprendiéndome de aquellos fuertes y estrechos lazos, que aun oprimen mi alma, que aun los siento asidos á mi pecho... Me encontré con mis dos hijos en la calle, no sé cómo, pero ello es que debí bajar por la escalera. Dos coches nos esperaban á la puerta, y al elevar mis ojos para depositar la última mirada en aquellos rostros y en aquellos seres que agrupados en los tres balcones esperaban ansiosos mi aparición por la puerta de la calle, creí que el dolor y la angustia ponían término anticipado á tantos sinsabores. Entramos en los coches. «Al tren de Atocha, grité al cochero.» Pero antes de llegar á la mitad de la calle, no podía resistir mi ansiedad por volver á ver aquel cuadro de amor filial y santo que seguía ansioso la marcha precipitada de los carruajes... «Para, cochero». Vuelvo la vista hacia aquel hogar y hacia aquellos balcones, y sólo ví ya pañuelos que se agitaban, vocecitas lejanas, apagadas y llorando herían mis oídos, diciendo: á «Adiós, papá», y que cual dardos penetrantes desgarraban mi corazón. Sólo percibí clara é imponente la figura de aquella *madre dolorosa*, que se destacaba delirante de aquel marco de fuego, *enviándome su último aliento, su más honda esperanza, sus más abrasadoras lágrimas*, su última y abrumadora mirada, como diciéndome: ¡Que Dios te ampare, adiós, esposo mío!..

¡Adiós, alma de mi alma, compañera bendita de mis infortunios y mis dolores! ¡Adiós, adiós, seguí balbuceando embutido en mi dolor y devorándome la pena, sintiendo latidos horribles, como si el corazón anhelara subírseme á la boca!

¡Qué tarde!, lector amigo, ¡qué tarde!

....

Barcelona, día 4, seis de la tarde.—Es la hora en que llega el tren de Madrid á Barcelona.

El «Sud América», hermoso vapor italiano, estaba fondeado fuera del puerto, por traer patente sucia de Génova, y m primer viaje á remos duró, á mi entender, una eternidad, viéndome obligado á disimular, porque á mi alrededor iban

otras pequeñas embarcaciones con algunos de mis amigos; otros se fueron en coches á la boca del puerto á esperar mi llegada á bordo; pero á nadie se le permitió subir al barco por la razón ya dicha; y sobre aquel pequeño y reducido espacio de los botes en que íbamos, nos despedimos entre abrazos y besos.

¡La emoción verdadera se impuso en aquel sublime acto, que nunca olvidaré!

Apoyado fuertemente en los brazos de mis dos hijos Antonio y Manuel, subí aquella escalera. ¡Aquel calvario que la fatalidad y el destino me tenían reservado!...

Por primera vez en mi vida me vi sobre cubierta y frente á frente con un joven marino, de atezado rostro y de simpática presencia, que, saludándome cortésmente, me dijo: «Signor Vico, io só il capitano Bucceli, comandante de questo vapore. Suo amico obligadísimo»...

El mismísimo Víctor Manuel me hubiera parecido menos simpático que aquel hombre, que me dió alientos y esperanzas, dado el decaimiento y el terror en que yo me encontraba. No pude contestarle más que con frases entrecortadas, para darle gracias, y le apreté las manos, como queriendo decirle: «¡Cuidadito, eh?»

Me habían recomendado de la casa consignataria muchos amigos, y así debió ser, porque el comandante Bucceli, durante los treinta y dos días que duró el viaje y la cuarentena en el Río de la Plata, fué mi cariñoso y asiduo compañero de viaje, sobre todo en momentos de peligro (ó de lo que yo juzgaba peligroso). Pero sigo describiendo mi salida del puerto de Barcelona.

No siendo posible á mis amigos subir al vapor, por impedirlo las rigurosas leyes de Sanidad, permanecieron todos hasta bien cerrada la noche, alrededor del «Sud América», que ya al oscurecer empezó á dar *señales de vida*, levando anclas, yendo de un lado á otro sus marineros á las señales de los pitos, únicas voces de mando, y, por último, á la imponen-

te de la sirena, estridente é infernal bramido, prolongado, aflictivo y espeluznante, produciendo en todo mi sér efecto tal como si se me hubieran desprendido las entrañas ó hubiera llegado el Juicio final!

—¡Adiós, Antonio! ¡Animos!.. ¡esperanza!—oía yo desde mi asiento sobre cubierta, al ponerse en marcha aquel monstruo de los abismos.—«Adeu, au Vico... no tinga por... Adeu, siau.»

—«*Adiós, amigos queridísimos... Adiós, hijos de mi alma; adiós, compañera de mi vida, esposa idolatrada... adiós, hogar abandonado... recuerdos del corazón, patria amada...* repetía yo mentalmente, por no atreverme á despegar mis labios, embutido en mi dolor, llevando perenne delante de mis ojos (inundados de lágrimas), aquel cuadro desgarrador que al arrancarme de los míos contemplé desde la calle donde vivo en Madrid, y al meterme en el carruaje, cuarenta y ocho horas antes de mi embarque en Barcelona... ¡Aquellos tres balcones no se apartaban de mi imaginación un sólo instante! Aquellas manecitas agitando pañuelos, y aquellas voces que penetraban en mi corazón, diciéndome: *¡Adiós, papaíto, que vuelvas pronto!..*

Había adquirido, por consejo de mis amigos, gran acopio de sales, laxantes, depurativos, casi un botiquín completo, suponiendo que todos aquellos brebajes constituirían mi salud durante el viaje.—Aun no he dado vuelta á la llavecita de la caja que contiene aquellas pócimas, y llevo 29 viajes recorriendo el mundo.

En cambio, el vino Jerez, el café y los tabacos, se me concluyeron á la primera semana...

En el «Sud América», como en todos los buques en que he viajado, americanos, ingleses, franceses, italianos y españoles, mis compañeros todos han ido siempre á mi lado, en primera cámara, con las mismas comodidades que el más potentado tourista. Pero en este primer viaje, la galantería del comandante Bucceli hizo que yo fuese durante la travesía en mejores condiciones que los demás. Me explicaré.

Las puertas de todos los camarotes tenían en forma de adorno, una cenefa calada, por la cual penetraban á su placer las ratas, y la puerta del mío, al que se puso el nombre de «Gabina dell Comendattore», cerraba herméticamente, lo mismo por arriba que por abajo. Esto me permitía dormir con alguna tranquilidad, libre de *rozamientos* y *sobresaltos* á media noche, que repugnan y molestan. Antes del baldeo, me levantaba y cedía mi sitio á mi hijo Manuel, pues en todos mis viajes he sido siempre el primero que se levantaba, por ser también el primero en acostarme.

¡Nada más sublime y grandioso que contemplar esas salidas de sol, esos divinos horizontes, que deleitan los sentidos y convidan á la oración, abriendo el pecho á la esperanza!.. El hombre cristiano reconcentra sus ideas y sus pensamientos ante esos espectáculos maravillosos, y reconociendo su pequeñez y su insignificancia, sólo tiene ojos para admirar, y latidos en su corazón para sentir, cuando lo que se admira y lo que siente es tan sublime y bello y tan grande y tan nuevo como cuanto se ofrecía ante mi vista.

¡Nada más hermoso, al par que imponente, que esas noches lóbregas y oscuras en que el mar y el cielo se funden en un solo elemento y únicamente por la fosforescencia de las aguas y la estela que deja la marcha del buque, se da uno cuenta exacta de su situación.

Aquella primera noche y aquella madrugada del día 5 de Agosto, en que por vez primera de mi vida «surcaba el líquido elemento», fueron verdaderamente tranquilas y halagüeñas para todos los pasajeros del «Sud América», menos para mí, que en vano trataba de atenuar mis quebrantos y mis dolores. ¡Ni el cansancio, ni el temor de verme allí aprisionado, alejaban de mí el recuerdo de mi familia idolatrada!

Ni aun cerré los ojos. ¡Llegó el alba, y con ella mi primer asombro! Con un capote impermeable subí á cubierta, con todo género de precauciones, porque el barco se movía de lo lindo, y la popa, hacia donde yo quería dirigirme, subía y

bajaba con velocidad pasmosa. Me quedé acurrucado á la puerta de la cámara, en un saloncito ó rotonda primorosamente amueblada. Apoyé los brazos en un velador, y sentado en un diván que rodeaba aquella preciosa antesala de mis infortunios, me fijé en un señor grueso que se hallaba enfrente de mí... «Ese está peor que yo», me dije para mis adentros. ¡Cuál fué mi asombro, lector querido, al convencerme que era yo mismo... que no noté que toda la pared era un espejo hermosísimo desde el piso al techo! Nada tuvo de extraño, porque «en un primer ensayo, nadie sabe dónde está de pie, y más si el escenario sube y baja á su antojo»... El drama «que yo iba representando por dentro», era de sobra para trastornar al mismo comandante Bucceli... (Estaría escrito.)

Pasaje y aun tripulación dormían á pierna suelta, cuando á los pocos instantes de verme allí solo se presenta ante mis ojos un marinero de estatura ciclópea, cabello erizado, medio desnudo y con unos ojazos y una voz capaces de atemorizar al hombre más atrevido y denodado, cuanto más á mí, que en aquel momento un niño de cuatro años me hubiera arrojado al suelo...

—«Buona sera, comendatore»—me dijo con voz parecida á la de la sirena que avisó nuestra salida del puerto de Barcelona.

—Buenos días, «amiccii»—le dije yo, con el hilo de voz que me quedaba para toda mi vida.

... Permanecimos ambos callados un largo rato, y yo escamado, repuse:

—¡Mal tiempo, eh?

A lo que contestó en seguida:

—«¡Baaaa, Pícolo... Niente!»

Yo.—¿Quién es usted?

El.—«Yo so Gafarena... Amiccii dil Comandante».

Yo.—¡Ya!... «¿Amiccii dil Capitano? ¡Bene, bene!»

Pícolo, niente, ¡bah! balbuceé yo, apercibiéndome que los

balanceos iban acentuándose demasiado, efecto sin duda de alguna maniobra para poner el buque en nueva *vía de agua*... Y en efecto, la mar de través y el viento de proa, movían el barco con un cuneo insoportable de babor á estribor, y el oficial de guardia, previa consulta con el comandante, colocó el buque en condiciones más favorables, por lo menos, más tranquilizadoras. Primera vez que fuí testigo ocular de una maniobra importante á bordo.

Empezó el baldeo á las cuatro y media de la mañana, y



Antonio Vico, año 1867, de su boda.

cuál fué mi asombro al ver que mi interlocutor, el melenudo «Gafarena», que yo juzgaba simple marinero, era un consumado loco, pero loco de remate, á quien el comandante Bucceli, por caridad tenía á bordo hacía mucho tiempo, y tanto él como toda la gente de mar le guardaban todo género de consideraciones, impidiéndole que trabajara ni se ocupara más que de comer y beber y dormir. Más que loco, era un idiota, un desgraciado, que no hacía mal á nadie, pero causaba horror las más de las veces por su aspecto y su mirada feroz. A mí me dió la mañana, peroacabé por quererlo. No hay nada más á

propósito para engendrar simpatías y afecto, que el trato frecuente entre seres que se buscan y se necesitan durante una travesía por mar. El mismo peligro los une, los armoniza. La fraternidad debió engendrarse á bordo.

Empezado el baldeo, bien pronto el sol de Agosto, en medio del Mediterráneo, bañaba con sus rayos todo el «Sud América», cuyos pasajeros dormían tranquila y sobradamente su primer sueño en sus respectivos camarotes.

Antes de subir á cubierta, pude observar que mis dos hijos no se habían desnudado ni acostado, pues cada cual se hallaba en un divan del comedor. Sin duda el calor ó el temor á las ratas, les hizo escoger aquel sitio para pasar la noche. Navegamos todo aquel día sin tropiezo de ninguna clase: nos contamos nuestras impresiones de aquella primer etapa, cada cual aumentó en quinto y tercio las molestias y el calor sufridos, se cruzaron impresiones, propuestas de cambio de camarotes, entre ellos y ellas, pero nadie se permitió tocar la «Gabina del Comendattore».

En los buques italianos, el desayuno se sirve á gusto del consumidor y á la hora que cada cual lo pide. La hora desusada que yo escogí para levantarme, hizo que llevara cuenta exacta de los perezosos dormilones. Pocos se desayunaban, pues al levantarse tarde, les sorprendían las campanadas del jefe de comedor, convocando al almuerzo, diez de la mañana.

Nada de particular durante aquel primer día, ni al segundo, exceptuando la entrada en el estrecho de Gibraltar y la impresión gratísima y triste á la vez, de dirigir la mirada á tierra gaditana, pero sin ver su torre de Tavira, las cúpulas de la hermosa Catedral, aquellas azoteas blancas como palomas, aquel pueblo, en fin, cuyo recuerdo imperecedero vivirá tanto en mí cuanto me dure la existencia. ¡Adiós, Cádiz de mi alma! ¡Adiós, plaza de San Miguel y calle Ancha! ¡Adiós, Santísima Virgen de los Dolores y Nuestro Padre Jesús de los Afligidos! ¡Conducidnos á tierra americana!

. . . .

Demontamos la altura de Tarifa, con su hermoso faro, que allá á lo lejos, y á un costado del buque se divisa, última señal y último *adiós* á la patria y al hogar que guarda los seres queridos. ¡Adiós, esposa amante, adiós, hijos de mi alma!

La entrada al Gran Océano es verdaderamente imponente, porque azotan y agitan sus aguas las corrientes encontradas, que de las costas de Africa mueven aquella inmensidad á una y otra banda del buque, y moverían, no digo un barco, sino todas las escuadras del mundo fundidas en una sola nave. ¡Te aseguro, lector amigo, que en todos mis viajes por el Atlántico y el Pacífico no recuerdo haber contemplado olas más inmensas que aquéllas, ni movimiento más insoportable! El de popa á proa, sobre todo, no podía sufrirlo. ¡Bendita mar, que tanto poder tiene, y bendito Dios, que nos da fuerzas para resistirlo!

Al quinto día de navegación (12 de Agosto), y á la caída de la tarde, anclábamos en las Palmas de la Gran Canaria, deseando todos de bajar á tierra. ¡Que si quieres! El «Sud América» llevaba patente sucia por una defunción que tuvo á su salida de las costas de Italia, y no fué posible contrarrestar la orden! A bordo todo el mundo, chicos y grandes, porque ahí no valen ruegos ni amenazas. Telegrafié á mi familia, y al llegar me entregaron una carta de mi esposa, en que (según convinimos al separarnos), me daba cuenta de que seguían bien todos, y dándome ánimos para seguir mi camino... Veinticuatro horas permanecimos anclados, y de ellas, veinte estuve sobre el puente del buque, contemplando aquella ciudad que no me era dado visitar.

Al oscurecer levaron anclas, y ya hasta dentro *de quince días* la máquina del «Sud América» no debía cesar un instante en su angustioso *tic, tac*, al que llega uno por fin á acostumbrarse...

A bordo me enteré por mi amigo Gafarena de que por las costas del Brasil solían reinar muy á menudo unos vientos llamados «pamperos», furiosos y desenfrenados. Noticia que

confirmó el comandante Bucceli al interrogarle yo sobre este asunto.

Y en efecto, de mi idea no se separaba un momento la fatal noticia. La navegación, desde la salida de Canarias, fué buena casi siempre, y sólo en determinadas horas del día ó la noche notábase algún que otro balanceo molesto... Se comía, se hablaba, se formaban grupos para toda clase de esparcimientos, y á las once cada cual á su departamento. Yo sólo dormía la siesta, pues como era el primero en levantarme á ver la salida del sol, verdadero prodigio en esas latitudes, que me deleitaba, el sueño me rendía después de comer, y esas eran mis verdaderas dos horas de sueño profundo y reparador!

Un apunte conservo en mi diario de aquella primera navegación, que rebasó la medida de mi asombro. Faltaban pocas horas para tomar la altura de las costas del Brasil (punto donde no tocaba el «Sud América»), y contemplé el más extraordinario espectáculo que, si bien me aterró, llamó poderosamente mi atención.

Hallábame una mañana recostado sobre la banda de estribor, después de haberme desayunado, cuando unos inmensos saltos de agua me hicieron fijar la mirada hacia el punto de donde partían. Mi incomparable *amicci* Gafarena estaba conversando conmigo, y al indicarle el sitio donde el agua tanto se movía, me dijo:

—E vero, comendatore... La bagliena.

—¿Qué bagliena?—repuse yo.

El ejército de monstruos más numeroso que darse puede, reunido sobre aquel antro movible y destructor.

Sin duda toda una prole de varios sexos y tamaños, que se trasladaba de un punto á otro, y en su precipitada fuga removían á su placer aquel elemento de espumantes y cenicientas aguas... Cetáceos de descomunales proporciones, que con sus hijitos y *prieta* servidumbre paseaban alegre y ferozmente sus hastíos por aquellas regiones, y cuyas sacu-

didas, zambullidas y aleteos helaron mi sangre en el cuerpo.

Sin exagerarte, hasta te diré que vi reunidos y en apretada piña una extensión de media milla, en cuyo centro pavoroso se agitaban y sumergían constantemente multitud de feroces y enormes monstruos marinos.

¡Soberbio espectáculo, sobre todo para un principiante como yo!

¡Volvamos al pampero!

Desde el día 9 de Agosto al oscurecer, hasta las costas del Brasil, pero á inmensa distancia de éstas, se tardaron ocho días. Nuestro andar no excedió nunca de 11 á 12 millas por hora. El día 17, frente á la isla de Santa Elena, tuvimos que recoger velas, quitar el lastre de popa y bajar sobre cubierta los botes, porque el viento y la lluvia nos azotaban é impedían la marcha del buque. No bien observamos aquel aparato de precauciones y medios de defensa, cada cual desfiló por donde pudo con todo género de precauciones, pues el movimiento era horroroso, y cosa bien fácil romperse la crisma. Yo, en un arranque de valor, llegué como pude á mi *gabina*, me puse mi impermeable, subí á cubierta, luego al puente, y haciendo de tripas corazón, agarrado á la barandilla fuertemente y aguantando la lluvia y el aire espantoso que hacía, llegué hasta la cámara del capitán Bucceli. Pero no estaba la Magdalena para tafetanes en aquel instante. Subido en el castillo de proa con dos oficiales más, mandaba las distintas maniobras, subía, bajaba y, más calado que un salmonete, soplaba en su pito hacia distintas direcciones.

El viento silbaba en las cuerdas, en los palos, en las cerraduras de las puertas, produciendo un conjunto tan solemne y sonoro, que si permanezco allí un instante más, bailo de gusto... Antes de volver á emprender la huída por el mismo sitio que acababa de pasar, quise ser fino con mi querido Bucceli, y le dije:

—¡Bucceli, bon giorno!

—¡Escusate, comendatore, escusatimi!—me contestó breve y significativamente.

Comprendí la imprudencia que había cometido, y como Dios me dió á entender atravesé con mil trabajos todo el largo del buque, hasta llegar á la cámara de pasajeros... ¡Qué cuadro más delicioso se presentó ante mi vista! Toda la compañía estaba agrupada, y el más animoso no hubiera podido ofrecer un vaso de agua á su compañero.

—Animo,—dije;—vengo de hablar con el capitán y me ha asegurado que esto no es nada, un poco de mar y un poco de viento y nada más. Tranquilidad, y el que pueda, á dormir. Me voy á mi cama. No suban ustedes, niños—dije á mis hijos.—Hay mucho balanceo y es fácil dar una caída.

Pero me fué imposible conciliar el sueño, ¡qué digo conciliar ni intentarlo siquiera!

Lo más aterrador en un barco en momentos de algún peligro, es que todo Dios se calla, y es de observar las fisonomías y las miradas significativas de temor y espanto que se lanzan unos á otros. Creo firmemente que se les alarga la cara y aumenta el cóncavo de los ojos... Para todos aquel día 17 y el siguiente, que duró la turbonada, cada hora resultó tres veces más larga, es decir, de ciento ochenta minutos cada una... ¡Qué noche!

Gafarena se hallaba en sus glorias y saltaba y brincaba de gusto; pero como me veía tan cariacontecido, no se permitió el infeliz molestarme. En una de las infinitas veces que subía y bajaba la escalera de la cámara, le hice señas de que se aproximara á mí.

Lo hizo al instante, y muy bajito para que nadie me oyera, le pregunté:—Amicci Gafarena, ¿per qué e cunte mueve ni ato limitesti?—Y con voz de trueno, y casi llorando de alegría, me contestó:

—¡Il pampero, comendatore! ¡Il pampero!...

—Dios te bendiga, contesté yo, loco felicísimo é ingénuo! ¡Dios te bendiga y mire por todos nosotros, hasta arribar á

Montevideo! ¡Pocos nos sentamos á la mesa aquellos dos días! Pero yo recuerdo perfectamente que el mismo instinto de conservación y la fuerza de voluntad obraban en mí con tal vigor, que (tengo orgullo al decirlo) me sobrepuse al miedo. Una vez terminada la borrasca, volvió todo á su primitivo ser, y de nuevo comenzó la alegría y la esperanza de ver pronto tierra. Los cinco días que tardamos en llegar á Montevideo, 22 de Agosto, nada ocurrió que merezca describirse.



Vico en *Isabel la Católica.*

¡Montevideo! No me es fácil describir la alegría que todos experimentamos al vernos anclados en el puerto de Montevideo, al amanecer de aquel día. Había mucha mar, y quedamos á gran distancia de la boca del puerto.

Mi socio de empresa D. César Ciachi, se encontraba allí con la compañía de Sarah Bernard, y tenía la seguridad de que vendría á saludarme al barco. En efecto, una pequeña embarcación á la vela se dirigía al costado del «Sud América», y en ella llegaba á poco mi simpático empresario. Yo, como todos mis compañeros, nos habíamos puesto de tiros largos, como suele decirse, creídos que podríamos bajar á tierra, y aunque hubiese idéntica oposición que en Canarias, César Ciachi revocaría la orden. ¡Que si quieres! Nueva decepción, nuevo disgusto, pero aumentado en quinto y tercio, pues nos participó Ciachi desde su lancha que todo lo que había podido conseguir de la Junta de Sanidad del puerto era que en vez de hacer cuarentena en la isla de Flores, permaneciéramos á diez ó doce millas

del puerto de Buenos Aires, en el río de la Plata, durante *¡diez días!*

En Canarias tomaron pasaje hasta Montevideo una señora con sus dos hijas, y cuyos nombres siento no recordar, pues se hicieron nuestras amigas desde el primer momento. El esposo de esta señora conocía perfectamente que iban á ser trasladadas con otros pasajeros del buque á la isla de Flores, y traía permiso para subir al «Sud América» y acompañar á su familia durante la cuarentena que debía hacer el buque.

Despedí á Ciachi desde el vapor, verdaderamente impresionado por aquel nuevo incidente, y á poco el «Sud América» se dirigía á la isla de Flores, para dejar en aquel lazareto los pasajeros indicados, y continuar luego su marcha por el río de la Plata, hasta anclar frente á la hermosísima capital de la República Argentina. Dos días duró el viaje de ida y vuelta y el tiempo perdido en maniobras y detenciones. Así sucedió en efecto, y durante diez días con sus noches, rodeados de otros buques que sufrían igual castigo que el nuestro, estuvimos contemplando á vista de pájaro aquella inmensa ciudad, encender sus miles de focos eléctricos, y con auxilio de grandes anteojos, hasta divisar sus calles y principales edificios.

El 6 de Septiembre, por fin, quiso Dios apiadarse de nosotros, y á las seis de la mañana llegó la orden de entrada, y á media máquina nuevamente empezó á deslizarse por aquella mansa y líquida corriente nuestro barco hasta el muelle número no sé cuántos. Jamás llegué á admirar mayor número de embarcaciones de todos tamaños y categorías y nacionalidades. Semejábase á un frondosísimo bosque de árboles corpulentos, según la apretada y maciza mole que formaban los mástiles de los buques allí reunidos... La vertiginosa actividad de aquellos miles de criaturas yendo de acá para allá. El vocerío de la carga y descarga de tanto buque allí anclado. Los centenares de carros cargando miles y miles de

pipas, bocoyes y cajas de todos tamaños. La concurrencia congregada allí para recibirnos y agasajarnos, que no bajaría de 2.500 á 3.000 personas.

¡Aquellos vivas á España y á mi modesto apellido, resonaban en mi alma, golpeando con latidos de fuego dentro de mi corazón! Gran número de periodistas, casi todos los artistas que actuaban en Buenos Aires.

Entre las detenciones naturales de presentación, abrazos y manotadas y reconocimientos, y el aceptar la invitación de un fotógrafo que premeditada y cruelmente nos hizo hacer alto para sacar aquel cuadro original y bello, dieron las diez de la mañana, y bajo un sol verdaderamente abrasador y molesto, entramos mis hijos y yo y varios compañeros en tres ó cuatro coches, acompañados de varios señores conocidos y por conocer, y penetramos en aquella soberbia y monumental ciudad que se llama Buenos Aires. Desde el primer momento comprendí que me hallaba en una gran ciudad, por sus grandes edificios, por su movimiento, por esas gráficas razones que á todas luces pregonaban opulencia, movimiento y distinción.

La impaciencia de aquel público era grande, y como el *debut* debía haberse verificado al día siguiente de estar anunciada la llegada del «Sud América» y éste permaneció doce días nada menos de cuarentena, la mayoría de los espectadores llevaban todo ese tiempo sus respectivas localidades guardadas en la cartera ó en los bolsillos... La propaganda y la actividad de Ciachi habían rebasado los límites de lo natural y de lo justo, y el tiempo transcurrido en espera del estreno hizo centuplicar el deseo del público por conocerme y oirme... No tardó en conseguir su deseo, pues al día siguiente de mi llegada, 7 de Septiembre, la espaciosa y rica sala del Politeama Argentino, estaba literalmente de bote en bote, como si se tratara de un acontecimiento importante... ¡Cinco mil quinientas personas presenciaron, sentadas y cómodamente mi primera representación! Los tres pisos de palcos de primero,

segundo y tercer orden, cuajados de señoras distinguidas de la mejor sociedad, y la mayor parte de las 850 butacas de patio fueron ocupadas por bello sexo; anfiteatros de segundo y tercer pisos y los dos paraísos, completamente atestados... Confieso y juro, amigo lector, que jamás sentí una emoción más honda que al salir por el foro derecha, vestido con un trajecito de mañana y un sombrero hongo en la mano, y avanzar á aquella embocadura para comenzar mi papel, y sentir la incontable aclamación que de todos aquellos pechos emocionados surgió de repente. Tembloroso, frío, llenos mis ojos de lágrimas, avancé al proscenio, elevando mis brazos y mi mirada á todas partes y significándoles mi gratitud, mi alegría y mi emoción. Intentaba retirarme hacia el foro para impedir ó atenuar aquel regocijo, y nuevamente se redoblaba el entusiasmo y las demostraciones de cariño... Cuando ésta cesó para dejarme empezar el diálogo, creí no poder romper á hablar; á tal extremo habíase grabado en mi pecho aquella primera demostración de aquel público cariñoso! Hacía el drama de Echegaray *De mala raza*, y aunque ni mi aspecto ni mis años me permiten ya representar papeles de hombre joven, tal fué la expresión de verdad que imprimí en las escenas, que yo mismo me hubiera permitido en aquellos momentos firmar mi contrato de galán joven para toda mi vida.

El primer acto fué aplaudido y alabado por toda aquella inmensa concurrencia; pero el auditorio en masa quería algo más; lo necesitaba, lo exigía no sólo el alto precio de las localidades, sino la misma excesiva importancia que Ciachi había dado á mi nombre de actor español, apurando todo un diccionario de alabanzas y encumbramientos.

Llegó el segundo acto y con él aquella serie de hermosas situaciones, tan hermosas cuanto dramáticas, y allí sí (modestias á un lado), hice cuanto estuvo de mi parte para justificar y satisfacer al propio tiempo las justas exigencias de aquel inmenso auditorio que, entusiasmado en absoluto, me llamó á escena repetidísimas veces.

Iguales demostraciones de admiración y cariño se me hicieron durante todo el tercer acto, y en suma, conseguí dejar confirmada mi reputación artística en aquella primera representación, según dijo al día siguiente toda la prensa de Buenos Aires.

El cuadro principal de mi compañía fué admirablemente recibido, y la señora Contreras, en su delicado papel de Adelina, recibió una justa y merecida ovación, en el segundo acto principalmente y en su escena conmigo. Al día siguiente hacía *El Alcalde de Zalamea,* luego *O locura ó santidad* y el primer día festivo, *La muerte civil.* En suma, bondadoso lector, 67.000 pesos argentinos en las tres primeras representaciones, cuyas hojas de ingreso conservo en mi poder, por si alguno deseara conocerlas. Al segundo domingo de inaugurada mi temporada y haciendo con un lleno rebosado, por primera vez en Buenos Aires el *Don Juan Tenorio,* observé gran movimiento en la sala desde el quinto acto, señoras que precipitadamente se disponían á abandonar sus asientos y todo aquello, en suma, que denota zozobra ó temor en una sala de espectáculos... Desde muy temprano había cundido por el teatro una noticia muy alarmante sobre una insurrección en el Tucumán, noticia que fué adquiriendo proporciones colosales, al saberse que aquella misma noche se convocaba á la Guardia Nacional de la República de Buenos Aires, para alistarse inmediatamente.

La cosa era harto grave, y tal carácter tomó en los cuatro ó cinco días sucesivos, que nos vimos precisado Ciachi y yo á cerrar el teatro ínterin la calma no volviera á renacer en aquella hermosa ciudad.

Primera contrariedad que experimenté, gracias á la política, que lo mismo en la patria en que nací como en el último rincón del mundo, acabará por destruir el teatro, los cómicos y cuantos dependan del teatro. Lo mismo que se limpia un árbol de hojas, así quedó despojado de concurrentes el hermoso coliseo de César Ciachi, el Politeama Argentino. Las

cuatro ó cinco funciones que hicimos últimamente, no tuvimos el gusto de ver ni á los acomodadores. En un instante pasamos del esplendor á la ruina más acentuada. ¡Estaría escrito.

El cambio, si mal no recuerdo, subió en aquellos días nada menos que al 400 por 100. Yo liquidé aquellas primeras 15 representaciones, en cada una de las cuales retiraba Ciachi 700 pesos para disminuir el adelanto de los 12.000 duros (oro) que me anticipó según nuestro contrato. Como no había esperanzas de volver á empezar, y los días pasaban en esa ansiedad y desequilibrio lógicos del que no percibe y se ve obligado á tomar una resolución, yo acepté la proposición que desde nuestra primera entrevista me había hecho Marcos Zapata para, unido á él, explotar mi negocio en otro teatro de Buenos Aires y en mejores condiciones que lo tenía con Ciachi. Cumplidor de mi palabra y de mi compromiso, yo deseché la proposición, pero al ver que era imposible volver á abrir el Politeama, entonces se buscó una fórmula legal y de acuerdo con Ciachi para deshacer nuestro compromiso, devolviéndole hasta el último centavo de lo que aun le adeudaba—unos 40.000 pesos (papel argentino) 8.000 duros próximamente.—Con toda formalidad se rompió el contrato ante notario, y firmamos Zapata y yo una escritura de Sociedad artística entre ambos, en la que yo percibía el 60 por 100 de los ingresos brutos para mi compañía, y él el 40 restante para gastos de trajes, comidas de teatros, etc., etc. Del 60 por 100 mío yo me comprometía á dejar un 20, hasta que Zapata y su socio capitalista se reintegraran del todo.

Se fijó el término de seis meses de duración del nuevo contrato, Ciachi quedó reintegrado del todo también, y todos, al parecer, contentos y satisfechos. Pero ahora entra lo bueno, mi querido lector. Voy á echar un cigarro y á descansar un rato, que el caso lo merece. Hasta luego.

Para que entres en situación desde luego, voy á exponerte, lector amabilísimo, la en que yo me encontraba durante los quince días que, tanto yo como mis compañeros, estuvi-

mos sin trabajar, esperando se calmara la agitación política y encontrásemos teatro donde comenzar la nueva campaña.

Una *troupe* recién llegada á América, y un actor-empresario con 248 duros (oro), de presupuesto *diario*, que ese era el sueldo de la compañía, en un pueblo como Buenos Aires, donde la moneda corriente, el peso, papel sugestivo, era una peseta poco más ó menos. La situación no podía ser más satisfactoria para todos, y sobre todo para mí, que al otro lado del mundo dejaba veintidós personas llenas de ilusión y esperanza... Con gusto dejaré consignado que en aquellos días de malestar y agonías, Zapata y su socio pusieron á mi disposición cuanto necesitaba para *fuera* y *dentro* de Buenos Aires. Todo acaba, y aquella *epopeya* terminó, á Dios gracias, fijando nuestros reales en el famosísimo y bello Teatro Nacional, situado en la mejor y más céntrica calle de Buenos Aires, y en donde Rafael Calvo (Q. G. G.), ganó en tres meses 60.000 duros (oro) en la época próspera y floreciente de aquel pueblo, en que estaban á la par el papel y el oro, y ambos corrían como el agua correría por un cauce...

Desde la primera representación pudimos todos observar que se presentaba un buen negocio, ó por lo menos, expendible. Así fué, en efecto, y en 26 representaciones se pagó todo el presupuesto de una y otra empresa, yo hice un beneficio magnífico, y ganamos una cantidad bastante aceptable, pagando yo además parte de mi crédito con mi nuevo socio, aunque no todo lo que yo hubiera deseado, por atender convenientemente mi casa de Madrid.

Las noticias que teníamos de Montevideo eran cada día mejores, y á juzgar por los artículos de la prensa local y los tolegramas que se cruzaron entre aquellos señores y nosotros llegaron á hacernos concebir grandes esperanzas. Bien pronto convirtiéronse en tristes realidades, pues el desastre más colosal y extraordinario coronó la fiesta. Era época de elecciones, la tirantez más tremenda y recia dominaba á aquella sociedad distinguidísima, y aunque las familias fuertes y

los hombres más distinguidos acudieron la primera noche y aun la segunda, los temores naturales á que se promoviera un escándalo por alguna falsa alarma, hizo que abandonara el bellísimo y suntuoso Teatro Solís, sin ver los más hermosos coliseos de América.

Intenté en vano retirarme y devolver el escaso abono que habíamos hecho, pero el digno y caballeroso presidente de aquella República, D. Emilio Herrero, se opuso inmediatamente, subvencionando con una modesta cantidad las últimas funciones, obsequiándonos además y á la primera actriz y á mí en nuestros beneficios con espléndidos regalos. La compañía sacó su sueldo, pero Marcos Zapata y yo seguíamos *in albis*, y empezando á hacer *fú* como los gatos... Primera descomposición en nuestros respectivos organismos. ¡Estaría escrito!

Había que volver á Buenos Aires, y volvimos, en efecto. Pero ya el calor arreciaba, y era punto menos que imposible intentar nuevo negocio en Buenos Aires, y aunque hubiese helado hubiera sido lo mismo, porque sólo hacía unos quince días que habíamos dejado de trabajar.

Trabajamos, sin embargo, y en otro teatro. Y van tres. En Onrubia, también magnífico local y ventilado, pues casi todas las compañías que en él actuaban, á los dos ó tres días de inaugurar la temporada, le dejaban á voluntad del conserje, y éste, para estar fresco seguramente, lo tenía siempre de par en par. Lo mismo ocurrió con nosotros. A la séptima representación tomamos boleta, sin haber tenido el honor de ver más entrada que la que daba paso al infortunado coliseo.

Esto era á últimos de Diciembre. La Nochebuena se acercaba y las Pascuas, y llegaron en efecto, y Buenos Aires derrochó, como siempre, inmensas sumas en espléndidos regalos y espléndidas fiestas, y el ruido y algazara y la alegría descollaban por todas partes, y los carruajes magníficos llenaban los paseos, y las músicas ensordecían los oidos, y el delirio de la orgía brotaba de todos lados, y aquellas inmensas masas

de gente iban de una parte á otra, y los teatros por tandas tenían que echar gente á la calle, y en tanto, Zapata y yo seguíamos, como Juan de Lanuza, esperando que llegara nuestra última hora.

El día segundo de Pascua presentóse un joven en el Hotel Royal, donde yo me hospedaba, proponiéndome llevarme con mi compañía á decir tres funciones á La Plata, verdadera Atenas del siglo XIX.

Lo dije á Marcos y á la compañía, y *allá va la nave...* es decir, allá van Antonio Vico, su socio y su compañía á probar fortuna por tercera ó cuarta vez, y durante los dos primeros paseos por el decantado país de América.

La ciudad de La Plata, levantada en cortísimo espacio de tiempo por la vigorosa iniciativa de algunos poderosos de la Argentina durante su época de apogeo, y de la que pretenden hacer un nuevo Versalles, pero aun superándolo en edificios monumentales, artísticos y bellos, es hoy una ciudad muerta y poco menos que abandonada, aunque bella y suntuosa como pocas.

Tiene dos magníficos teatros, y en uno de ellos, el día primero de año de 1893 se fijaba el siguiente anuncio:

TEATRO TAL

DEBUT DEL PRIMER ACTOR DEL TEATRO ESPAÑOL

D. ANTONIO VICO

EL ALCALDE DE ZALAMEA

Reparto: etc., etc.

Desde mi llegada á aquella ciudad, que sólo dista unos cinco cuartos de hora de Buenos Aires, hasta la hora de comer, estuve agradablemente entretenido con mis compatriotas cariñosos, que me llevaron al Casino Español y agasajaron espléndidamente. Llegó la hora de la función y tuvimos, si no un lleno, una muy regular entrada.

Mal la segunda noche, y peor, rematadamente peor, la tercera, que para mayor ignominia, era mi beneficio. Vuelta á Buenos Aires, pero ya este viaje cada cual lo efectuó como pudo y cuando pudo.

Zapata y su socio sólo se cuidaban ya de retirar la mayor parte posible de los ingresos para reintegrarse, y la situación iba agravándose por momentos. Las cuestiones de dinero son las más temibles, y si entre seres queridos de una misma familia suelen ocurrir graves consecuencias por esa misma causa, ¿qué ha de ocurrir entre hombres que exponen su dinero para hacer negocio?

La cosa era bien clara.

O se seguía buscando donde hacer comedias, ó se acababa todo aquello. En el primer caso tenían que desembolsar más dinero mis socios capitalistas y que aumentar sus deudas.

En el segundo, yo me quedaba sin compañía, para hacer monólogos por mi cuenta en los clubs y los casinos de Buenos Aires, que aun no había tenido el honor de frecuentar.

Durante las temporadas del Politeama, el Nacional, Onrubia, Montevideo y La Plata, mi compañía había percibido los 90 sueldos por que yo la había contratado en España, pues los días que no se daba función cobraban como si se hubiera hecho todo el repertorio. Un pequeño *déficit* me quedó con ellos, que más tarde y á su debido tiempo y lugar sabrás, lector, cómo lo cobraron.

Varias conferencias tuvimos Zapata y yo el socio capitalista, cuyo nombre no doy á conocer, por no ser necesario, y mi deseo es guardarle hasta el último momento todo género de consideraciones, pero te describiré su carácter diligente y y genial.

Comerciante acaudalado, pero sin alarde de ostentación ni de riqueza, rendía culto ferviente á la amistad de Marcos Zapata, que desde que llegó á Buenos Aires captóse de un todo su simpatía, constituyéndose en su decidido protector para labrarle su posición y su nombre en aquella desbordada y

floreciente sociedad. De carácter reconcentrado, casi severo, y amante de su sinceridad provinciana, que, como es sabido, son formales y respetuosos, todo aquello que no le entraba al primer golpe, amargaba y descomponía su carácter. Ignoro si aprontó su dinero por gusto sólo de complacer á Zapata ó porque, en efecto, viese en él medio de ganancia alguna; pero lo cierto es que, desconociendo la índole del negocio, toda contrariedad le incomodaba y enfurecía. Tenía y tiene fama en Buenos Aires de hombre de malas pulgas, muy aficionado á tirar á las armas y maestro consumado en el tiro de la pistola y la carabina. Basta decir, para comprobar lo dicho, que quitaba al primer disparo, de la cabeza de una de sus hijas cualquier objeto, por diminuto que fuera, y apagaba un fósforo á veinte pasos de distancia. No había ni puede existir Comendador que se le oponga.

Todos los días, después de examinar las cuentas de su gran establecimiento de Buenos Aires, iba á la Academia de armas, tiraba dos ó tres horas al sable ó al florete, estropeaba tres ó cuatro caballeros, se daba una ducha de agua fría, se volvía á vestir tranquilamente, y como quien cose ó lava, se sentaba al mostrador á pasar otro rato y conversar con sus muchos amigos. Por brazo tenía un yunque, por mano unas tenazas, y al propio tiempo afable, cariñoso y cumplido como el que más. Me invitó á la boda de una de sus hijas, y nada faltó en aquel hogar que no fuese espléndido, delicado y digno del mayor encomio. Si el afecto que nos demostramos pudo estibiarse ó acaso atrofiarse, culpa fué de aquellas azarosas circunstancias en que ambos nos vimos envueltos. ¡Estaría escrito!

De las dichas conferencias entre Zapata, su amigo y yo nada resultaba. Los días transcurrían, la irritabilidad de los tres iba en aumento, y no hallábamos forma de salir de aque atolladero.

Mi principal temor era quedarme sin actores, y á éstos les era imposible esperar una y otra semana, pues sus modestos

ahorros no se lo permitían. Se trataba nada menos que de un viaje de veinte días, en que se necesita un verdadero capital para buscarse un pasaje, sobre todo para aquel que cuenta con



Antonio Vico, año 1878-

escasos recursos... Nuevas conferencias y nuevas promesas á los actores.

Se hallaba por aquel entonces conmigo en el Hotel Royal un caballero chileno, ilustrado jurisconsulto, diputado y hombre de letras, D. N. N., muy afecto á las artes y á los artistas. Me había visto trabajar en el Teatro Nacio-

nal, y deseaba que yo me diese á conocer en su país, al cual iba á volver por aquellos días.

El trato frecuente que con él tenía, engendró una amistad sincera y le expuse mi verdadera situación. Ofreció librarme de ella, pedir el Teatro Municipal de Santiago y hacer por cuantos medios estuvieran á su alcance el atenuar aquel estado de cosas en que me veía envuelto. Yo participé á mis socios aquella proposición, y en una comida que tuvimos todos reunidos expresamos nuestra conformidad al proyecto, ofreciendo esperar las noticias que de Santiago nos transmitiera el Sr. N. Marchó á Chile por la cordillera, y á los nueve días recibí el siguiente telegrama:

«Buenos Aires.—Hotel Royal.—Vico.—Vengan en seguida. Gran entusiasmo. Dan teatro gratis.—N.»

En seguida me fuí en busca de mis dos *compañeros de fatigas,* y leí el telegrama; pero, ¡ay, Dios mío, que imposibilitaba aquel viaje la falta de recursos! ¡Y qué viaje! Atravesar toda la Argentina, dos días en ferrocarril, luego tres en caballería por cumbres inmensas de la cordillera de los Andes, y luego coches, y luego ferrocarril otra vez hasta Valparaíso, ó cruzar el estrecho de Magallanes, quince días embarcados. ¡Aquí te quiero ver, escopeta! ¿Para cuándo he pretendido yo buscar en América esas fortunas y esos tesoros de que tanto me han hablado otros cómicos y otros más afortunados que yo?

¿Te aburres, lector querido? Pues ten paciencía, que más me aburrí y me desesperé yo, y aun hoy, que trazo estos renglones, se me enciende la sangre al recordar que todo lo que te digo ha sido verdad exacta, incontable, y muchas que me callo, porque hay cosas que ni tú necesitas conocer y yo, por rubor, no puedo narrártelas. Bástete saber que he aprendido en año y medio que ruedo por las Américas más que en 35 que he rodado por las ciudades y pueblos de España.

Voy á fumar otro cigarrito, á meterme en la cama, y mañana será otro día.

Hoy estoy ya cansado. Muy buenas noches.

En vista de las circunstancias, no hubo otro remedio que optar por algo, y ese algo fué que el socio capitalista y yo nos marchásemos en seguida, por la cordillera, á Chile, y ver por nuestros propios ojos si en Santiago de Chile había negocio ó no, ó era todo lo expuesto en el telegrama del Sr. N. pura fantasía ó ilusión engañosa. Reuní mi compañía en presencia de los señores socios, y en aquella ocasión mis compañeros hicieron un último esfuerzo en pro de sus intereses y aun de los míos, esperando algunos días más, hasta saber lo que de Santiago les decíamos. Yo tuve necesidad de llevar conmigo mis dos hijos, para no dejarlos en Buenos Aires solos, expuestos á cualquier fatal contingencia. Si yo me quedaba en Chile, ¿qué iba á ser de ellos en Buenos Aires? ¡A la cordillera, padre, hijos y espíritu santo, es decir, mi socio capitalista!

El 17 de Enero del año 93, á las seis de la tarde y vestidos como para cruzar la Siberia, estábamos mis hijos, mis compañeros y yo esperando en el andén del ferrocarril de Buenos Aires á Mendoza la llegada del Mesías (pues no otra cosa era en aquella situación mi socio capitalista), cuando acercándose el instante mismo de partir el tren, dicho señor no parecía por ninguna parte. Todo era buscarle á la salida de la estación, por el café, por los pasillos, y nada, mi hombre no parecía, ni pareció en efecto. Desde las dos de la tarde me había enviado los tres asientos del ferrocarril hasta Mendoza, y el talón de nuestro equipaje. Llegó la hora de salida, y penetramos en nuestro departamento mis hijos y yo. Partió el tren y allá van tres hombres hacia Mendoza, ignorando lo que iba á ser de ellos, y lo que habría ocurrido á mi compañero de viaje, para no estar á tiempo en su puesto de honor... Dos días de ferrocarril, atravesando pampas y llanuras inmensas sin una mata, sin un árbol, sin un solo paisaje que denotase vida, ambiente ni lozanía, imagen exacta y aterradora de cuanto pasaba dentro de mi alma. Horas y horas de una marcha verti-

ginosa, viendo á un lado y otro de la vía una verdadera necrópolis de reses muertas, miles de osamentas esparcidas por aquellos desiertos, y cientos de bandadas de cuervos y otros animales devorando á su placer aquellas pútridos despojos... Tal era el cuadro oscuro y desconsolador que hizo más intolerables aquellas cuarenta y ocho horas.

Llegamos el 19 á las cinco de la mañana á Mendoza, ateridos, deshechos de aquel insoportable meneo de los coches, del polvo asfixiante del camino, y del natural cansancio de dos días con sus noches de viaje continuo. La ciudad de Mendoza es de caña, cuyos cimientos y tabiques están diestramente construídos para resistir las constantes sacudidas de los temblores de tierra, que en toda aquella zona son el terror y el pánico constante de sus moradores.

Buena prueba de ello fué el cuadro originalísimo que se presentó á nuestros ojos desde la estación al hotel donde nos llevaron. La población casi entera se hallaba á las puertas de sus casas, en grupos, por familias; otros en medio de las calles, cubiertos con mantas y con abrigos, sentados unos en muebles, otros en el suelo, durmiendo en las faldas de sus madres los pequeñuelos, y, en suma, declarando en sus semblantes y en sus actitudes que acababan de experimentar algún grave contratiempo.

Pregunté al cochero que nos conducía, y me dijo que durante aquella noche se habían sentido cinco ó seis sacudidas terribles, y la costumbre del pueblo era echarse en seguida á la calle. Me quedé aterrado. Quise marcharme de aquel lugar de muerte, pero ¿á dónde iba? Mi capital había quedado invertido del todo en el restaurant del tren durante aquel viaje, y no disponía de medios de ninguna clase. Entramos en el hotel, y ni mis hijos ni yo nos atrevimos á desnudarnos. Pues á la calle, con todos los vecinos, á esperar el nuevo *meneito*, y fuese lo que Dios quisiera. Afortunadamente, nada ocurrió. Ni la más pequeña oscilación. Dos días había que esperar el nuevo tren de Buenos Aires, pues sólo dos días en se-

mana sale directo para Mendoza, y seguramente en él llegaría mi socio; así sucedió en efecto.

Al amanecer del día 21 llegó al hotel mi hombre, y con él renacieron mis esperanzas. Nos contó que se le había pasado la hora, y que una equivocación en la de salida del tren hizo que no llegase á tiempo á reunirse con nosotros.



Vico en *Hamlet*.

Los españoles residentes en Mendoza y alguno que otro del país intentaron hacernos un abono para sufragar los gastos de viaje de mi compañía desde Buenos Aires; pero esto hubiera retrasado nuestro viaje á Santiago, y no nos fué posible aceptarlo. Para demostrarme su aprecio me ofrecieron un espléndido banquete aquella noche, que yo acepté gustoso, y en donde muy agradablemente se pasaron cinco ó seis horas.

En la mañana del 22 volvimos á tomar el tren hasta *Puertà de Vacas*, punto final de aquella línea y principio del Calvario que voy á intentar describirte. En una inmensa espla, nada donde termina la vía, esperan la llegada del tren multitud de arrieros *(baqueanos del país)*, y allí dos agencias dedicadas á esta clase de transportes hacen un trato con los viajeros para cruzar la cordillera de los Andes hasta Valparaíso, donde termina su cometido.

Se ajustaron cuatro caballerías y otra para las maletas y sacos, y aquí me tienes, lector, elevado á la categoría del andante caballero y dispuesto á sufrir todo género de penalidades.

Mis hijos sabían montar á caballo; pero mis pobres padres (que gloria gocen) no habían podido hacer conmigo lo que yo con los míos; y de ahí que mi pesada corpulencia y falta de costumbre en aquella clase de locomoción, me dejaran, á la media hora de camino, maltrecho y descosido.

En tres jornadas está marcado el paso de la cordillera, á saber: de Punta de Reales al puerto del Zuen, de éste á Las Cuevas y luego á La Cumbre, y de ésta al Juncal, donde ya se toma coche al Salto del Soldado, y luego á los Andes, donde se toma el tren hasta Valparaíso, desde donde se alquilan las caballerías á las tres de la tarde; se llega al Puerto del Inca á las siete.—Se come y se duerme (¡qué camas!), y á las cinco de la mañana vuélvese á montar en el mulo hasta las ocho, que se hace alto para almorzar en *Las Cuevas,* saliendo en seguida para remontar *La Cumbre* antes de medio día, pues pasada esa hora sólo á los baqueanos les es dado atravesarla, por lo denso, sutil y frío del viento; ¡4.000 metros sobre el nivel del mar! A las once y media empezamos á descender, lo que es más penoso mil veces que la ascensión, pues es de tal naturaleza el declive y lo desigual del camino, que yo tuve que echar pie á tierra, decidido á despeñarme, antes que dejar parte de mi individuo sobre aquella indigna cabalgadura. A la subida á La Cumbre no se da uno exacta cuenta de su situación, pues todos los sentidos van puestos en aquel manso é inteligentísimo animal, cuya costumbre é instinto le llevan siempre al mismísimo borde del precipicio, cuya extensión aterra y pone el pelo de punta. La menor distracción bastaría para desaparecer por escotillón, y ¡hasta verte, Jesus mío! En tan expuesta y desigual tarea entre el viajero y la bestia, ésta se constituye, por derecho propio, en amo absoluto de la situación, y hace y marcha por donde quiere... Yo cerré los ojos y

me encomendé á la Virgen de las Angustias. A todo esto, querido lector, hay que decirte algo más, algo verdaderamente extraordinario y que no puedo dejar de referirte. La subida es tan penosa, sobre todo desde el Puerto del Inca hasta Las Cuevas y luego á La Cumbre, que produce verdaderamente asfixia, conocida en aquellos desiertos por la *puna*, y es raro el viajero que no es atacado de ella, y cuyas señales principales son echar sangre por las narices y los oidos.

Toda precaución es poca, y como hay que taparse la cara y la cabeza, y aun así llega uno verdaderamente entumecido por el frío intensísimo que hace, la misma atmósfera en que se va envuelto y arropado produce la congestión, y parece que la vida se nos escapa del cuerpo. Pude observar en este extraordinario viaje á lomo de mula, un suceso muy curioso. Se unieron á nosotros, á poco de tomar las caballerías, 32 monjitas profesas, que con dos señoras abadesas (hermanas de la Caridad) habían salido algunas horas antes que nosotros de una posada en Punta de Vacas, y que desde Buenos Aires se dirigían á Valparaíso. ¡Era una espléndida peregrinación contemplar tan prolongada fila de jóvenes profesas, herméticamente encerradas en sus tocas mojiles y velos espesísimos, entonando por aquellos desiertos plegarias y oraciones á la Virgen de los Andes, sin exhalar la más mínima queja, ni la más leve señal de cansancio; ir escalando paso á paso, con resignación y humildad cristianas, aquel ciclópeo é interminable calvario, cuya cima (cada vez más distante), se ocultaba en el vaporoso seno de las cenicientas nubes! Yo no me daba cuenta de ello, porque ya mi cabeza, y sobre todo mi cintura, no me pertenecían, pero mi socio capitalista, hombre recio y acostumbrado á montar á caballo, para animarme me decía á menudo: «Animo, D. Antonio. Mire usted á esas señoritas, qué fuertes y qué resignadas.» Para mí ya no había resignación, ni señoritas, ni monjas, ni más que piedras y precipicios y desesperación.

¡Había llegado á su colmo el padecimiento moral y *mate-*

rial, y no había medio de adoptar nuevas posturas, porque, convertida la rabadilla en una yema de coco, el menor movimiento del animal me hacía ver las estrellas y la mismísima cumbre del último peldaño que conduce al cielo!... *Cien punas* hubiera yo dado ó preferido á las agujetas que, como puntas de París, herían mis deshechas posaderas... Llegamos á la cumbre, ya lo creo, pero pudimos mucho antes haber ganado el cielo en vida, según el martirio y las angustias experimentadas! ¿Que sí llegué á la cumbre, decía?... Pues ahora entra *el descendimiento,* querido lector, la descomposición ó desorganización completa de los músculos del animal, libre ya de las asperezas de la subida, y llevando un movimiento continuo de popa á proa, que me río yo de los balanceos del «Sud América», que duró tres horas y media, y otras tres y media ó cuatro más de bajada por unas vueltas y revueltas denominadas *Los caracoles*, ¿has leído bien?, *Los caracoles...* ¡Bien puesto está el nombre!

Yo no pude más, hice parar mi caballería, eché pie á tierra, y tal dolor produjeron en todo mi sér aquellas siete horas, que dije al baqueano: «¡Amigo mío, pégueme usted un tiro, y cumple usted como un hombre honrado! ¡Yo estoy destornillado y mis huesos convertidos en gelatina... Termine usted su obra de destrucción, y aquí paz, y después... árnica!» !

A todo esto, mis hijos, mi socio, las monjas y las dos madres prioras habían desaparecido. El viento sutil y penetrante llegaba á mis oídos difundiendo por todo mi sér un pánico indescriptible, pues semejábase á largos y prolongados lamentos, nota final de aquel espectáculo grandioso, ante el cual sería pálido y mezquino cuanto yo intentara describir.

Aquel guía, aquel valeroso hombre que me escuchaba avezado á este género de situaciones, habló en secreto algo significativo con la caballería, pues el pobre animal se dejó deslizar mansamente por aquellas inmensas rampas, y mi hombre, colocándose delante de mí, me dijo: «Agárrese á mis hombros, señor, y no tenga cuidado.» Lo hice tal como me lo

dijo, y poco á poco nos deslizamos ambos por aquellas enormes simas de nieve, arena y piedra. Con decirte que se tardan tres horas ó tres y media en bajar, comprenderás, querido lector, que faltará poco para hablar con San Pedro, y que en cuanto te llevo dicho y narrado no hay exageración alguna... ¿Y ahora querrás saber la suerte de aquellas desventuradas señoritas y las dos abadesas? Pues ocurrió lo siguiente, según supimos al llegar al Juncal. Una de las prioras fué tan cruelmente atacada de la puna, que la hemorragia por narices y oídos puso en peligro su vida, y tuvieron que traerla en brazos entre varios hombres todo el trayecto hasta el Juncal; es decir, ¡unas seis ó siete horas! Como era natural, no quisieron abandonar á esta infeliz, y esa fué la desaparición que yo había notado de mis compañeros de viaje. Mis hijos me esperaron más de dos horas en el fondo del precipicio aquel muy tranquilos, y no se fueron solos hasta Valparaíso, seguramente por no disponer de medios para ello. ¡Qué hermoso es tener quien mire por uno en momentos de aflicción...!

Un detalle. El correo por la cordillera lo lleva un baqueano que, para hacer más bien la expedición, se arroja, con balija y todo, desde la cumbre, y rodando como una pelota por la nieve y la arena, llega al llano con la velocidad de una piedra que se arrojara desde la cumbre. Recuerdo haber visto en un número de *La Ilustración Española y Americana* un precioso grabado que representa este originalísimo medio de locomoción. Una vez en el Juncal, ya es otra cosa, otro ambiente, otro paisaje, que poco á poco van deleitando los sentidos hasta el extremo de creer un sueño todo lo pasado anteriormente. Llegando á la estación de los Andes, todo ha concluído. Coches magníficos, viajeros de todas nacionalidades, restaurants, trato ameno, y, en una palabra, lo rutinario, lo natural, lo de siempre.

Los campos de Chile son verdaderamente deliciosos. Un jardín continuado y unos paisajes encantadores. Tierra fertilísima y trabajada vigorosa é incesantemente por sus mora-

dores, hacen de este rico y ameno país un verdadero paraíso. ¡Qué valles, qué ríos, qué arboledas, qué heredades y cuánta riqueza y fertilidad por todas partes!

Desde los Andes á Valparaíso, unas seis ó siete horas, no cesa de contemplarse á uno y otro lado de la vía la mano del hombre chileno, activo y valeroso como el que más. Su trato es afabilísimo, encantador, y su sociedad distinguida é ilustrada. Se rinde fervoroso culto, por regla general, á las costumbres inglesas, por ese prurito de las sociedades modernas de imitar lo bueno de todas partes, aun dejando olvidados costumbres, usos y hasta el idioma natal. Pero eso es común en toda la americana latitud, desde Buenos Aires hasta la isla de Cuba; desde el modesto labrador al más encopetado aristócrata y capitalista. Pocos, poquísimos son los americanos que hacen vida á la española y conservan sus usos y costumbres. Hasta el Jerez es de Inglaterra; las aceitunas y las frutas, de los Estados Unidos; la comida, esencialmente inglesa, y en cuanto al movimiento intelectual ó literario, escasísimos son los establecimientos de librerías que reciben obras españolas, que á nadie interesan y pocos las piden. Yo estoy siempre en los mejores hoteles, y todavía no he llegado á ver un número de *El Imparcial*, ó el *Heraldo*, ó *La Epoca*, ó *El Liberal*. Para conseguirlo, hay que ir á los casinos españoles, donde suele haber alguno.

La ciudad de Valparaíso es primorosísima. Magníficos paseos, un puerto espléndido, calles soberbias, comercio inmenso, grandes edificios y un trato verdaderamente inglés; la colonia española es bastante reducida, mas á ella debí marcadísimas muestras de aprecio. Tiene un magnífico Teatro Municipal, con espléndido decorado, vestuario é indumentaria, y de rico aspecto y gusto arquitectónico su fachada y sala de espectáculos.

La mejor sociedad de Santiago se encontraba allí y en Villa del Mar, veinte minutos de la capital, precioso paraje de baños, donde se dan cita las familias más distinguidas de

Chile, igual que sucede en San Sebastián, Biarritz ó Deva, en España. Era la época de baños, y además, el punto de reunión de los diputados y de los políticos más encumbrados de Chile. Allí nos presentó á lo mejor de todos ellos el Sr. Barriga, que á la sazón se encontraba allí también con su familia; y sin hacer el viaje á Santiago, desde Valparaíso, por cartas y telegramas con el señor Alcalde, obtuvimos aquel hermoso Teatro Municipal, por el tiempo que lo quisiéramos, pero hasta la época que es costumbre inveterada comience la buena temporada de invierno la ópera italiana, espectáculo predilecto de todos los públicos de Sud-América, como lo es en Europa y como pasa en todo el Universo.

Una vez conseguido nuestro deseo, que era asegurar el teatro de Santiago, conseguimos á la vez el de Valparaíso para dar un corto número de representaciones y también el de la ciudad de Concepción, distante doce horas de Valparaíso. En todo este tiempo (mes y medio ó dos meses), la sociedad veraniega volvería á Santiago, y entonces allí inauguraríamos nuestra temporada formal y casi segura respecto al éxito, por las promesas y ofertas que se nos habían hecho.

Se telegrafió inmediatamente á Buenos Aires, donde Zapata quedó esperando con la compañía, é inmediatamente se pusieron en camino todos para Valparaíso.

Desde esta salida de Buenos Aires, todo lo ya referido y la llegada de la compañía transcurrieron unos quince días. Con gran concurrencia, por lo distinguida y numerosa, inauguré en Valparaíso mis representaciones, obteniendo gran éxito *El Alcalde de Zalamea*, que escogí, como casi siempre hago, para debut. Al día siguiente, domingo, *De mala raza*, y el entusiasmo fué verdaderamente espléndido y hermoso. Se abrió un abono de 15 funciones, pero se hizo muy poco, como suele ocurrir casi siempre ya en todas partes, porque hoy el dinero es más escaso que nunca, y soltar *de una vez* una cantidad importante, son contadísimas personas las que pueden hacerlo.

Poblaciones dedicadas al comercio, al bufete y al trabajo activo, á las seis de la mañana todo el mundo está de pie y cada cual en su puesto. La afición, además, es escasa, y la curiosidad les hace asistir las primeras noches al teatro; una vez satisfecha, todo ha concluído.

Tienen además una razón poderosa y de gran atracción para que el teatro sea mirado con cierta apatía. La afición delirante de Valparaíso, desde el más acaudalado banquero ó comerciante al más modesto cargador del muelle, son las bombas de incendio. Allí es bombero todo bicho viviente, y es tal la chifladura, que se gastan cantidades enormes en este género de distracción. El lujo en los uniformes y los materiales y útiles de más seguro y moderno éxito. Carrozas verdaderamente regias, y tiros de caballos valiosísimos. Lucha desenfrenada por salir victoriosos los unos y los otros y ser el primero en llegar al sitio del siniestro; ejercicios casi diarios donde se derrocha el oro á manos llenas. Edificios *ad hoc* para cada sociedad de ésas, con sus clubs ó sus casinos, de ingleses, franceses, italianos, españoles y chilenos. Tiene hospitales, montepíos para viudas y huérfanos, una institución, en fin, de tal importancia humanitaria y á la vez de recreo, donde la población entera tiene su principal orgullo, y con justificado motivo puede tenerlo.

Un día muy señalado para esta clase de ejercicios, en que había anunciada la prueba de una bomba recién llegada de los Estados Unidos, de gran potencia, desfilaron por delante de los balcones del hotel de Francia, donde yo me hospedaba, todas las sociedades de bomberos con todo su séquito de carrozas y vistosísimos caballos, con sus banderas y útiles de todo género, tardando en pasar más de tres horas aquel verdadero ejército, que no bajaría de 10 á 12.000 hombres, con sus correspondientes bandas de música. Deliciosísimo golpe de vista, sobre todo para el que, como yo, no conocía esa clase de sociedades en tan grande escala.

Valparaíso es una ciudad muy rica y de costumbres ver-

daderamente inglesas y yanquis, y á primera vista lo comprende el menos entendedor. Así es que una compañía española puede prometerse bien poco. Como en toda la América donde se habla el castellano (hasta cierto punto), sólo las compañías por tandas tienen alguna aceptación. Premian con su aplauso lo que les gusta, pero se cansan pronto. Sólo conseguimos cubrir el presupuesto, tanto mis socios como yo; mas yo á duras penas. Pero éstas me estaban reservadas para mi aparición en la ciudad de Concepción, para donde salimos al día siguiente de terminar en Valparaíso. Sólo seis funciones se anunciaron. Se hicieron las seis, lector amigo, se hicieron; pero yo quedé deshecho. No fué ni por el calor, ni por la falta de afición de sus moradores, ni por nada de eso. Fué realmente porque las pícaras elecciones tenían la población alarmada, y la lucha electoral y los garrotazos limpios que se repartían hicieron que nadie se atreviera á salir de su casa desde las seis de la tarde:

No tengo á mano las hojas de ingreso de aquella *temporadita* de seis funciones; pero bástete saber que no hubo ni para cerillas durante las seis noches de función, en las que *debí pagar* á mi compañía unos sueldos que no pude pagar á ninguno,y más adelante ya verás cómo se los pagué á todos del todo.

Terminada aquella campaña artístico-electoral, nos llevamos la compañía de un tirón á Santiago. Pero en Santiago hubo que esperar otros catorce ó veinte días á que comenzara á ir la gente, y esta nueva detención me dejó ya *in artículo mortis*.

Fuí invitado para ir á una hacienda de campo (fundo, como allí se llaman esta clase de propiedades), por una distinguida dama de las más principales de aquella cultísima ciudad. La señora viuda de Makenna, célebre estadista é historiador chileno, cuyo recuerdo venerado será eterno en Chile; esta señora había oído á varios de sus amigos elogios que yo no creo merecer, y mostró deseos de conocerme, á lo que yo accedí gustoso.

Permanecí tres días en tan honrosa y amable compañía, y rodeado de atenciones y simpatías que nunca olvidaré. Volvíme á Santiago, á fin de activar allí mi debut ante aquel público (aunque Zapata y mi socio habían hecho ya cuanto pudieron), y los tres de acuerdo decidimos no esperar más, y empezar en seguida.

Pocas, poquísimas son las personas que cultivan en Chile la literatura española, y sólo cuando llega una compañía importante, rinden fervoroso culto á las obras predilectas de nuestro Teatro Español. Yo llevaba grandes esperanzas, pues conmigo habían prodigado todo género de atenciones, antes y después de inaugurada mi temporada, pero sólo conseguí abonar *una butaca* para las doce funciones que abrí de abono, y esa fué por nuestro ministro plenipotenciario el señor Duque de Arcos. Esa fué toda la cantidad que ingresó en caja, cuyo 40 por 100 me pertenecía.

En cambio, merecí el más alto de los honores á que podía aspirar el más exigente y renombrado artista, dándome un soberbio banquete en el famoso Cerro de Santa Lucía, baluarte primero de la conquista, y hoy paraíso de hadas y encanto de la moderna sociedad chilena.

Debo advertirte, amigo lector, que sólo faltaban unos veinte días para terminar el contrato de seis meses que firmé en Buenos Aires con Zapata y su socio, y por esta razón sólo pudo abrirse un abono de 12 funciones, para llegar al término de nuestro contrato. Una vez concluído éste, el saldo que quedase á favor de Zapata y su socio, yo tenía que abonarlo, ó comenzar otro nuevo bajo bases distintas.

Del resultado del éxito pecuniario que ofreciera Santiago dependía el terminar aquella situación enojosa entre la sociedad y aquella tirantez que llegó á hacerse insoportable para ellos, y para mí, sobre todo, que dando de un 60 por 100 un 20 para descuento del anticipo, y del 40 restante *doscientos pesos por función* para pago de mi parte de viajes, que era mitad por mitad, y todo esto sacándolo de ingresos mezquinos y

miserables, en vez de irme desquitando con mis socios, me empeñaba más cada día y dejaba desatendidas las más de las veces mi compañía. De los seis meses que duró mi asociación con Zapata, *tres estuve sin girar un céntimo á mi casa:*

Esto podrá darte una idea, caro lector, de lo desdichada y laboriosa que fué aquella expedición. En ella apuré todo género de sufrimientos, desconocidos para mí, porque jamás me hallé tan lejos de mi familia, sin recursos que poderla ofrecer. En ella sufrí como un miserable histrión todo género de negativas, decepciones y desencantos por parte de quien menos yo podía suponer, ni aun sospechar siquiera. De aquellos que me debían y deben todo género de respetos y consideraciones, y que ni aun viéndome enfermo de dolor, traspasaron ni una vez siquiera los dinteles de mi habitación, donde estuve postrado y consumido doce ó catorce días. Allí se intentó cometer conmigo todo género de infamias, asechanzas y persecuciones, si no aprontaba lo que no podía aprontar, sencillamente porque el negocio no daba para ello. Allí, por último, la mano del Señor de cielos y tierra, apiadándose de mí y de los míos, me deparó un ángel que con brazo fuerte y robusto me arrebatara del abismo en que me ví sumido, pagando hasta el último céntimo al autor de *La capilla de Lanuza*, y á su protector, amigo y socio capitalista.

La hermosa ciudad de Santiago, con sus preciosas afueras, sus bonitos y artísticos edificios, su caserío inmenso, sus lindas plazas, es en ciertos parajes una ciudad moderna, populosa y atrayente, y parecida á alguna ciudad importante de Andalucía. Tiene magníficos establecimientos, montados con verdadero lujo y suntuosidad. Un casino admirablemente decorado, con restauraciones elegantes. El Teatro Municipal, verdadero templo elevado á las Artes, hace honor á aquella ciudad distinguidísima que, durante dos ó tres meses de invierno, acude en masa á la ópera italiana, que el inteligente empresario, mi particular amigo D. N. N., lleva todos los años y luego pasa con ella á Valparaíso. Para esta clase de espec-

táculos está únicamente construído aquel teatro, en vestuario y en decorado. Poco ó nada se preocuparon por el Arte dramático; así, cuando de tarde en tarde llega alguna compañía ó cuadro dramático de cualquier nacionalidad, se ve obligada á representar una obra del día en un salón regio, y á sentarse en un sillón monumental ó en una banqueta bizantina.

Los ingresos de las doce primeras funciones de abono fueron, por desgracia, harto insignificantes, pero yo entregué mi 40 por 100 pactado, y además los 200 pesos chilenos por función para pago de viajes. Mi deuda disminuyó con arreglo á los ingresos, como era natural.

Respecto al ángel que me salvó y me sacó de aquella espantosa situación, como te llevo dicho anteriormente, voy á describírtelo detallada y minuciosamente, con toda la realidad asombrosa que su interesante personalidad requiere. Pero llevo muchas horas de escribir y de apurar la memoria, y necesito descanso.

Hasta dentro de un par de horas.

Como llevaba dicho, con las doce funciones de abono terminaba el contrato de Zapata y mío, y como los ingresos fueron sumamente pequeños, sólo se consiguió disminuir una pequeñísima parte del anticipo. Tenía, además, un crédito pendiente con el socio capitalista, de tres mil duros, cantidad que al hacer el traspaso con Ciachi, había yo puesto como condición precisa que se me adelantara, para girarla á mi casa por aquellos días, como en efecto se giró.

Ambos anticipos unidos, el entregado á Ciachi y el girado á Madrid, constituían un verdadero capital para lo que hoy son en América los negocios. Hace diez años, dos buenas entradas en el Politeama Argentino hubieran bastado para extinguir la deuda. ¡Estaría escrito!

Conocí al salir de Valparaíso para Concepción, y durante el trayecto, un caballero chileno, en cuyo aspecto y amenísimo trato mostraba indicios de ser un verdadero *gentleman*.

Trabamos conversación. Dijo haberme visto muchas veces trabajar en Madrid, y que sentía verme ahora en América en situación tan precaria para su país natal. Era abogado de la empresa constructora del dique de Talcahuano, poderosísima sociedad francesa que depositaba en él todos sus vastos negocios. Jurisconsulto eminente, de posición desahogadísima, hombre de gran mundo y viudo por añadidura, su casa era de todos sus numerosos amigos, y su mesa una de las más positivas y concurridas de Santiago. Dejé de verle, como era natural, el tiempo que estuve en Valparaíso y en Concepción, pero al volver á Santiago para inaugurar mi temporada, no bien llegué al hotel de mi hospedería, me encontré con su invitación para irme á almorzar con él. Acepté, como es consiguiente, y fuí presentado el primer día á varios de sus amigos más íntimos, todos hombres de respetabilidad en el comercio, en la banca y en la magistratura. Allí supe que *mi hombre* era decidido protector de las empresas que iban á Santiago, que lo era á la sazón de la de ópera italiana que estaba próxima á arribar, y que, en suma, le era altamente simpático todo lo que fuera Arte, artistas y asuntos teatrales.

Como era natural, en aquel primer almuerzo la conversación giró sobre mi negocio próximo, sobre el estado aflictivo del país, lo anómalo de la época, casi verano todavía, la ausencia de las familias más distinguidas, etc., etc. Para solemnizar mi presentación se destaparon algunas botellas de un rico Champagne (reservado exclusivamente para las grandes solemnidades), y en uno de los brindis, que dirigí al amo de casa, éste pudo observar alguna lágrima que de mis ojos, sin querer, aumentaba el líquido espumante.—«Alto ahí, señor Vico—dijo con voz poderosa y fuerte, que retumbó en mis oídos é impidió que apurara mi copa;—alto ahí, repitió por segunda vez. Explíqueme inmediatamente el por qué esos ojos rebosan lágrimas; á mi lado no consiento dolores ni aflicciones. Está usted en su casa y entre hermanos; diga qué le

pasa»... Yo continuaba de pie, él lo mismo, y al vernos así los demás comensales, apercibidos de que algo grave y serio ocurría, pusiéronse de pie, cada cual con su copa en la mano. En esta actitud, todas las miradas se dirigían á mí y todos aguardaban una pronta y terminante contestación. La emoción pude al pronto dominarla, pero no así reconcentrar lo que en vano pugnaba dentro de todo mi sér por salir á los labios. Me ahogaba. Ni al salir de Buenos Aires, ni en Mendoza, ni en Valparaíso, ni en Concepción, había podido girar una sola peseta á mi idolatrada familia.

En Valparaíso quedaron todas mis pocas alhajas para librar de la suerte de quintas á mi hijo Manuel. Habían transcurrido en todo esto y las paradas unos tres meses; tres meses en que ni dormí, ni reposé, ni logré descansar un instante... Las conveniencias sociales, mi dignidad de artista y de hombre se me imponían. La lucha era cruel, honda, insoportable... Aquel almuerzo, aquella expansión, aquel Champagne, innundaron mi alma que, desbordada, en vano intenté retener dentro de mi pecho. Brotó espontánea, elocuente, fácil, humana, en toda su desnudez, en toda su espantable verdad, con todo el doloroso y agudo quejido que el corazón envía á la boca y á los ojos. ¡Estaría escrito! Empecé diciendo estas ó parecidas palabras: «Yo, señores, iba á brindar, creí poder brindar para daros gracias por vuestras bondades y complacencias para conmigo. Pero no siempre puede uno hacer lo que intenta. Unido á vosotros por primera vez de mi vida, ¿cómo puedo abrir mi pecho? ¿Cómo haceros partícipes de dolores agudos, intensos, terribles, que devoran todo mi sér en estos instantes?... Yo os suplico, yo os ruego perdonéis este doloroso paréntesis *que mi pesar* ha dado á esta fraternal reunión... Más tranquilo y sereno, yo os explicaré los motivos que he tenido para ello. Brindo, pues, por el dueño de esta casa, por cada uno de vosotros y porque dentro de breves días cambien en lo posible la agitación y el dolor que me devoran.—He dicho.»

El silencio más respetuoso y digno selló aquella última libación, y á poco fueron despidiéndose unos de otros, mereciendo yo cariñosísimas muestras de simpatía y afecto por parte de todos. Fuí á dar un abrazo al dueño de la casa y á despedirme de él, cuando con voz sorda y penetrante me dijo:—«¡Ahora empezamos los dos!»

Y en efecto, me llevó á su despacho, encendió un tabaco, encendí yo otro, y cerrando la puerta de su estudio, me invitó á sentarme enfrente de él.—«Ha herido usted de tal modo mi corazón, amigo Vico, al ver palidecer su semblante y llenar de lágrimas sus ojos, que le ruego me diga la verdad de cuanto le sucede. Deposite usted en mí sus penas, que yo anhelo aliviárselas en lo que de mí dependa.»—Va usted á saberlo todo. Nada he de ocultarle.—Y le referí detenida y detalladamente todo cuanto ya sabes, querido lector, desde mi situación al salir de Madrid y mis desengaños en la América, hasta entonces no recorrida...



Vico en *La Esposa del Vengador*, año 1374.

Aquel hombre, aquel generoso y noble corazón, que Dios sin duda me tenía reservado para mi tranquilidad y tal vez evitarme una verdadera é inevitable catástrofe, sin detenerme en más preguntas, ni esperar saber más, me dijo:—Dispongo en este momento de 3.000 pesos. Vamos á girarlos á su señora de usted, y tocando un timbre, se presentó un escribiente suyo.—Vaya usted al banquero Coll y entréguele esta cantidad para que por cable la gire á nombre de la señora

de Vico, reducida á oro. Redacte usted, Sr. Vico, otro á su esposa, para que se presente á cobrar dicha cantidad. Cuando esté impuesta la suma, vaya usted al telégrafo y ponga el cablegrama este. A escape. Aquí aguardamos á usted.

Al día siguiente, seis de la mañana, me despertó el camarero del hotel:—Sr. Vico, un telegrama.—Abrí y decía:—«Cobré. Buenos. Caricias.»

Y díme ahora, lector, ¿qué se hace con un sér que de tal modo se identifica con nuestros dolores y nos saca del abismo en que la fatalidad nos tiene hundidos? Lo que yo hice, nada más. Colmarle de besos y de abrazos, pregonar á voz en cuello su noble proceder, repetirle una y cien veces que era mi salvador, mi ángel tutelar y el de mis hijos... Apurar, en suma, todo el expresivo vocabulario de la gratitud y del reconocimiento eterno, como ahora hago pública su conducta fraternal y santa.

Empezóse la temporada, y durante los veinte días que se echaron en dar aquellas doce funciones, empezó á tratar con mis socios la forma de pago del saldo total de mi cuenta con ellos. Quiso desligarme en absoluto de aquel estado de cosas, sacarme, en suma, adelante, como suele decirse, y lo consiguió. Lo consiguió, sí, para que durante toda mi vida, y aun llegado el instante de espirar, su venerado nombre vaya envuelto en el último aliento que exhale por mis labios. Como abogado y hombre avezado á negocios, entendióse desde el primer momento con el socio capitalista del autor de *La capilla de Lanuza*, entregándoles hasta el último céntimo del saldo total que á su favor había, en enojosa cuenta de cambios de monedas de papel argentino, chileno y oro español, cuya liquidación duró dos ó tres días, después de terminada aquella primera serie de doce funciones de abono.

Omito infinidad de detalles por importunos é impertinentes. Ni son del caso, ni hay necesidad de avivar enemistades ni menos remover cenizas ya aventadas, por fortuna mía y de mi hogar.

¿Crees, lector, que este imponderable bienhechor le dió importancia alguna al bien que tan ostensible y fraternalmente me hacía? Ninguna absolutamente.

Convinimos tan sólo abrir un nuevo abono de 15 funciones. Desquitar el 20 por 100 del ingreso en cada una de ellas, para poco á poco ir extinguiendo la deuda, y al salir de Chile para Iquique y Lima, nombró á un amigo suyo y mío para que le fuese remitiendo las cantidades según fuese el negocio, pero sin molestarme en caso de irme mal en éste. Entre Iquique, Lima, Ecuador y Venezuela terminó esta verdadera obra de caridad, y terminé yo de satisfacer deuda tan sagrada como justa y digna de elogio y eterna memoria. ¿Quieres conocer el nombre respetable y respetado de mi bienhechor? ¡Don Carlos Hamás!

Terminado este para mí interesantísimo episodio de mi campaña artística por América, paso á referirte lo ocurrido desde esa segunda serie de quince funciones que abrí en Santiago.

Me fué mejor que en las doce primeras de aquella dictadura. Pero bastante mejor, aligerado de aquel 40 por 100 y de aquel 20 y aquellos 200 pesos de viaje por cada función. ¡Pues apenas había diferencia!

En las doce primeras percibía el 40 por 100, y de ése daba 200 pesos para liquidar mi parte de viaje.

Y en las veinte segundas percibía líquido el 80 por 100 íntegro de las entradas. Del día á la noche, nada menos.

Prosigo. Un buen pellizco percibió en Santiago mi noble amigo de su 20 por 100.

A mitad de estas funciones presentóseme en el hotel una mañana un caballero, italiano por su acento, pero argentino de nacionalidad, artista de canto, retirado, y hombre avezado á traer y llevar compañías por todas las Américas, Carlos Antonietti. De simpática presencia, alegre, decidor, oportuno, llegó á mí en momento favorable, pues no sabía qué camino seguir, una vez terminada la temporada en Santiago Acostum-

brado á viajar siempre por América, unas veces con negocios teatrales, otras en asuntos de compra y venta de alhajas y en todo género de especulación, conocía al dedillo las distancias de un pueblo á otro, sus hombres más importantes, las costumbres, los mejores hoteles, y en suma, era el hombre que yo necesitaba. Propagandista á lo yanqui, prodigó hasta la exageración mi modesto nombre de actor, lo hizo subir al último peldaño de la gloria en periódicos, anuncios pomposos y vistosos colorines: «¡Ya llega!» «¡Llegó el coloso!» «¡Ahí le tenéis!» «¡Abajo todo el mundo!» «¡Bomba!»

Interesado en un 8 por 100 de los ingresos, á él convenía tanto como á mí el mayor resultado del negocio.

Un sueldo, por grande que fuese, nunca le hubiera producido lo que le produjeron los seis meses en que fijamos el tiempo de nuestro contrato, hasta terminar en la Habana, punto donde, él como yo, teníamos puesto nuestro principal empeño y esperanza.

Su primera *plaza*, como él decía, fué la de Iquique. Sin desembolsar yo una peseta, se marchó allá, sacó una subvención para el viaje de la compañía, hizo un abono considerable, y al desembarcar yo, todo estaba previsto, pagado y dispuesto con verdadera maestría é inteligencia.

No bien me dejó instalado, salió para Lima, donde practicó iguales trabajos que en Iquique, y yo todo me lo encontré hecho, pagados los pasajes y obsequiado siempre al llegar á los puntos con cohetes, músicas y presentaciones. Conseguir todo esto en poblaciones hoy completamente arruinadas por la crisis que las devora, sacar subvenciones y viajar con veintidós personas por todo el Sud-América sin desembolsar un céntimo, convengamos en que no es hoy cosa tan fácil. Me dejó en Lima instalado y se fué precipitadamente á Guayaquil (Ecuador). De allí á Venezuela, y luego á la Habana, y en suma, el dinero que se llevó de un 8 por 100 es, á no dudar, el que yo he pagado con más gusto y más merecido en todas mis expediciones artísticas.



Vico en su despacho.

Nos separaron en la Habana rencillas y disgustos en que nos envolvieron sin querer varios acontecimientos propios y exclusivos de negocios teatrales. Durante el tiempo que le tuve á mi lado (unos cinco meses), cobraría de 9.500 á 10.000 duros (oro), próximamente.

Iquique fué, como te llevo dicho, la primera plaza que hice con mi nuevo agente Antonietti. ¡Iquique! ¡El pueblo más alegre, más rico y más animado de todo el Pacífico!

Poseedor de esas inmensas riquezas que se llaman *salitreras*, tomadas á los peruanos en la última guerra, el oro corre allí á manos llenas, como consigno en otra parte. Cada nación tiene allí su espléndido casino. La sociedad, compuesta en su mayoría de ingleses y alemanes, tiene un sello de distinción que no se puede ocultar. Hoteles magníficos y magnífico teatro, que vi casi siempre lleno en las diez funciones que dí en catorce días que duró mi permanencia allí. Construído á lo largo de la misma playa, forma una rampa inmensa, á la que el pueblo acude aterrado siempre que los temblores de tierra y alguno que otro terremoto inunda sus calles y pone en grave riesgo sus vidas y haciendas. Lo más rico y acomodado de la sociedad tiene sus lindos hoteles casi en la cima de aquel escarpado suelo, donde es imposible la vegetación y rarísimo el sitio donde se ve una flor.

Todo tienen que llevarlo embarcado, desde el ganado hasta la fruta. Allí no hay más que oro y sacos del mineral afortunado. Dudo que haya más consumo de cerveza y licores en ninguna otra población del mundo. A las tres de la tarde no queda un solo individuo que no rinda culto á esa espontánea y decidida afición. Verdad es que en toda América se bebe mucho, sobre todo el que le gusta. Iquique, en fin, es un gran pueblo, con una actividad febril, un puerto lleno siempre de grandes buques de carga y descarga. Creo que entre Perú y Chile juntos, excluyendo á Valparaíso, hay menos movimiento y menos riqueza que él por sí solo atesora. Aquello es una mina, que explotarán á su placer cuanto tiempo

existan los que hoy la tienen. La colonia española es reducida, pero su mayoría ocupa desahogada posición, y hay algunos verdaderamente ricos. A todos los casinos fuí invitado, y estuve agradabilísimamente entretenido aquellos catorce días. ¡Salud, Iquique!

¡Lima! ¡La más hermosa sultana de todo el Pacífico! La legendaria tierra, la tradicional matrona de la conquista, la hermana gemela de Sevilla, Granada y Córdoba, con sus patios de ladrillo, sus bellos naranjales, sus aromas, sus poesías, hoy, como toda la tierra andaluza, decaída y agonizante, debiendo ser, por su riqueza natal, sus productos, su suelo y ese sol tropical que la baña y vivifica, el encanto y la envidia de las demás naciones á uno y otro lado del mundo.

¡Qué hermosa es Lima! ¡Qué calles más alegres, qué plazas tan inmensas, en todo parecidas á la construcción de nuestros pueblos antiguos de España!

¡Cómo denota todo aquello que *aun está en pie* la magnificencia pasada, el ayer espléndido, sus magníficos y suntuosos templos, sus inmensos palacios, en todo iguales á nuestras pasadas glorias!... La señora de Lima es la dama española de pura raza, de elevada estatura, de noble y distinguido aspecto, atenta, enloquecedora á la menor sonrisa, al primer saludo. ¡Qué afabilidad, qué ojos, qué cerco de pestañas, que al cerrarlas, el astro día parece como entristecerse, dejando en sombras cuanto nos rodea... Hasta en los trajes y en el modo de llevarlos, se ve clara y perceptiblemente que Dios igualó, por celestial capricho, la mujer peruana y la andaluza, y dijo: «*Os separan dos mares, pero os pongo la misma gracia. ¡Ahí queda eso!*»

Bastantes caballeros peruanos traté de distintas categorías y condiciones, pero lo suficiente para apreciar debidamente su ilustración y fino trato. Entre ellos el sabio y profundo conocedor de nuestro teatro clásico y de nuestro idioma, Sr. D. Ricardo Palma, correspondiente de la Academia española y un cumplido mantenedor de nuestras tradiciones en aquel país.

Bien lo declara su famoso libro de *Los Virreinatos*, donde no se sabe qué admirar más, si la verdad histórica ó las galas y fluidez de su estilo, genuinamente castizo y clásico á la vez.

La colonia nuestra es allí bien escasa, y como todo el país, se mueve en una atmósfera de tristeza, de timidez, de apatía. que casi me atrevería á calificar de enervamiento social. La situación política, tirante hasta lo increíble, tiene á la sociedad en un constante retraimiento.

Tienen aún inmensos veneros de riqueza propia sin explotar, pues el abandono y, ¿por qué no decirlo?, el miedo los tiene empequeñecidos.

Yo describo á grandes rasgos, y según mi manera de ver las cosas, á primera vista desde la escena, el mejor y más adecuado sitio, hoy como siempre, para saber si un público está triste ó alegre, rico ó pobre. Sólo escuchamos lamentaciones y temores desde que llegamos. Sólo el aspecto de la población daba á conocer palpablemente que allí el ángel de las tinieblas tendía sus tristes y negras alas no bien llegaba la caída de la tarde... ¡Qué silencio, qué recogimiento, qué angustia! ¡Todo eran confidencias, secretos avisos! ¡Nada espontáneo, en firme, en alta voz! La afición al teatro, el tiempo que hacía que no tenían compañía de verso española, hicieron, unido á los esfuerzos y propaganda de Antonietti, que se hiciera un regular abono, y las dos ó tres primeras entradas defendieron bien el negocio y aun me quedó algo; pero me vi precisado (hasta saber á dónde iba), á abrir un nuevo abono de otras doce funciones (que hice al fin), y, ¡aquí te quiero ver, lector amigo!, noche tuve en que el personal de la orquesta y algún que otro convidado constituyeron mi público.

Une á todo esto que allí los *soles* valen tres pesetas, y que con una entrada de *cien soles* resulta que no hay para pagar las bujías ni para calentarse los artistas... Vi las estrellas, sin embargo, y todo género de constelaciones... Hablé hasta con la sombra de Pizarro... ¡Todo inútil! «A morir los caballeros», como dice Zapata, ó decía...

Antonietti, como siempre, á poco de inaugurar la temporada, marchó á Guayaquil, de donde siempre me hablaba con gran entusiasmo. Yo temía el ir, y casi todos mis compañe-



Vico y su sobrino Antonio Perrín, en *Thermidor*.

ros; pero la elección no era dudosa. O establecernos en Lima, ó seguir adelante. Decidimos seguir Pacífico adelante hasta surcar las mansas corrientes del Guayas...

Las travesías desde Valparaíso á Iquique y de ésta á El Callao de Lima las hicimos á cuerpo de rey, todos en primera clase y en los mejores vapores de la Compañía inglesa, «El Imperial» y «El Aconcagua», barcos de grandísimas proporciones y todo género de comodidades, á pesar de ser buques

de carga. La forma de estos barcos es completamente distinta á la de los que cruzan el Océano. Tienen dos pisos; es decir, dos cubiertas, y de gran elevación. En la primera están todos los camarotes de primera, comedor, *fumoir*, salón de lectura, lavabos y todo lo necesario y del gusto más moderno y delicado. En la segunda cubierta, de popa á proa, en toda su extensión, colocan gran parte de la carga, cuando ésta no cabe en las bodegas, que son inmensas.

Una de las operaciones más entretenidas que hay á bordo de esos buques es el embarque y desembarque de los bueyes que, como es sabido, constituyen en esos países una de las principales riquezas y negocios. De la Argentina, sobre todo, hay gran comercio de esa clase de ganado.

De Valparaíso á Iquique podría irse en cuarenta y ocho horas, si hubiese vapores directos, y lo mismo ocurre de Iquique á El Callao de Lima, que se invierten seis días. Pero sólo se navegan escasas horas seguidas, para dar lugar en cada uno de los puertos al embarque ó desembarque de esos animalitos. Como es sabido, el mar Pacífico, casi siempre es un lago... al parecer; pero es tan intenso é incómodo el movimiento del buque de babor á estribor, un cuneo tan insoportable, que indudablemente es preferible el oleaje espumoso y agitado del Océano Atlántico á ese lento, sordo y pausado tambaleo del pabonado mar... Algo grave debe haber en su fondo que no sale á la superficie, ni revientan sus olas; pero ello es que hay días que no se puede dar un paso, por temor á romperse las narices. Recuerdo dos puertos del Pacífico, que jamás podré olvidar: ¡Pecita y Mollendo!

Bien renombrados son los tales puertos. En cada uno de ellos se permanece todo el día embarcando bueyes y toda clase de animales. Estos llegan en inmensas barcazas, sujetos por el testuz á unos fuertes clavos, hasta la borda del buque, y enganchándolos con unos fuertes lazos los elevan, arriándolos en barda al llegar á la boca de la bodega, cayendo los pobres animales hechos una desdicha. Suelen de vez en cuando

recordar su abolengo y reventar de un derrote á algún infeliz marinero, dejándole inútil para toda la vida. En esta operación y otras análogas se pasa casi todo el día, aburrido y desesperado.

Quien guste de viajar y se deleite surcando los mares, le recomiendo un viajecito de Valparaíso é Iquique y de Iquique á El Callao de Lima. Le gustará.

Aunque á mi pesar, no tuve más remedio que aceptar la idea de Antonietti de seguir á Guayaquil. La idea que de este país se tiene y de sus enfermedades, me hacía temblar, lo mismo que á algunos de mis compañeros. Pero estaría escrito.

Tuvimos la suerte de que nos llevase el hermoso vapor inglés llamado «El Imperial», donde hicimos la travesía hasta Iquique al dejar Valparaíso. Ocupamos los mismos departa! mentos, y esto nos animó un poco. ¡Con cualquier cosa se atenúa á bordo el disgusto y el mal humor! ¡A la fuerza ahorcan-

El mismo aburrido y monótono cuneo, el mismo horizonte, igual monotonía, los mismos buques ó casi los mismos, é iguales días de navegación hasta el puerto de Guayaquil.

Entramos de noche en el río Guayas, y no pudimos apreciar en todo su valor aquel prodigio de la naturaleza, aquel verdadero edén, donde no se sabe qué admirar más, si los en cantos de aquella vegetación, ó los esplendorosos colores de su cielo, el más diáfano, el más divino de todos los países tropicales. Pero serían las dos de la madrugada cuando el práctico, á la entrada del río, subió á bordo, y á esta hora ya estaba yo rendido y tuve que acostarme. Aunque estrellada la noche, no podía, sin embargo, apreciar á mi placer cuanto me habían dicho de aquel paraíso encantado. Cuando vuelva á atravesarle para seguir á Venezuela, me desquitaré del todo de mi deseo.

Las seis de la mañana serían cuando la enorme cadena del ancla de «El Imperial» dió fondo, y allí quedamos sujetos hasta que la Sanidad nos diera entrada.

Un puerto vulgar, de madera, y una perspectiva igual á la de Iquique, sólo que más extensa ó extendida, pero el panorama idéntico.

Serían las ocho cuando penetrábamos en el hotel.

Antonietti había abierto un abono de quince funciones, y había recaudado una cantidad importante. Mucho entusiasmo en el público, mucho afán por verme, y en suma, quince magníficas representaciones, mucho dinero y muchos aplausos. Beneficio espléndido, medallas conmemorativas, coronas y flores...

En el Ecuador se disfruta de una tranquilidad relativa, que hace que aquella cultísima sociedad viva en condiciones distintas á las de Chile y el Perú. Mucha riqueza, mucho comercio y grandes capitales en constante movimiento. Un pueblo que trabaja y cobra bien y mucho; allí no salta á los ojos la miseria que en otros países, sobre todo, en esa clase desheredada é infeliz. Pocos extranjeros hay en Guayaquil. El elemento más fuerte y poderoso lo constituyen los hijos del país. Hacen y deshacen á su antojo, sin previa consulta de vecinos. Y hacen bien. ¡Así hicieran lo mismo las demás repúblicas, y no se verían como se ven!

La ciudad de Guayaquil es extensísima, pero descuidada é indolente, como sus habitantes. Eso lo da el clima, de suyo apático y perezoso. Las casas, excepción de una docena de buenos y modernos edificios, son chozas más ó menos cómodas y grandes. En algunas calles hay edificios tan malparados, que parece imposible estén habitados. Pero como la construcción es de caña y argamasa y cada casa está sobre pies de madera, distante del suelo, sin cimientos de ninguna clase, cuando una cae, vuelven á levantarla, igual que se hace con un objeto cualquiera y con una facilidad asombrosa. Dicen que hay muchos temblores de tierra, pero yo no sentí ninguno en los 22 días que permanecí allí. La mayor parte de las calles son verdaderas letrinas, que cuando llueve se convierten en asquerosos muladares. Es increible que la salud

allí no sea mil veces peor, con la falta absoluta de higiene y la carencia total de aseo que existe.

Ese decantado temor de los que van al Ecuador, temerosos



Antonio Vico, 1900

del calor excesivo en todo el año, y de sus enfermedades endémicas, no debe existir, sobre todo en determinados meses del año. Haciendo una vida [tranquila, alimentándose bien, no cometiendo excesos de ningún género y durmiendo á sus

horas, la vida en el Ecuador es tan buena como en cualquiera otra parte del globo.

También se bebe mucho, ¡pero mucho! Sobre todo la juventud, como pasa en todas partes. Yo, como en todos mis viajes por América (exceptuando los banquetes oficiales ó particulares que me han ofrecido), he hecho la vida de siempre: el teatro y el hotel. Ni he cenado nunca, ni me he permitido pasear con el relente de la noche, ni he bebido agua helada, ni he hecho otra cosa que *dramas y números*.

Para que tuviera una idea exacta de lo que era el Ecuador, me invitó el intendente de Guayaquil, D. Rafael Caamaño, acaudalado prócer de aquel país y hombre distinguido que había viajado por Europa muchas veces, á una comida en la sierra que conduce á Quito, capital de Bogotá. Al efecto, se asociaron al pensamiento varios de sus amigos, y una mañana, atravesando el Guayas, nos metimos en un tres exprés que mandó poner y nos condujo á *Chimbo*, último pueblo donde termina la línea férrea.

Esta línea, en casi toda su extensión (dos horas y media), se desliza la locomotora por una bóveda tupida de verdura, un túnel continuado de árboles y plantas que se cruzan y abrazan de uno y otro lado de la vía, inundando aquella techumbre de esmeralda las deslumbrantes facetas y cambiantes luminosos del astro poderoso del día. El conductor del tren penetró en el carruaje para cerrar todas las ventanillas de cristales, é interrogado por mí, me contestó:—«Señor, es necesario, para evitar que las ramas lastimen á algún viajero, y *haya avería*, no más.

En efecto, me dijeron que alguna vez ocurrió á alguno sacar un brazo ó la cabeza por la ventanilla, y dejarse contra aquellas ramas medio cráneo, ó saltarse un ojo. Gran parte del trayecto pude apreciar lo que llevo dicho, pues aun con el ruido natural del tren, se oía un continuado tiroteo por la parte de afuera, y era el ruido que producían las ramas de los árboles al troncharse por la velocidad del tren. Por distin-

tos trozos de la vía, en que la vegetación se pierde, bien por atravesar un lago, bien por los accidentes del terreno, se ven á corta distancia toda clase de *bichitos* que no nombraré ni nombro nunca, y caimanes y cocodrilos de todos tamaños y castas. Los hay de cinco y seis metros de largos. ¡Seres que domiciliados y establecidos desde su primera edad en aquellos parajes, viven resignados y satisfechos, revolcándose por aquellas cenagosas y pútridas corrientes, secando sus relucientes cascos y su piel á los rayos de aquel sol tropical que los nutre y vivifica! ¡Pobrecitos! De vez en cuando suelen bajar de lo alto de las sierras y salir del fondo de sus cavernosos antros grupos de panteras y chacales para aplacar su sed en aquellas aguas y conversar á *su placer* con aquellos antiguos camaradas. Esto no lo llegué á ver, pero es tan cierto como el terror que me causó la descripción, y lo comprueba con toda exactitud el comercio de pieles de pantera y otro *género* de fieras que habitan aquellas regiones.

Al llegar á *Chimbo*, en la misma terraza de la estación estaba dispuesta la mesa para unas veinte personas, pero ínterin se disponía la comida, me invitaron á subir al pueblo. No sin esfuerzo acepté aquella invitación, pues era tal la rampa que había que subir, que comprendí que iba á reventarme. ¡Allí reventé, en efecto! Estaría escrito. Conducía el tren que nos dejó en Chimbo una vagoneta cargada de rollos de cinc, que, según nos dijeron, era encargo del cura de Chimbo para techar su iglesia. Los verdaderos caciques ó dueños absolutos de aquellas regiones, que aun conservan su primitivo estado de antes de la conquista, son los curas, cuya ilustración y fe cristiana propagan entre aquellos seres desdichados, verdaderos idiotas aún, á fines del siglo XIX. Este señor cura á que aludo, al tiempo de subir nuestra comitiva para ver el pueblo de Chimbo, bajaba con un centenar de indios á recoger la anhelada mercancía y empezar á techar su iglesia; así es que ese mismo objeto hacía resplandecer los rostros de aquellos infelices con marcadas muestras de alegría.

Nada más original y pintoresco que ver aquella abigarrada muchedumbre despeñarse por aquellas rampas de arena y piedras, hasta tocar al llano donde está enclavada la estación del ferrocarril. Los trajes eran de distintos género, hechura y colores, pero dominaba el desnudo en su mayor plenitud y clásico atavío. Unos llevaban una especie de cubierta desde la cintura al muslo, y un sucio é indefinible poncho, remendado y harapiento, un cintajo á la cabeza, y brazos y pies desnudos. Horadada la nariz por un aro colgante y otro en la oreja izquierda, de hierro, acero ó algo parecido. Otros, la piel entera, *con jopo y todo,* de animales de aquellas comarcas y sujetas por la cintura con juncos ó espartos del país. Pies y manos de gran tamaño, atezados como su rostro y todo su cuerpo por la lluvia, el viento y el sol aterrador de aquellos trópicos. Pero ¡qué hombres, más hermosos que Hércules; qué musculaturas, qué ojos más grandes y qué modo de mirar tan penetrante y escudriñador!



Vico en 1874.

El maíz, las frutas y el agua, que sin cultivo alguno producen aquellas tierras, son su natural sustento; las chozas que fabrican con caña de bambú, hojas y ramas secas, su vivienda afortunada; sus danzas y bailoteos originalísimos, su distracción predilecta; el astro del día, el viento y la lluvia curten sus desnudas carnes, haciéndolas insensibles á los rigores del huracán y al trabajo hercúleo á que se dedican.

Yo me quedé embobado, y como iba de los últimos, por el cansancio que me rendía, pude observar que se fijaban con exceso en mí, se descubrían algunos y muchos se arrodillaban, me cogían la mano después de santiguarse, y me decían: *¡María Santísima!*, volviendo la cara para seguir mirándome... Me escamé por aquellas demostraciones de respeto, que no prodigaban á los demás compañeros que iban delante de mí, y procuré, por cuantos medios me sugería el temor, evadirme de aquellas demostraciones y de aquel besuqueo...

Al llegar á la meta de aquel nuevo calvario de mis pecados, pregunté al Sr. Caamaño:

—Don Rafael, ¿por qué me besan esos caballeros?—Y me dijo que les había dicho, al pasar, á los indios en su idioma:

—Ahí abajo viene el señor obispo, vestido de blanco, con un sombrero de jipi-japa; es un señor gordo, muy blanco y muy afeitado; si queréis que os eche la bendición, besadle el anillo que lleva en la mano izquierda, y ganaréis el cielo.

En valiente compromiso me puso mi amigo, el Intendente don Rafael Caamaño; porque no sólo me besaban y yo los bendecía, y rodearon una vez abajo en la estación, pidiéndome limosna y cigarros, sino que á poco más me desnudan para llevarse como reliquias mis vestidos.

Repartí los duros y el tabaco que llevaba entre algunos de ellos, pero no entendí ni una sola palabra de cuanto me decían.

Con una caña de bambú de inmensas dimensiones, hueca, llena de agujeros y con un pito de asta en el extremo, tocan unas danzas preciosísimas y de un sabor local que adormece, por lo armoniosas y bellas. Me fijé mucho en aquellos hombres, y celebré mucho haberlos visto con tanto detenimiento y poderme fijar en aquellos aspectos fisonómicos...

La subida á Quito es tan escabrosa y pendiente, que imposibilita el paso de caballerías, así es que esos hombres son los únicos que transportan toda clase de objetos por aquellas pendientes cordilleras y aquellos quebradizos terraplenes;

muebles delicadísimos, espejos de gran tamaño, pianos, todo lo suben á hombros entre dos, cuatro ó seis energúmenos de esos, sin que les causen el menor roce, desperfecto ó daño alguno; observé que casi todos ellos llevaban sobre los hombros un costal relleno de broza seca, donde colocan la carga, y así suben y llegan, sin descansar, durante horas y horas, lo mismo de día que de noche, al sitio que les señalan.



Vico en *Hamlet*

La imbecilidad y la idiotez es el carácter distintivo de esos infelices, á quienes impunemente sacrifican los hombres ilustrados, conduciéndoles á su antojo, como manada de ovejas, y utilizándolos á su albedrío.

Aullan y saltan como fieras, pero su instinto es dócil y resignado...

Terminado el banquete, y saturados de aquel ambiente originalísimo que nos deleitó durante cinco ó seis horas, volvimos á meternos en el tren, y en un coche otra vez para Guayaquil, á donde llegamos serían las diez de la noche. Un vaporcito del puerto nos esperaba, de orden del Intendente, para atravesar el río y conducirnos á la ciudad, y en poco estuvo que no diésemos la voltereta, en redondo al atravesar la impetuosa corriente del Guayas, que en esas horas de la noche aumenta su vertigi-

nosa rapidez, única vez que me he mareado verdaderamente á bordo de un barco.

Terminada la serie de funciones, aproveché la salida del magnífico vapor inglés «Santiago», para dirigirme al Panamá y Colón, y luego á Venezuela, desde donde me telegrafiaba Antonietti con marcadísima satisfacción, previendo un feliz resultado, como así sucedió, afortunadamente.

Deseo que figure en estas modestas páginas mi gratitud á la culta y bondadosa ciudad de Guayaquil.

Cinco días se tardan de Guayaquil á Panamá, y aparte de las molestias que causa al pasajero la carga y descarga en los puertos de la travesía, como el vapor «Santiago» era hermosísimo, cómodos sus camarotes y espléndidas su mesa y servidumbre, aquellos días transcurrieron magníficamente, y el Pacífico en nada quiso desmentir sus distinguidas tradiciones, observando una conducta ejemplar. Dios se lo pague.

Llegamos á Panamá, población pintoresca y puerto de mucho movimiento, pero donde no es conveniente detenerse, por lo expuesto de sus enfermedades endémicas. Yo iba recomendado á la casa de banca Herman y Compañía, cuyos señores me recibieron con toda clase de consideraciones y exquisito trato, y á ellos debí el no hacer seis funciones que me propusieron dar los dueños del teatro, pagándomelas con esplendidez; pero tenía que perder el vapor francés «Labrador», que expresamente detuvo su salida de Colón por recoger mi compañía, y de haber dado en Panamá aquellas seis funciones, hubiera tenido que esperar quince ó veinte días otro que me dejara en Venezuela.

Estos perjuicios no convenían á mis intereses, y el señor Herman, alarmado por el constante azote que reina en aquel país para todo europeo, me convenció de un todo y me decidí, á la hora de llegar á Panamá, á meterme en el tren que sale para Colón, y aquel mismo día tomar el vapor francés «Labrador».

La mejor sociedad de Panamá estaba interesada en que yo

diera esas funciones, y todo estaba como quien dice listo para haber empezado aquella misma noche, pero pudieron más en mí las acertadísimas observaciones de Mr. Herman, que los productos y aplausos de aquellos bondadosos señores.

Almorzamos en media hora en un hotel del puerto, ¡prodigioso panorama!, y en varios coches de alquiler nos fuimos todos á la estación para tomar el tren para Colón. ¡Qué trapito! ¡Qué riqueza! Tres horas y media de admiración, de verdadera admiración. Desde que el tren empieza á correr, á uno y otro lado de la vía puede decirse que no cesa de bullir la población indígena, allí guarecida desde que cesaron los trabajos del canal.

Figúrese el lector lo que sería cuando las obras estaban en todo su apogeo. ¡Qué quintas de recreo, abandonadas y hundidas ya, por el abandono de sus moradores! ¡Qué cantidad más inmensa de ricos materiales de construcción, tendidos á lo largo de la vía, á uno y otro lado! ¡Qué fortalezas de hierro y acero, construídas en las rampas y cimas de aquellas agrestes selvas, para verificar desmontes y cortaduras como quien parte pan ó queso. ¡Qué cantidad más extraordinaria de locomotoras y máquinas de vapor de tan diferentes modelos! Montones elevadísimos de rails y diferentes piezas de hierro fundido, pero á miles y miles de grupos. Gran parte de la vía destruída, y hacinados vagones y vagonetas, en su mayoría podridos y deshechos; de trecho en trecho grandes lagos del canal en construcción, cuya vista alegra y deleita, por lo maravilloso y extraordinario del trazado y la importancia que representaba en el mundo moderno su completa realización.

En suma, yo me declaro en absoluto impotente y negado para pintar ó exponer con exactitud todo aquello que ví por el suelo y abandonado, pero desde luego me dí cuenta de las sumas enormes, consumidas años y años en llevar á aquellas vírgenes regiones tantas y tantas embarcaciones, cargadas, á peso de oro, del material construído y necesario para convertir

en agua lo que la mano del Hacedor había hecho de piedra viva... ¡Como paisaje grandioso, como espectáculo, como grandeza de vegetación, supera en mucho Panamá al Ecuador y Venezuela! Hay que recorrer aquella vía. ¡Hay que verla! Sólo viéndola se puede dar una idea aproximada de lo que es en sí.

Llegamos á Colón, y del tren, que para en el mismo puerto, nos metimos en el magnífico vapor francés «Labrador», lo que produjo en mí gran confianza, no sólo por su soberbio porte, sino porque al ser presentado á su capitán (cuyo nombre siento no recordar), éste me dió todo género de tranquilidades, como marino entendido y hombre de grandes alientos, avezado á luchar con las deshechas borrascas que en esa travesía suelen desencadenarse casi siempre.

Cinco días debíamos tardar desde Colón á Puerto Cabello, y contadísimas veces el *mar Caribe* desmiente su aterrador calificativo... Yo, siguiendo mi costumbre de penetrar en la opinión y la práctica de esos lobos de mar que se llaman marineros, empecé, á poco de estar á bordo, con preguntas á unos y otros, resultando de mis indagaciones que, en efecto, la cosa podría ser expuesta, si el viento cargaba de... no sé dónde, y si al tomar la altura al día siguiente, resultaba... no sé qué... A poco de amanecer, la mar y el viento jugaban con el «Labrador» como si hubiese sido de caña.

¡Qué balanceos, qué silbar el viento, y qué *pitos aquellos* en el ánimo del infeliz pasajero, á quien, como á mí, todo le parece naufragio!

Yo me resistí cuanto pude á meterme en el camarote; había comido muy bien; se sirvió espléndidamente la mesa, y el comedor, ricamente engalanado y servido, y los camareros, inteligentes y de gran aspecto, me habían infundido cierto valor, impropio de mi natural instinto.

Pero estaría escrito. Tuve que quitar de mis labios el hermoso habano con que me había obsequiado el capitán á cambio de una botella de exquisito Champagne con que yo me había corrido para él y sus oficiales.

Resumen: que en los cinco días que echamos de Colón á Puerto Cabello, primer punto de Venezuela, todo fué admirablemente, nadie tuvo motivo de queja, sino de alabanza y satisfacción. La inmensa carga de sacas de café que esperaba al «Labrador», nos hizo permanecer todo el día de llegada y parte de la madrugada del siguiente, así es que pudimos bajar á tierra y pasear por la ciudad, asistiendo aquella noche á la función del teatro, que es hermoso, donde actuaba una muy regular compañía de zarzuela. Yo me volví temprano á bordo, habiendo antes complacido á unos señores que me invitaron á recitar algunos trozos de obras dramáticas en un fonógrafo que tenían; allí quedó grabada la hermosa descripción de las perdices de *García del Castañar*, la del banquete en *La muerte de César*, y las décimas de Segismundo de *La vida es sueño.* A los tres meses tuve el gusto de escucharme en la Habana, en el mismo prodigioso aparato que las recité en Puerto Cabello.

De Puerto Cabello á la Guaira, donde se toma el ferrocarril para subir á Caracas, sólo se tarda una noche. Así es, que como nosotros levamos anclas á eso de las dos ó las tres de la madrugada de Puerto Cabello, á las ocho ya estábamos anclados nuevamente; tuvimos antes fuerte turbonada, que hizo se tomaran algunas precauciones en los aparejos y toldos del barco, y el viento huracanado no nos abandonó hasta la Guaira, pero como el barco iba cargado hasta la borda y era de mucho andar, en nada turbó la tranquilidad del pasaje, y todos dormimos á pierna suelta.

En cuanto anclamos en la Guaira subió la Sanidad; diluviaba aquella mañana, y capitán y oficiales se hallaban en sus respectivos departamentos. El oficial de Sanidad y sus acompañantes se ofendieron de no hallar al pie de la escala quien recibiese su visita, y después de recorrer el barco, sin que nadie los recibiese ni escuchase, se volvieron á meter en su lancha, y dijeron seguramente para sí: «Ahí te quedas, mundo amargo».

Zanjáronse las etiquetas entre la Sanidad y el capitán, en fuerza de las súplicas á este de todo el pasaje, y sobre todo de las mías, pues yo le hablé en todos los idiomas conocidos, y aun creo que le recité trozos selectos de *El Telémaco.* Ello es que á las dos de la tarde nos metimos en nuestros coches de primera en el ferrocarril, y á poco empezábamos aquella ascensión que dura tres horas y media, y en donde no se sabe qué admirar más, si la grandeza divina ó la grandeza humana.

Es de tal magnitud la obra del hombre, la temeridad ó la soberbia, que no me explico aún cómo ha habido hombres que acometan y lleven á feliz término aquella obra prodigiosa y sobrenatural. Momentos hay en que se cierran los ojos y la respiración se ahoga en el pecho, sobrecogidos por el espanto y el terror; tal es lo que observa uno á su alrededor; suspendido en el espacio, á una elevación que los buques y las casas del puerto de la Guaira son diminutos objetos de un tamaño verdaderamente microscópico; aterra al más despreocupado, pues no se guarda ningún género de precauciones ni á la subida ni á la bajada, y el tren marcha á toda velocidad por aquellas curvas violentísimas, aquellos puentes, delgados como agujas, y aquellas vertiginosas vueltas y revueltas, cuyos encantadores paisajes surgen y surgen con igual rapidez que se reproducen los rayos del sol en un espejo en las inquietas manos de un niño.

Los trenes son siempre reducidos. Es decir, sólo se permiten dos ó tres coches á lo sumo, pues es vía estrecha, y las mercancías nunca van en el tren de viajeros, seguramente por más seguridad. Continuamente se ven grandes grupos de trabajadores componiendo la vía, pues como terreno montañoso y de grande y sublime vegetación, las lluvias son generales todo el año, y es muy frecuente que se venga un terraplén abajo, ó se hunda un túnel, ó caiga en el espacio de la vía alguna de aquellas piedrecitas de 500 ó 600 toneladas. ¡Quien sea amigo del emociones, que suba ó baje á Cara-

cas en un coche del ferrocarril desde la Guaira! No ha habido aún una desgracia seria en ese trayecto, pero es opinión general y arraigada en Venezuela, que el día desgraciado que desde cualquiera de aquellas alturas descarrile un tren, no habrá manera de hallar el más pequeño vestigio de su paradero. ¡Dios libre de tal hecatombe á la cariñosa y culta sociedad venezolana! . . . .

. . . .

. . . .



El debut de Antonio Vico.

Por el año terrible de 1870, meses antes de que los alemanes pudiesen verificar su entrada en París, hizo la suya en la churrigueresca metrópoli que intenta bañar el presuntuoso Manzanares, cierto joven de aventajada estatura y bien proporcionado, el semblante hermoso, los ojos negros y la tez pálida.

Este singular forastero llegaba precedido de alguna fama. Había saboreado la gloria en varias capitales de provincia; pero esto no satisfacía las necesidades de su espíritu, no colmaba sus aspiraciones artísticas; tenía hambre de conquistar la borla de doctor, y por ella acudía presuroso ante el público madrileño.

—¡Ya verán ustedes qué gallardamente representa *Don Juan Tenorio, El zapatero y el rey, Guzmán el Bueno* y *La bola de nieve!*... Pues ¿y qué diremos de él en lo cómico? Ni Emilio Mario, ¡ni aun el propio Mariano Fernández! ¡Qué *Levita* la suya! ¡Jamás se ha visto desempeño igual!

Así se expresaba un asiduo parroquiano del Gran Café Imperial, aludiendo á nuestro héroe, que se hallaba á la sa-

zón en dicho establecimiento apurando una taza de *proble-mático* moka.

—Paréceme, si no he oído mal, que ese joven es una especialidad en el desempeño de levitas, y siendo así, tiene asegurado un gran éxito entre nosotros y más si se considera que el frío ha saltado ya á la plaza—repuso Santa Coloma, célebre revistero taurino que *picaba* de cuando en cuando en el Monte de Piedad.

—En provincias se exageran mucho las cosas. Allí todo resulta admirable. Recuerdo todavía el bombo con que apareció en el coliseo de la plaza de Santa Ana el primer actor Perico Delgado, y en resumidas cuentas, ni logró asombrar á nadie ni hizo nada de particular. Creo que esto mismo va á suceder pasado mañana en el escenario de la calle del Barquillo, donde, por lo visto, se apresta á debutar ese mensajero del mal gusto provinciano—añadió un crítico en *agraz,* padre de algunos *moscateles* que ejercen hoy de cronistas y que son los verdaderos responsables de nuestra visible decadencia teatral.

Y con estos ó muy parecidos diálogos, se comentaba en los sitios públicos la presencia de Antonio Vico en Madrid.

Porque de Antonio Vico se trata. De su aparición en la feísima sala de Lope de Rueda; antes Circo de Paul; más tarde, de su segunda campaña en la recién nacida Alhambra y, últimamente, del estreno de *La capilla de Lanuza* y de la prodigiosa inspiración del gran actor al interpretar aquel cuadro trágico.

No busque el lector en estas cuartillas, borrajeadas al correr de la pluma, ideas sorprendentes ni primores de estilo, pues confieso mi incapacidad para cazar alondras con espejuelo; por otra parte, la índole del asunto que me propongo desenvolver es de aquellos que reclaman la mayor fidelidad en la exposición de ciertos hechos, al parecer insignificantes.

Causas pequeñas, cuyo destino es permanecer, quizá para

siempre, en la obscuridad y el misterio, son con frecuencia origen de las cosas más transcendentales.

¿Quién echa de ver, por ejemplo, al contemplar la poderosa encina, que al pie de ella ha germinado una pobre bellota, sin cuya cooperación maternal no hubiera existido aquel gigante de la naturaleza?

¿Quién podría sospechar, si yo no lo contara, que la idea de escribir *La capilla de Lanuza* me fué enviada *directamente* del cielo (así como suena) el año 1865?

Pero no hay que reventar charadas ni que precipitar acontecimientos. Procedamos con método, que todo se andará, Dios mediante.

El debut de Antonio Vico se verificó con *La bola de nieve*, y si vale condensar en pocas palabras la opinión general del público, diré que el éxito no fué extraordinario, ni mucho menos. Gustó el debutante por su varonil figura, por su clara y correcta pronunciación y por la manera de manejar los brazos, en cuyo difícil lenguaje no ha conocido jamás rival. Desagradó, en cambio, por su voz blanca (y ya con algún asomo de afonía), por su modo de vestir (algo cursi) y por el uso frecuente de desplantes y latiguillos.

En el transcurso de las representaciones, ¿se modificó el juicio de la primera noche, ó, por el contrario, tomó carácter definitivo?

Algo se modificó, pero no gran cosa.

Dos fueron los estrenos de relativa importancia que acentuaron el relieve del novel actor: *Los hombres de bien*, de Tamayo y Baus, y *Las quintas*, del malogrado Echevarría. La obra del ilustre Tamayo cayó al foso arrastrada por lo atrevido del pensamiento, pero en su representación obtuvo Vico muchos aplausos. En cuanto á la segunda, mereció un gran éxito, así para el poeta como para el actor.

He aquí el más alto nivel de la gloria artística que logró conquistar Antonio Vico en el Teatro de Lope de Rueda y en su primera campaña de Madrid.

Del provecho material no hablemos. Perdiéronse algunos miles de duros, y con ellos parece como que se agotaron los recursos del *caballo blanco* mantenedor de aquel mal negocio, ó cuando menos los raudales de su paciencia.

Lo cierto es que el teatro de la calle del Barquillo cerró de golpe y porrazo sus puertas, y que el bondadoso y ocurrente Chas de Lamothe (muerto hace poco en la miseria, fin de casi todos los que se consagran á las artes en la España de *pan y toros)*, puso encima de la ventanilla del despacho de billetes, pegado con cuatro obleas, el siguiente epitafio:

«¡Aquí yace Antonio Vico,
muerto por falta de guita!...
¡Verás como resucita
en la Alhambra el pobre chico!»

Y, efectivamente, á los ocho días justos el muerto resucitaba en el escenario de la calle de la Libertad, contratado con su compañía para estrenar *Pizarro, ó la conquista del Perú*, drama histórico, última producción de Leandro Tomás Pastor.

La segunda campaña de Antonio Vico empezó también bajo fatales auspicios. La indiferencia del público continuaba engendrando el vacío alrededor del artista, y esta cruel enfermedad, que mata lentamente como una tisis, se había hecho ya incurable para él, según opinión facultativa.

Como el estreno del *Pizarro* constituía el objeto principal de la temporada, á tal fin se encaminaron desde un principio todos los trabajos de la empresa.

Ferry y Bussato, ya famosos en aquella época, se habían encargado de las decoraciones. El sastre de la Opera de París, una notabilidad en su género, construía trajes especiales con estricta sujeción á la verdad histórica, y en cuanto al *atrezzo*, se contaban de él maravillas.

Mi viejo y cariñoso amigo Leandro Tomás Pastor, que hace treinta años, además de excelente literato, era un lindo mozo, dirigía los ensayos de su difícil drama. La arrogantísima Felipa Díaz, una de las actrices más bellas que pisaron

tablas españolas, el robusto Julio Parreño y el feo Fidel López desempeñaban papeles de indios bravos, y Vico, Reig y Chas de Lamothe, de conquistadores castellanos.

Y llegó, por fin, pues todo llega en el mundo (menos lo que promete Alberto Aguilera), la noche del estreno de *Pizarro, ó la conquista del Perú,* drama histórico, de gran aparato, en cuatro actos, original y en verso.

Lo más selecto de la aristocracia, de la *guitocracia* y de la *envidiocracia* se dieron cita por primera vez en el modestísimo salón de la Alhambra.

Se verificó el estreno, y gustó mucho el drama. El decorado, los trajes y el atrezzo causaron verdadero asombro. La ejecución fué también admirable, sobre todo por parte de Vico (Pizarro) y de Fidel López (encargado del importante papel de Inca).

De la obra se aplaudieron con entusiasmo algunos parlamentos de soberbia y primorosa factura y muchos rasgos sublimes. Como prueba, basta una sola redondilla. El poeta describe en el acto tercero una bellísima escena de amor entre Pizarro y la heredera del trono de los Incas. Pero en la senda de tal amor existe un obstáculo insuperable, la idea religiosa. La india exclama en un arrebato de fe:

«ELLA. ¡Yo adoro al sol del Perú!
PIZARRO. ¡Y yo á la esencia increada
que hizo brotar de la nada
á ese sol que adoras tú!»

Este pensamiento levantó en la sala una tempestad de aplausos, y Pastor tuvo que presentarse cuatro ó cinco veces en escena. A la terminación del drama se repitió la ovación.

Antonio Vico interpretó magistralmente el papel de protagonista; pero, á pesar del *Pizarro* de Vico, la empresa *no logró conquistar el Perú.*

A las veinte representaciones, el teatro volvió á sentir los horrores del vacío, y era lo peor de todo que el mal se había hecho crónico y hasta proverbial. Cuando dos sujetos que

rían celebrar una conferencia secreta, se citaban en la Alhambra, convencidos de no ser allí molestados por nadie.

El nuevo *caballo blanco*, que había gastado tres mil duros en representar el *Pizarro* y seis mil en el alquiler de la casa, nóminas, gastos de hoja y demás zarandajas, comenzó á flaquear de los corvejones y anunció que se disponía á retirarse de la *pista*.

Nueva consternación y nuevo epitafio de Chas de Lamothe. ¡Pero mucho más triste! Véase la clase:

«¡Otra empresa y otro *mico*!..,
¡Este ha sido soberano!
¡Favor... favor, Dios *pagano*,
ó aquí sí que *mera* Vico!»

A fin de preparar el *cerrojazo*, se iban anunciando ya algunos beneficios, y el *sepelio* de Vico se hacía inminente.

¡Y llega ya el instante pavoroso
en que disponen los terribles hados
que pida yo una vela en tal entierro
y me mezcle en las cosas del teatro!

*
* *

Pero retrocedamos algunos kilómetros para explicar este enigma.

El año 1865, época de la incubación de *La capilla de Lanuza*, recibí la simiente de ella de los propios cielos, como ya he dicho y como verá el curioso lector.

Hallábame paseando cierto día por el Campo del Sepulcro, de Zaragoza, cuando, semejante á paloma herida por certera bala, vino á caer á mis pies, sin gobierno y cabeceando, una tosca y rudimentaria cometa medio hecha pedazos.

En la confección de aquel juguete se habían aprovechado algunos pliegos de novelas por entregas, no exentos de horribles grabados, á juzgar por uno que conservaba intacto la cometa y que decía: «Suplicio de don Juan de Lanuza, último Justicia de Aragón».

—¡Magnífico asunto para una leyenda trágica!—díjeme en

seguida.—Sólo veo un inconveniente muy difícil: escribir los versos. ¡Versos dignos del argumento!

¿Disponía yo de fuerzas para tanto? ¡Bah! Probaremos. Por probar, ¿qué se pierde?

Recorté el grabado, me lo guardé en un bolsillo y proseguí mi paseo.

Habría transcurrido una semana escasa, cuando ya el actor Julio Parreño, que actuaba en el Principal, de Zaragoza, conocía algunas escenas de la nueva producción, mas no en forma dramática y representable.

Parreño se sintió conmovido por el interés que despertaba el asunto, y me aconsejó seguir adelante. Pero no prosperó el consejo. Comencé á desmayar, y la tarea literaria quedó interrumpida en el monólogo de Argensola.

Fuése Julio Parreño á Valencia y yo también me trasladé á Madrid con el propósito de trabajar en algún periódico. D. Juan Alvarez Guerra, mi compañero insigne y siempre entrañable amigo, que por aquel entonces dirigía *El Siglo Ilustrado,* tuvo la bondad de señalarme un puesto entre los redactores de tan importante revista.

¡Y pasaron siete años!...

¡Y yo también pasé las de Caín en los Madriles!...

¡Y llegó el mes de Febrero de 1871!

Parreño formaba parte de la compañía de Vico, que funcionaba en la Alhambra.

—¡Qué lástima—díjome una tarde Parreño—no tener algo tuyo para estrenarlo en mi beneficio! ¿Acabaste aquel dramita que titulabas *El Justicia mayor de Aragón* y que empezaste, hallándome yo en Zaragoza, hará una media docena de años?

—*¿La capilla de Lanuza?* ¡Sabe Dios qué vida habrá llevado el cuerpo de semejante delito!—respondíle con aparente ligereza; pero quedéme reflexionando.

Aquella misma noche encargué á un ambulante de Correos, que servía en la línea de la capital aragonesa, visitara

la casa de mis padres y ver si allí quedaba algún rastro de la olvidada producción.

A las veinticuatro horas recibí, procedentes de Zaragoza, unas cuartillas amarillentas sujetas en forma de rollo por un bramante. Abrílo, más curioso que esperanzado; era *La capilla,* en su primer tercio. El corazón me palpitaba al recuerdo de mejores días. Eché á leer, y, hablando con franqueza, debo advertir que no me desagradó.

Para no desperdiciar la oferta de Julio Parreño no había tiempo que perder. Puse la mano y el alma en la obra, decidido á trabajar en ella sin descanso hasta llegar al fin.

¡Qué labor tan *agradable* la mía!

¡Caminar por una senda obscura, desabrigada y áspera, sin ningún entusiasmo, luchando con las más apremiantes necesidades de la vida, para ir, tal vez, al encuentro de un terrible desengaño!

Pero ¡qué remedio! ¡Adelante, pues, con los faroles!

Y, entre tanto, *La capilla*
se alzaba con tal apuro,
que ya el conseguir yo un duro
era asombro y maravilla.
Dábame un perro calor,
y un banco del Prado, cama...
¡Y ahora, sienta usted la llama
de la Patria y del Amor!

Y, así, *sobriamente* alimentado y con encantadora *sencillez* vestido, escribiendo redondillas y quintillas en las márgenes de *La Correspondencia de España,* logré dar cima á una especie de *loa* representable.

Una noche, en el café de la Iberia, donde solían reunirse muchos afamados escritores, el ingenioso Eduardo Inza, uno de los hombres más chispeantes que encerró Madrid en el último tercio del siglo pasado y que conocía varios trozos de mi drama, pidióme que lo leyera ante un buen golpe de amigos y compañeros. He aquí la lista de las personas que soportaron la primera *lata:*

Eduardo Inza, Manuel del Palacio, Roberto Robert, Mariano Zacarías Cazurro, Luis Eguílaz, Enrique Pérez Escrich, Eduardo de Lustonó, Antonio Sánchez Pérez, Ramón Correa, Eduardo Saco, Ulpiano Segarra Balmaseda, Florencio Moreno Godino, Manuel Valcárcel, José de Campo Arana, Salvador María Granés, el pintor Ricardo Rivera y el presbítero Laforga.

La lectura gustó mucho á la generalidad, y hasta los más indiferentes la escucharon con suma complacencia. Hubo apretones de manos, mil enhorabuenas, pronósticos lisonjeros; después, disolución gradual del grupo, y, por fin, quedéme á solas.

Entonces el mozo del turno, que había estado oyendo algunos fragmentos de la obra en aquellos instantes que no reclamaban su inmediato servicio, se me aproximó sonriente, y con aire cariñoso y acento natural me dijo:

—Son ya las doce, ¿quiere usted cenar?

—¡Cenar!... ¡Ah, Perico, tienes bromas muy pesadas!

—¡Dios me libre! Le traeré tortilla de jamón y luego solomillo á la jardinera. ¿No le parece?

—¡Jamón!... ¡Solomillo!... Estas palabras resonaron tan dulcemente en mis pabellones auditivos, que vinieron á desatar apetitos menos ideales que los de la gloria. ¿Qué corazón habría tocado Dios en favor mío, que en medio de las satisfacciones literarias me brindaba con una opípara cena?

—Queso de bola y dulce de guindas para postre. ¿Qué tal?—díjome el mozo.

—Muy bien... Y además café, copa, un buen cigarro y un par de pesetas sueltas al tiempo de retirarme á casa, si no te ofendes, y todo lo que tú quieras. ¿Pero quién va á pagar el gasto?

—¡Yo!

—¿Tú?

—Sí, señor, yo. Pero con una condición: que en la noche del estreno de su obra ha de permitir que Perico, el *inorante*

Perico, sea el primer *espetador* que le dé un abrazo en la escena.

—Perico, queda *acetada* tu condición, aunque te advierto que vas á resultar timado.

—¿Timado? ¿Por qué?

—Porque es muy fácil que me silben.

—¡Eso sería un pueblo!

Y henchido de asturiana fe y derramando bondad, se dirigió á la cocina por los menesteres para preparar la mesa.

Ataqué la cena con diente de lobo y estómago de buitre, y á los veinte minutos no quedaban ya ni rastros de ella. Luego tomé el café, apuré la copa, encendí el cigarro, bendije paternalmente á Perico y me retiré á descansar.

Ya en la calle, encontré á Salvador Granés en compañía de Manolo Valcárcel, lleno aquél de furia contra éste porque pretendía expurgar de ripios las décimas de *La vida es sueño* y enmendarle la plana á Calderón.

Al siguiente día se procedió á la lectura oficial de mi drama en el Teatro de la Alhambra, y la impresión fué también en extremo satisfactoria. Antonio Vico se mostró agradablemente sorprendido; Pepe García, el gracioso, derramó abundantes lágrimas durante la lectura (y esto no dejó de escamarme), y, por último, el maquinista de la casa, llamado Fausto, preso de inconsciente admiración, me convidó á comer en la pastelería de Botín.

Convertido en Margarita de aquel Fausto, que tenía y no poco de Mefistófeles, me dirigí pendiente de su brazo á la plaza de Herradores, donde los famosos *botines* se han puesto las industriales *botas* asando cabritos, vendiendo *bartolillos* y llenando de pringue á tres ó cuatro generaciones.

Y en aquel popular establecimiento tuve el honor de vender á mi anfitrión, por la enorme suma de cien duros (cantidad á mis ojos fabulosa), la propiedad de *La capilla de Lanuza*, saliera pez ó saliera rana.

Silió, el poeta de las grandes tristezas, blanco constante

de las sátiras de Manuel del Palacio, y el aficionado que ha roto más violines en el mundo, al conocer el *horrendo parricidio*—así llamaba él retóricamente á la consumada venta de *La capilla*—me dedicó unos versos estrafalarios en que, á vuelta de algunos piropos, me tomaba bonitamente el pelo, aunque, por fortuna, sin acompañamiento de violín.

Ahí va para muestra este botón:

«¡Tu razón podrá ser mucha,
pero caíste en la lucha,
respetable Zapatilla,
y al vender esa *Capilla*,
te has convertido en babucha!»

Yo contesté en la misma forma y con igual respeto:

Oye, pedazo de tal:
cuando no se tiene un real,
desde Homero hasta Zorrilla,
no digo una *Capilla*...
¡se vende una Catedral!

Fué tan eficaz la respuesta, que ya nadie volvió á meterse conmigo.

Los ensayos de la obra comenzaron con buen pie. No había actor (rareza inaudita) que se quejara del reparto ó que estuviese descontento de su papel. Al tercer ensayo, el nuevo drama hubiera podido recitarse de memoria.

El beneficio de Julio Parreño se anunció para el 20 de Marzo: faltaban, pues, cuatro días para el estreno.

No perdamos de vista que el Teatro de la Alhambra debía quedar cerrado el 2 de Abril y que las representaciones de mi obra estaban limitadas fatalmente, aun en el supuesto de conseguir un gran éxito.

Antes que se me olvide, quiero consignar una tacañería ridícula y absurda de aquella misma empresa que se había mostrado generosa hasta la esplendidez con el drama de Pastor y, en cambio, al mío le negaba un telón que no valdría ni veinticinco duros.

Por cierto que á esta deplorable conducta de un empresario,

manejado en imbécil, se debió la milagrosa revelación artística de Ulpiano Segarra Balmaseda como pintor escenógrafo.

—Repara en ese lienzo de un sucio gris imposible, querido Ulpiano. Sobre el dintel de su puerta sentaría como de perlas el escudo con las armas de Aragón—díjele yo.

—Pues encarga á Fausto que lo descuelgue, y pintaremos lo que haga falta—respondió Segarra con su acostumbrada seriedad.

Y dicho y hecho, el telón quedó descolgado y luego extendido sobre el escenario. Y mediante una peseta, invertida en brocha, cola y humo de pez, recurriendo además al auxilio de una gran bandeja, que nos proporcionó el cafetero de la casa, á fin de trazar una circunferencia, y á un listón de madera, para tirar con rectitud las líneas, se ejecutó aquel prodigio artístico, precursor de la restauración *prerrafaelista.*

Llega el instante fatal
de la noche del estreno:
el teatro casi lleno,
la expectación general.
Por círculos y cafés
se augura bien de mi fama,
y la ejecución del drama
inspira gran interés.

Eran ya las nueve y media: se hallaba á punto de terminar la pieza cómica que precedía al estreno, y Antonio Vico, presa del miedo cerval que le acometía en todas las primeras representaciones, estaba en su cuarto, en actitud reflexiva y meditabunda, vestido y caracterizado admirablemente, y á su derecha, ocupando un sillón, el importante hombre público D. Segismundo Moret y Prendergast, que por entonces sostenía la más estrecha intimidad con Vico.

—¿Cómo anda ese valor, amigo Antonio?—pregúntole maquinalmente al entrar en el cuarto y procurando encubrir mi propio miedo.

—¡Estoy hecho una verdadera lástima, querido Marcos!—respóndeme el gran actor, y continúa:—Siento una horrible

opresión en el estómago, como siempre que me veo en presencia de un estreno, de un parto literario, semejándome en esto á las más débiles mujeres. ¡Ay de mí, acabo de lanzar hasta el segundo apellido!

Y vuelve á caer Vico en su actitud meditabunda.

Saludo á D. Segismundo con una inclinación de cabeza, salgo del cuarto y me traslado al que ocupan Julio Parreño y Fidel López. El beneficiado se muestra rebosante de alegría, confianza y satisfacción. Su compañero, como de costumbre, con cara de indio, pero con palabras de favorable pronóstico.

Parreño, al notar mi decaimiento de ánimo, exclama:

—¡Chíquio, ridiez! ¿De Zaragoza y tiemblas?

Y añade Fidel López, pasando revista á mi modesta indumentaria:

—Con ese pantalón no puedes salir al escenario: te está ridículamente corto, á pesar de pertenecer, por su clase, al sistema rayado de mayor alcance, como diría Eduardo Inza.

—¿Y qué remedio, amigo Fidel? No pretenderás que salga en calzoncillos.

—Pero... ¿los llevas?

—¡Mira, no estoy muy seguro!... Pero los calzoncillos, como el valor, se suponen mientras no se pruebe lo contrario.

—Toma, y no perdamos tiempo; ponte en seguida este mío... Te lo regalo; está sin usar,—añade Fidel descolgando un pantalón flamante de la percha.

Yo me hago de rogar con cierto pudor; él vuelve á insistir amablemente:

—Vamos, no seas tonto: me haces un gran favor con aceptarlo, pues á mí no me sirve, por estrecho.

Verificado el cambio de pantalón, pude notar que el nuevo, á diferencia del *cesante,* resultaba demasiado largo.

—No te quejarás por falta de creces,—dice Parreño en tono burlón.

El traspunte perpetuo de Antonio Vico, el aprovechado

Mazoli, apenas terminada la pieza y puesta ya la decoración de mi obra, me invita á reconocer la escena.

—¿Está bien así?—pregúntame después de examinarla.

—Yo creo que nada falta,—le respondo.

—Pues entonces vamos á empezar.

Y Mazoli se dirige al cuarto del primer *galán,* el apuntador Barberá se mete en su concha, y yo, temblando como un azogado, me coloco en la primera caja de bastidores. No acerté á darme cuenta siquiera de cuándo se alzó el telón, pero los primeros versos del drama sonaron en mis oídos como una descarga eléctrica:

«¡Todo en calma, sombra todo!
¡Me aterra tanto silencio!»

Y ya, desde entonces, el alma del poeta queda como subyugada por el interés de su propia concepción y como adormecida por los arrullos musicales del diálogo.

Pasa la primera escena entre *Artal* y *Jiménez*, llega por el foro *Argensola,* y es tan profunda la atención del espectador, que nadie diría que está lleno el teatro hasta los pasillos. Dice Argensola:

«El mundo tiene una historia
consagrada al heroísmo;
los mártires, un bautismo
de sangre; después, la gloria.
¿Qué es esto que lleva el nombre
de vida? Viento, ilusión...
Un alma y un corazón,
cuna y fosa... éste es el hombre.
Nace y llora; pisa abrojos;
apenas viene, se va...
¡pues ni aun tiempo se le da
para enjugarse los ojos!»

Y aquí se rompe el hielo, como se dice en la jerga teatral.

Un formidable aplauso retumba en la sala, acompañado de numerosas voces que gritan: ¡El autor! ¡el autor!

—¿Ya llaman al autor?... Esta noche va á ser célebre en

los fastos teatrales, como yo no meta la pata—exclama Vico acercándose á mí y obligándome á salir á la escena.

Salgo, bebo unos sorbitos de gloria, que no me saben á nada, me retiro, vuelvo á ocupar mi puesto y se reanuda la representación.

El maestro Cereceda, que dirigía la pequeña orquesta de la Alhambra, me envía el siguiente recado, por medio de un acomodador:

—De parte de D. Guillermo Cereceda, si no ha reparado usted que lleva los pantalones arremangados...

—¡No! Y gracias por el aviso.

En este preciso instante, Fidel López es saludado con una salva de aplausos al terminar un parlamento, y el júbilo penetra de nuevo en mi corazón. Vico, á medida que se aproxima el momento de su intervención en el drama, se muestra más acobardado y pusilánime.

La escena de Juan Reig, encargado del papel de *Capitán,* merece también algunos bravos.

Sigue el monólogo de *Argensola,* dicho admirablemente por Parreño, y llega, por fin, su turno al amedrentado Vico, protagonista de la obra.

Sale automáticamente al escenario, abraza á *Jiménez* y *Artal,* sus compañeros de infortunio, siente una opresión en las sienes... ¡y se le olvida el papel!

Si Dios no operaba un milagro instantáneo en el espíritu de Vico, se iba todo á pique. Pero... ¿qué sucede? ¿qué pasa? ¿qué es esto? ¡Oh, pasmo y asombro de los nacidos! Una voz de timbre melancólico que se caldea poco á poco hasta vibrar de cólera, sirviendo de órgano á las mayores explosiones de energía que haya expresado artista alguno en el teatro, brota de la garganta de Vico, llenando de admiración á sus compañeros y de entusiasmo al auditorio.

El milagro se había realizado, y mi obra, defendida por tan gigantesco aliado, tenía asegurada la victoria. ¡Oh! ¡Cómo dijo aquellos versos!:

«¡Plegue á Dios que renazca entre vosotros
la indomable altivez, la bizarría
de aquellos esforzados capitanes
modelo de virtud, y surja un día,
con la raza inmortal de los Cerdanes,
la muerte de esta odiosa tiranía!»

Al interpretar el siguiente pasaje, se escapa de su pecho la patriótica indignación con los acentos más sublimes:

«El pueblo que en Galión la espada esgrime
y hendiendo montes y arrasando almenas
logra barrer las huestes agarenas,
hoy se acobarda y se retuerce y gime...
¡Maldito sea el siervo
que arrastra sus cadenas
sin azotar la frente del tirano!»

Pero donde Antonio Vico se muestra maravilloso es en el relato de los amores de D. Juan de Lanuza, recitando aquellos ciento cincuenta versos, treinta quintillas, como los propios ángeles.

«Por celestial bendición,
se fué despertando un día
en mi pobre corazón
una profunda pasión
y una ciega idolatría.
Si el claro disco solar
deslumbra con sus fulgores,
¿cómo es posible mirar
á doña Isabel de Aznar
sin abrasarse de amores?»

La quintilla que sigue brota de sus labios impregnada de vivo sentimiento y de viva ternura.

«Su alma, que en dulce latido
al plegar sus alas, torna
en mi corazón su nido,
como una blanca paloma
en un tronco carcomido...»

Aquí se desborda el entusiasmo de los espectadores y piden que se empiece de nuevo el relato de la historia.

Repítelo Vico; pero al llegar á estos versos:

«Subo, llamo, me abren, entro;
brilla siniestra una luz,
y de un salón en el centro
un grupo de gente encuentro,
dos antorchas y una cruz;»

de tan sorprendente manera los dice, que se vuelve á interrumpir el parlamento y tengo que presentarme otra vez en escena, aunque ahora con los pantalones demasiado largos y *tropezando en mí mismo,* como el personaje de *Maldades que son justicias.*

Restablecido el silencio, continúa el inspirado artista su kilométrica relación entre vítores y bravos, siendo al final de ella objeto de un triunfo enorme, del que participan también mis pantalones, ya cuidadosamente subidos y rectificados todo lo posible.

Y el lector supondrá, muy juiciosamente, que después de lo expuesto la obra proseguiría su marcha sin interrupción. Pues ¡no, señor!, que el público en masa volvió á pedir al fatigado Vico la repetición íntegra de la interminable historia. Ciento cincuenta versos de una carrera... ¡Qué tiempos aquellos! Al consumar tan extraordinario esfuerzo, la voz de Vico queda un tanto velada, y esto, aunque á primera vista resulte paradógico, lejos de perjudicarle, le favoreció en el resto de la representación.

Aquel *D. Juan de Lanuza,* lleno de juventud, esperando á cada momento la aparición del verdugo; aquel héroe, hombre al fin, sintiendo en el fondo de su amargo corazón flaquezas terrenales y solicitudes amorosas, eclipsándolo todo en él la idea de la patria; aquel magistrado ilustre, especie de tribuno de la plebe, sacrificándose en aras del deber profesional lamentando el abandono en que lo dejan sus compatriotas, condenando la pérfida traición de un rey perjuro, hallaron en el jadeante Vico acentos de una verdad maravillosa. Su apóstrofe, dirigido al *Capitán* cuando entra en la capilla para conducirlo al patíbulo, no se podría expresar con más noble dignidad ni con mayor entereza. Dijo así:

«Oidme, Capitán! Cuando en presencia
de Felipe segundo
pongais la ejecución de mi sentencia,
decidle estas palabras
que le arroja á la faz la Providencia:
—¡Timbres, derechos, libertad y gloria,
todo lo quitarás!... ¡Quita si puedes
el tribunal de Dios y el de la historia!...»

Nueva tempestad de aplausos, y si no se presentan por la cuarta vez ante la consideración del respetable senado mis gloriosos pantalones, débese á que el padre de la criatura se encuentra detrás de la reja con sendos palillos en las manos, apercibido á tocar el tambor á una señal del traspunte, que es el encargado de vocear el pregón de la sentencia de muerte. Transcurren dos minutos y se oye á Mazoli gritar entre cajas:

«Justicia que manda hacer nuestro Rey y Señor D. Felipe II en la persona del traidor D. Juan de Lanuza.»

Vico, al oir la palabra «traidor», corre hacia la ventana, sacude convulsivamente los barrotes de la reja y exclama con rugidos de león enjaulado:

«¿Yo traidor? ¡Virgen santa!
¡La traición es del rey, que sobre el pueblo
puso cobarde su maldita planta!»

Y ruge también de entusiasmo el auditorio al escuchar los anteriores versos.

Antonio Vico se halla tan identificado con su papel, que no advierte que, al sacudir los barrotes, se hiere con un clavo en la mano derecha; y al ver su profunda angustia y repentina palidez, cualquiera diría que lo van á degollar de veras y que asiste á una desgarradora escena de la vida real.

Llega el instante de la aparición de *Isabel,* la hija del *Conde D. Pedro Aznar*, y sale su bella intérprete, la distinguida actriz María Rodríguez, que, á semejanza de Vico, olvida repentinamente el papel, aunque con la circunstancia agravante de permanecer muda hasta la terminación de la obra.

La noble *Isabel* pasa algún tiempo abrazada á su *D. Juan* gorjeando una romanza de sollozos sin palabras, muy á satisfacción, por cierto, de la sala, que no echa allí de menos los versos y... puede que con sobrada lógica.

Vico resuelve tan comprometida situación dando un tremendo corte á la escena y exclamando:

«LANUZA.—¡Oh, sombra de Pedro Aznar!
ARGENSOLA (*en lugar de* ISABEL, *que prosigue muda*).—¡Cuando peligran los fueros!...
LANUZA.—¡A morir los caballeros!
ARGENSOLA.—¡Y las damas á rezar!»

Y el eximio actor despréndese de los brazos de María Rodríguez, que continúa ayeando, y después de un *mutis* de efecto colosal, desaparece por el foro, para reaparecer en seguida llamado por el delirante público, que le tributa una ovación verdaderamente indescriptible.

Desde este punto del drama
hasta bajar el telón,
no llaman ya la atención
ni Argensola ni la dama.
Sin don Juan no hay ya interés
que anime el resto de la obra...
—*¡Y aquella muchacha sobra!*,
como decía Granés.

Renace un momento la curiosidad del público al escuchar un redoble de tambor, y se oye la potente voz de Parreño recitando los últimos versos del drama:

«—¡Oh, no, Isabel...! ¿Dónde vas?
¡Hija mía, está en el cielo!»

Renuncio á describir lo que aconteció después de echar la cortina, que no he de ser yo quien cause mi propia gloria, máxime cuando tanta parte tuvo en ella Antonio Vico, actor que desde entonces ocupó el primer puesto en la declamación española.

Entre las personas que se acercaron á felicitarme, recuerdo á Campoamor, Castelar, Núñez de Arce, Eulogio Floren-

tino Sanz y muy particularmente á D. Adelardo López de Ayala, ministro de Ultramar á la sazón, que no temió comprometer su alta jerarquía política ó literaria, yendo á saludar á un modesto principiante.

—¿Y Perico, el camarero de «La Iberia»?—preguntará el lector.

—Sépase que Perico—respondo yo,—que se hallaba ya entre bastidores antes de caer el telón, cobró religiosamente la cuenta. Recibí su primer abrazo, pero tan estrecho y formidable, que creí que me ahogaba.

Finalizado el espectáculo, apagadas las luces del teatro y extinguidos los rumores de la fiesta, el *blanco corcel* de la resucitada Alhambra quiso celebrar un *gaudeamus* en mi honor (¡cómo cambian los tiempos!) y, al efecto, invitó á Vico, á Parreño, á Reig y á varios amigos de la empresa.

El banquete se verificó en un colmado de la calle de Sevilla, casa de Santiago. Yo me porté como un héroe.

Los ruídos de la victoria no habían sido capaces de distraer mi joven apetito, ni sus laureles sirvieron de pasto á mis disposiciones gástricas, que, por aquella época, casi rivalizaban con las de Eusebio Blasco, ese publicista tan variado, tan ameno, tan fácil, y también el primer tragaldabas que ha salido de Zaragoza.

Excuso decir que pasamos una noche tan suculenta como espiritual. Ya cerca del amanecer retiróse el empresario, luego Vico y, por último, los demás invitados, y quedamos á solas en el gran comedor del restaurant el maquinista Fausto y yo.

A la madrugada entró en el colmado Guillermo Cereceda, que venía de la trasnochadora tertulia fundada por el célebre D. Francisco Arderíus en el Teatro del Circo, y sin rodeos ni circunloquios, me dice:

—De parte de Arderíus, que si quieres vender *La capilla*, él te la compra.

—Fausto, tú eres el amo. ¿Oyes lo que propone Cereceda?

—Yo no me meto en nada. Haz tú lo que gustes.

—Perfectamente. Querido Guillermo, ¿cuánto piensa dar Arderíus por la obra?

—Tú pide.

—No quiero: voy á pedir un disparate.

—No importa, pide.

—¡Pues allá va! Primero... mil duros.

—Aceptada la cantidad.

Fausto palidece de estupor; yo, por mi parte, examino á Cereceda con cierta prevención, juzgándole loco.

—¿Qué más deseas? Habla—continúa el maestro.

—Deseo cobrar los derechos de la obra en Madrid, hasta final de la temporada.

—Los cobrarás.

Nuevo asombro de Fausto.

—Y por último...

—¿Más todavía? Dí mejor que no quieres vender,—exclama Fausto con aire de contrariedad.

—¿Y qué es lo último?—pregunta Cereceda marcando las palabras.

—Que ha de ser mía la primera edición de la obra.

—¿De cuántos ejemplares?

—De dos mil.

—¡Vaya por Dios! Tendrás la propiedad de los dos mil ejemplares.

—¿Pero, crees tú, amigo Guillermo, que acepte Arderíus tales condiciones?

—Las acepto yo en su nombre y, como prueba, ahí va la señal.

Y arroja sobre la mesa un sugestivo *Veragua*: (billete del Banco de España, de cuatro mil reales, así denominado entre los empresarios de toros, á causa de ser ése el precio corriente en aquella época de una res del duque ganadero.)

Dí gracias al cielo por tan inesperada *alternativa*. ¡Aquel era el primer billete de grueso calibre que tenía la *suerte* de *recibir* en el *redondel* literario!

Se hizo un documento provisional, y el mismo día por la tarde firmóse la escritura ante notario.

El buen Fausto no cabía de gozo en el pellejo. ¡Vaya un negoción inverosímil el suyo! Había logrado sextuplicar con creces su dinerito, y esto en el cortísimo espacio de un par de meses. Yo, en honor de la verdad, tampoco salí mal parado de aquella operación. ¡Quien seguramente no se había manifestado á la altura de su reputación como hombre de negocios era D. Francisco Arderíus!

¡Qué gloria para mí haber logrado engañar á un sér tan listo!

La capilla de Lanuza produjo, sólo el primer año, al pie de tres mil duros líquidos. Lo cual prueba, por modo incontrovertible, la imprevisión, la ligereza y la tontería del afamado introductor de los bufos.

Toda la prensa de la mañana, sin distinción de matices, nos ponía por las nubes á Vico y á mí.

¿Era aquello una casualidad, una chiripa, una borrachera de suerte, ó éramos, en realidad, dos *barbianes* de mérito excepcional?

Vico mereció desde entonces, y con mucha justicia, el calificativo de eminente.

De mí no tengo formada opinión todavía; pero, á juzgar por el *hotel* en que hoy vivo, creo que no he pasado nunca de media cuchara.

Para cerrar esta dichosa etapa de mi existencia, voy á referir un chascarrillo que se relaciona con *La capilla de Lanuza*, y que no deja de tener gracia.

En la segunda noche, momentos antes de empezar la representación de la obra, entregóme el portero del teatro una carta y con ella un estuche pesado, estrecho y largo, muy parecido á las cajas que se usan para guardar abanicos.

La carta contenía una moneda de cinco duros con el busto de la destronada Isabel II y la siguiente redondilla, bastante inferior á la moneda:

«Ahí te remite un centén
quien te desea millones,
y para... los pantalones,
ese remedio también.»

Abrí el estuche, entre curioso y escamado, y saqué de sus aterciopeladas entrañas un simbólico, epigramático y refulgente par de tijeras, que hube de regalar, en testimonio de particular afecto y en recuerdo también de otros pantalones, á Eduardo de Lustonó, que ya por aquellos tiempos *instrumentaba* un bonito semanario ilustrado, á pesar de no haberse descubierto todavía el Mediterráneo, beneficio reservado por la Providencia para los sabios y afortunados *modernistas* del siglo xx.

Marcos ZAPATA

EPÍLOGO



Antonio Vico

(¿) . . . , ... , ...

Contesto á los super-hombres y «super-hembras» que viven, como Budha, en la contemplación de sí mismos, y á los tiernos iconoclastas que sólo han tenido tiempo para informarse de su propio mérito.

¿Vico? Sí: ¡Vico! Uno que valía más que ustedes.

Ese tal Vico era... poca cosa: un actor; y, su procedimiento artístico, muy sencillo:

Sentir y hablar.

Sentir con toda su alma y hablar el español á la española, claro y fuerte, para que oiga el que paga; no con sordina francesa para eludir la torpeza de un desentono en la franca alocución artística, sino afrontando el peligro con bravura, abandonándose á la emoción con la fe del creyente y con las adivinaciones del iluminado que sintiéndose, más que superior, idéntico á su público, tiene la seguridad de comunicarle la vibración de su espíritu con una frase entrecortada, con un sollozo verdadero, con el gesto, con una mirada expresiva y... «con un grito»; sí, «también con un grito»; porque, si

la pasión ruge en el poema dramático, el actor de enjundia y buena sangre no debe ni puede subordinar sus entonaciones al cómodo y socorrido diapasón normal y monótono del arte novísimo, en que las comedias parecen como oídas por teléfono y representadas por sombras inmóviles sobre el escenario,

«¿Efectismos», latiguillos», recursos de censurable falsedad?...

Todo eso le atribuyó la envidia, disfrazada de emulación ó de sana crítica.

No; Vico rendía culto á la sinceridad, á la verdad bella, manifestada con la mímica más propia de la situación cómica ó trágica; jamás «se vió la hechura» de su primorosa labor; y, si la falange irrespetuosa que le parodiaba, como el payaso al atleta, remedó estúpidamente las angustias de asfixia cardiaca del fatigado artista, no pudo robarle el secreto de electrizar á un público que le interrumpía con sus aclamaciones y que, alguna vez, acabó por aplaudirle de pie sobre las butacas del teatro.

«Sentir» hondo y «hablar» claro y á tiempo, ó callar, ó gritar fuerte, como debe de hacerlo el actor que puede y sabe cuándo y para qué; dar «color» y «calor» de naturaleza y vida á los personajes de la farsa, y harmónico conjunto á la representación; he aquí la fórmula artística de aquel que fué encarnación del espíritu nacional, heraldo de la legión de honor y gallardo intérprete de grandezas que hoy ni aun se comprenden, de optimismos que se juzgan cursis, y de pasiones generosas, alborotadas en una época de revolución y ruda controversia; y es que el grito del entusiasmo no repercute en corazones fríos, y que después de vergonzosos desastres nacionales, ha comenzado la época triste en que el marasmo escéptico sólo tiene energías para maldecir de lo pasado, y únicamente pide á la musa de la decadencia la ironía insidiosa, el arañazo felino ó la desvergüenza presidiaria de un género artístico, no ya exótico, ni chico, ni ínfino, sino infame.

Vico fué el coloso; la patria menguó, y no cupo en ella.
Era «grande en chico»; y nos sobraba mucho actor.

Murió en país extranjero y expulsado de la artística casa solariega por el desvío popular que en las grandezas pasadas execra la medida de su actual pequeñez, y su gloriosa vida fué á extinguirse en la horrible soledad de mares enemigos, hacia donde el sol se pone y, uno tras otro, parece que todos nuestros prestigios se desvanecen y diluyen entre las sombras ó en la amargura de las olas.

Con Antonio Vico ha muerto el teatro del poema español, batallador, vehemente, quizás desordenado, pero caballeresco y siempre grande.

El teatro es un espejo, y no puede copiar grandezas cuando ya no las tiene delante.

¿Resucitará? ¿Quién puede dudarlo sin agraviar á esa super-raza que, en alarde de pelea con lo antiguo, sacude la melena modernista con la gallardía del león de la manigua literaria?

Confiemos en los iniciados (por revelación súbita) en todos los secretos, y que nacen explicando á sus padres los secretos de la generación artística que tuvo el honor de producirles.

Volveremos á tener teatro nacional cuando tengamos algo de patria efectiva que pueda reflejarse con decoro dentro del antiguo marco escénico; cuando el amor á España no se juzgue ridículo y se salude en la bandera á la madre augusta, y no se encarnezcan las glorias pasadas, ni se adoren las ajenas, ni se imiten hasta las deformidades de pueblos que, á pesar de su soberbia, nos reputaron por iguales suyos y hoy nos califican de «monos de Europa».

Mientras tanto, contentémonos con un teatro tan chico como el pedazo de patria que aun nos queda, donde se expenda literatura por raciones y alegría en píldoras; resignémonos á ver cómo nuestros actores malogran su talento y sacrifican la sinceridad de su temperamento artístico á la

triste obligación ó al pueril antojo de emular á extranjeros de artificiosa escuela que se mueven como autómatas y ahuecan el tono como por embudo, ó hablan á media voz (cuando se han bebido la otra media), disimulando la falta de inspiración tras de una falsa naturalidad que es rasero igualitario para los eminentes y uniforme de gala para los medianos; y si la sensualidad de un público que no quiere torturar la imaginación con recuerdos de glorias que desdeña ó en la resolución de problemas sociales que no alteran su indiferencia musulmana no se satisface con orgías de colorines, entre resplandor de bengalas y chaparrones musicales, aun quedará en este período de intelectualidad, germinación y renacimiento, el novísimo recreo de la lluvia de «estrellas» de café-concierto, que arrancarán al erotismo de buenas tragaderas el relincho de la bestia humana.

¡Entre tanto, el alma generosa de Antonio Vico, sola y triste, flotará sobre la escena española como aun flamea la bandera antigua sobre las ruinas de la sociedad!

Idólatra de su familia, hermano de sus amigos, andaluz de pura sangre y, como tal, adversario de patrias chicas y de egoísmos y vanidades de campanario, guardaba religioso respeto á lo pasado, que es la gloria, y adoraba á la juventud, que es la esperanza.

A su grandísima cultura no puede achacarse un odio irreflexivo hacia el teatro extranjero; pero su delicado instinto se rebeló contra la indigna tarea de infundir su alma española en maniquíes exóticos, y desoyó el canto de sirena del industrialismo literario con apariencias de cosmopolitismo librecambista; juzgó más dignos de preferencia los versos fáciles de Calderón, de Lope y de Ayala y la prosa de Hartzembusch y de Tamayo, que la alambicada y extravagante gerigonza del neo-gongorismo; y partió siempre sus laureles con la musa de su patria, defendiendo la independencia de nuestro glorioso teatro contra la irrupción bárbara, para que en el marco del proscenio y en vez del cuadro de propias grandezas ó del

espejo de costumbres castizas y decentes, no viera un pueblo honrado la odiosa imagen de la depravación extranjera, exhibida, no para castigo ejemplar del vicio, sino como estímulo pornográfico y reclamo inmoral.

Antonio no tenía miedo al mar, como han escrito muchos, que tomaron en serio sus humorismos; tenía miedo al olvido de un público tornadizo, y sólo cuando se sintió desfallecer en la lucha por la gloria de España y por la vida de sus hijos, ¡pedazos de su alma!, enfermo y desconsolado, seguro de su derrota y náufrago antes de embarcarse, emprendió el último viaje «de aventura» para solicitar de gente enemiga el pedazo de pan que ya le negaba la inconsecuente muchedumbre, cuyos aplausos son cordiales enemigos del que los gana en esta amadísima y desdichada patria nuestra, único país donde muchos niños se mueren de envidia y otros se educan apedreando las estatuas.

LEOPOLDO CANO

APÉNDICES



Cartas íntimas

Martes 29 Marzo.

Mi querido Vico: ya no puedo yo ir á ninguna parte. No he podido asistir á la representación de Pérez Galdós, ni al beneficio de la viuda de Velarde. Las hinchazones de los pies no me permiten calzarme, y tengo que andar con botinas *acuchilladas:* los humores de la cabeza no aguantan chistera, y lo sordo que me he quedado me hace estar en todas partes como tonto en vísperas.

Y como no yendo á ninguna parte, el ir á un drama mío no significaría más que mi afán de hacerme aplaudir y mi empeño en cercenar la gloria de los actores que aún me hacen la honra de representar mis obras, obligándoles á partirla siempre conmigo, cuyos afán y empeño están absolutamente fuera de mis intenciones, me abstengo de votar.

Juana no está para más que esperar con resignación el fin más ó menos lejano de su enfermedad.

Con que me alegraré que la entrada sea un lleno, y que recoja usted buena y doble cosecha de aplausos y de monedas, mientras estará ya en su primer sueño su viejo amigo,

J. Zorrilla.

Sr. D. Antonio Vico:

Mi querido y admirado amigo: recibo con grande gratitud la muestra de cariñoso afecto que me da, enviándome un palco para su beneficio. La noche que se puso *De mala raza* asistí á la representación, y admiré una vez más las maravillosas facultades que ha recibido usted, para el teatro, de Dios, juntando mis humildes aplausos á los fragorosos y entusiastas de aquel transportado público. De igual grado iría esta noche por el autor, uno de mis ídolos como Echegaray; por el actor que lo interpreta, mi actor predilecto, como usted sabe. Pero la muerte de Antonio del Val, primo hermano mío, á quien había criado, queriéndole como á un hijo, me impide ir al teatro, por el duelo reciente que llevo en el corazón, y por el cariño paternal que me inspira su memoria. Dispénseme, pues, y crea que lo siente mucho, en el alma, su admirador y su amigo,

Emilio Castelar.

27 de Marzo 1886.



Mis queridos amigos Calvo y Vico: dos palabras no más, porque salgo esta noche: voy á París con Manolito, que ha pasado un invierno fatal, y que no está bueno todavía.

En París estaré cuatro ó cinco días, y después iré á Ginebra buscando en Suiza mejor temperatura, pues la de Madrid le tiene quebrantadísimo.

Desde París y Ginebra escribiré á ustedes para que estemos en combinación, y poder realizar á tiempo lo que les prometía en mi telegrama.

Ya sé que me han proporcionado ustedes un triunfo colosal: todos convienen en ello y en que han estado ustedes admirables sobre toda ponderación.

Yo hubiera querido ir hoy mismo, pero no sólo lo tenía todo preparado, billetes del *sleeping*, etc., sino que dado lo mal

que se encuentra el chico, ni me atrevo á dejarle en Madrid ni á llevarle á Barcelona sin que antes se reponga algo, pues el calor de ésa dicen que es soberano.

¿Hasta cuándo piensan ustedes estar?

Ya les decía que abreviaré mi expedición, y si á ustedes les parece bien, y no se ha *enfriado mucho* el entusiasmo con *el calor*, iré, á partir del 28, cuando á ustedes les convenga.

No tengo tiempo para más: un abrazo por cada aplauso, y otro por mi cuenta.

Siempre el de siempre,

Echegaray.

Expliquen ustedes todo esto á los amigos para justificar mi tardanza, y reiteren mi simpatía, etc., etc., etc., á Barcelona.



Alicante 19 Marzo 1886.

Mi querido Antonio: supongo que no te habrá extrañado mi largo silencio, conociendo mi natural pereza para escribir y mis muchas ocupaciones, aumentadas hoy con el estudio y ensayos *De mala raza.*

Gran satisfacción tuve por tus triunfos, y ya te lo anuncié en dos telegramas que habrás recibido. En cuanto al éxito *De mala raza,* antes de recibir el parte que me enviaste lo había adivinado, porque el mismo día que estrenaste la obra, leí yo el último acto, y su lectura confirmó el juicio que formulé delante de tí cuando en Valencia me contaste el argumento del drama.

Ha sido una verdadera lástima, Antonio, porque esa obra, arreglado su último acto como te indiqué y estrenada por los dos en la próxima temporada de invierno, hubiera sido uno de los mayores triunfos de D. José, y para nosotros, á más del éxito individual, sesenta representaciones seguras y buenas. Las dos primeros actos son de tal importancia, que no encuentro en todo lo que conozco de D. José, nada más verda-

dero, más humano, más lógico, ni de más seguro efecto; son de un maestrazo, son de él, en el momento más feliz de su inspiración, de su talento y de su conocimiento de la escena. El tercero languidece, porque el drama no va por el camino que debe ir. Aquel viejo, que parecía de granito, resulta de arcilla, con sus ribetes de *Enano de la venta;* el muchacho pierde en interés para el público, porque ya nada puede hacer más que deplorar su situación, y todo el interés del espectador está concentrado en el viejo, *verdadero protagonista* de la obra..... llega el desenlace, y no satisface, porque en él se desmorona un carácter hasta allí bien meditado y perfectamente sostenido; porque no es solución; porque el conflicto ó la desgracia que á todos agobia, continúa siendo la misma y es irremediable; porque Paquita debe ser culpable; debe haber culpa y castigo, y así hay tercer acto y solución radical para todo, y un drama pasmoso.

Además, esta obra no es un aria coreada; necesita conjunto. Hace falta un viejo de tomo y lomo; una damita que sienta y acompañe bien, con experiencia de la escena; una Paquita con muy buen gusto para no meter la pata, y una familia y un D. Prudencio muy discretos y con mucha costumbre de andar desahogadamente por el escenario.

Y ocupémonos de otra cosa, porque ésta ya no tiene remedio.

Gané en Valencia, á más de mi sueldo, dos mil quinientos y pico de duros. Las funciones de Játiva y Gandía me produjeron seis mil pesetas, pagados viajes; es decir, que me quedaron doce mil reales y mi sueldo; y mi negocio en Alicante va regular. El teatro es muy pequeño; lleno de bote en bote hace unos siete mil reales. Tengo el abono más grande que aquí se ha conocido, y con ser así, no pasa de mil trescientos reales diarios sin entradas. Pero aun teniendo en cuenta lo largo de la temporada para tan pobre localidad, creo que no saldré mal, y que podré ganar unos mil duritos á más de mi sueldo. Allá veremos.

Y tú, ¿cómo estás? De salud ya sé que bien, y te felicito cordialmente. ¿Cómo se sostiene la obra? ¿Bien todavía, ó forzadamente? ¿Te pagan? ¿Qué piensas hacer, si terminas ahí antes de lo que suponías? En fin, díme todo lo que te pase, pues ya sabes que todo me interesa.

El día primero de Abril saldré de Alicante para Madrid, y el 2 nos veremos, si estás en ésa para tal fecha.

Mis afectuosos recuerdos á tu señora y á toda tu familia; un abrazo á D. José, y tú recibe otro muy apretado de tu buen amigo,

Rafael Calvo.

Afectos de mis hermanos y de todos los compañeros.



Mi queridísimo Antonio:

Con todo mi corazón deploro no poder aceptar el honor inmenso con que tu solicitud cariñosa desea enaltecer mis dilatados trabajos en nuestro arte.

La coronación que tu cariño y entusiasmo proyectan para refrescar mis sienes, ya marchitas, no puede tener efecto, sin exponerme á consecuencias harto dolorosas quizá.

De antemano, y desde que me hablaste de ella, me siento en extremo conmovido, agitado y presa de emociones que me alejan de todo sosiego.

El doctor D. Guillermo López, que ha venido á visitarme hoy, me ha encontrado tan nervioso y propenso á algún accidente fatal, que me ha prohibido en absoluto aventurarme en la sublime alegría que tu elevación de afectos me preparaba. Según el dictamen de este señor, antes de someterme á ella, necesito á todo trance reposar mi espíritu y dominarle por completo, á fin de preparar sus fuerzas para resistir prueba tan heroica.

Aplacémosla, pues, por unos días, hasta que Dios sea ser-

vido en concederme la entereza de ánimo indispensable á sensación tan extraordinaria; y entretanto, no dudes que en el fondo de mi corazón queda enclavada la más tierna gratitud por la nobleza de tu cariño y sentimientos hacia tu maestro y amigo del alma,

José Valero.

Barcelona 10 Julio 89.

VICO, POETA

A Rafael Calvo en la muerte de su hija Margarita.

A un hermano

SONETO

¡Absorto por la pena que te agita,
hallas tu sér postrado y abatido,
y el corazón, latiendo comprimido,
llanto rebosa, y sin cesar palpita!
¡Aquella flor de luz, de luz bendita!
del jardín de tu amor más preferido,
cambió de aroma, en su verjel florido,
trocándose el jazmín ¡en Margarita!
¡Yo también, tú lo sabes, he apurado
el cáliz del dolor hasta las heces,
y el copioso raudal he devorado!...
¿No he de sentir las ansias que padeces,
si, viéndote gemir y acongojado,
con las tuyas *las mías* reverdeces?

A Rafael

¡Otra vez, hermano mío,
traigo mis versos aquí!
¡En mis fuerzas no confío,
que mi sér y mi albedrío
estaban fijos en tí!
Juntos, al recuerdo santo
de nuestra prole bendita,
trabajábamos, en tanto
que supimos con espanto
la muerte de Margarita.
En vida te electrizó...
Seguir quisiste su vuelo...
Así tu afán lo anheló...
¡Y Dios, que lo decretó,
os ha reunido en el Cielo!
Aquella flor celestial
cuyo aroma te embriagaba
en éxtasis ideal,
anticipó el pedestal
que el Arte te presagiaba.
....
¡Nos dejaste! ¡Estaría escrito!
Mas ¿quién lo sospecharía,
cuando de Talía el grito,
por tu poder infinito
de gozo se estremecía?
Cuando tu temple acerado
y tu gallarda apostura
y aquel acento esmaltado,
era en el mundo, dechado,
¡modelo de galanura!
Amoroso, electrizabas;
tu llanto, nos conmovía,

y fiero, nos aterrabas,
y si versos recitabas,
¿quién como tú los decía?
Aun elevando un altar
que tu Genio proclamara
no te sabrían admirar.
¿Cómo, sin verte, apreciar
tu voz, tu aliento, tu cara?
El estudio portentoso,
el detalle, la armonía,
¡aquel tu estilo brioso,
y el conjunto primoroso
de tu rica fantasía!

. . . .

Y si enaltezco al amigo,
al compañero, al hermano,
¿quién podrá decir conmigo
que fué más leal testigo
de tu apoyo soberano?
Pobre, los mares surcó
dejándome pobre aquí.
¡Todo al volver se logró!
¡Mas todo, todo acabó
ya para él y para mí!
Adiós, ¡Rafael! Reposa
en el sueño que me aterra
en esta vida angustiosa,
¡y que una mano piadosa
nos reuna en la misma tierra!



A mi esposa

SONETO

De esposo y padre, ¡idolatrado dueño!,
vas á privarte con mi ausencia larga,
y el pesar que escribírtelo me embarga,
de decirlo, me fuese más pequeño.
Nunca, mi amor, tu venerado sueño
turbó para su bien mi pena amarga;
¡mas hoy es fuerza que la triste carga
me ayudes á subir, con noble empeño!
¡Sola en tu hogar y por la vez primera,
nuestros hijos harán en tanto duelo,
menos temible tu desdicha fiera!
¡Yo, en medio de ese mar, tendré el consuelo,
de haberte dado aquí la vida entera,
y de buscar la muerte en otro suelo!



A mis hijos

SONETO

¡Cómo lucha la mente arrebatada
por ahuyentar de su temor la pena!,
y ese mismo temor que la enajena,
me dice con ardor: «¡No temas nada!
En esa mar inquieta y desbordada
la dicha encontrarás con faz serena,
y esta vida de afán que te envenena,
verás en gozo, por tu bien, trocada.»
¡Cúmplase el sino, pues! Con rostro yerto
y el corazón partiéndose en pedazos,
¡ni aun me he de despedir! ¡Primero muerto
que ver deshechos tan sublimes lazos,
viendo alejarse en el llorado puerto,
sus caricias, su amor y sus abrazos!



Penas y olvidos

SONETO

¡Nubes de sombra en la agitada mente,
negruzcas abatiéndome á porfía!
¡Para mí convirtióse el claro día
en noche de terror, larga, imponente!
Si dulce halago mi ardorosa frente
allá á su fondo por consuelo envía,
bien pronto desvanece mi alegría
el destino fatal, rudo, insistente.
¡Arte! ¡Trabajo! ¡Hogar! ¡Ideal deshecho!
Esa fué la ilusión de mis sentidos...
¡Ya es losa funeral que oprime al pecho!
Soñé verjel un mundo de ateridos,
donde todo es mezquino, ruín, estrecho..
¡Y brotaron, no más, penas y olvidos!



A los míos

SONETO

No temo, ¡oh mar!, de tu poder la ira;
temo sólo mi horrible sufrimiento,
porque va en mi agitado pensamiento,
otro abismo de lava en que delira.
¡Aumenta, ruge, se retuerce, gira,
y me abrasa la voz y aun el aliento,
y á la tierna expresión del sentimiento,
ni se aplaca, ni calma, ni respira!
¡Lejano el santo hogar! ¡En duro anhelo
muriendo por dar vida á tanta vida,
voy al azar entre la mar y el cielo!
¿Qué lucha más tenaz y más reñida?
¿Os llegaré á abrazar? ¿Tendré el consuelo
de volveros á ver? ¡Que Dios decida!



Navegando

SONETO

Ebrio de malestar, rendido, inerte,
de espesa niebla siempre rodeado,
aquí me encuentro á mi deber atado,
mirando en derredor sombras y muerte.
Tal lo esperaba de mi infausta suerte,
tal me lo dijo el insaciable hado,
y en busca del reposo codiciado,
he sido audaz, y temerario, y fuerte.
Abreme paso, ¡oh mar! Hienda mi nave
de tu líquido abismo el hondo seno,
aunque en tu fondo mi anhelar se acabe.
¡Sepulcro déme Dios más digno y bueno,
que en siete pies de tierra sólo cabe
la ruín envidia y el humano cieno!



¡Valero!

¡Grande como el Oceano,
como él apacible y fiero;
admiró en el mundo entero
con su genio sobrehumano!
Resistirle fuera en vano,
que en su inspiración fundía,
con asombrosa maestría
y talento sin igual,
el personaje real
á su ardiente fantasía.

—

¡Tanta sublime victoria
ya en una fosa se encierra!
¡Cuán fácil cubre la tierra
toda una vida de gloria!
De su venerable historia
creo la página mejor
haber muerto en el calor
de la escena, á que dió vida
con un alma engrandecida
¡por el Arte y el dolor!



A mis padres

(Carta íntima)

Llevo cuatro días,
padres de mi alma,
de estar abrumado
ensayando dramas,
comedias y piezas
y aun otras cosazas.
No os extrañe, viejos,
que no escriba nada;
pues como el correo
sale de mañana,
no estando á la una
la misiva echada,
ya hasta el otro día
no sale la carta.
En mi beneficio
tuve grande entrada.
Doscientos cincuenta
duritos de plata
me han quedado libres;
tres coronas majas
y una fosforera
que es una castaña.
Aquí paró el carro,
y con eso basta,
pues no están los tiempos
para más jaranas,

y ya no hay brillantes
ni aquellas alhajas
que en los beneficios
al actor *armaban*.
Hoy nos contentamos
con media tostada,
y *tutti contenti*
llenando la panza.

Ya la concesión
la tengo *apandada*,
y el diez del que rige
saldrá la manada
de familia y cómicos,
cruzando montañas,
hasta que en Castilla
fijemos la planta.

No estoy decidido
si me iré á Escoriaza,
pues á mi empresario
le debo hacer falta,
y no me conviene
dormirme en las pajas,
y hay que estar alerta
é ir haciendo ganas.

Adiós, papá mío
y madre adorada.
Adjunta una letra
dentro de esta carta,
de reales quinientos.
Da cien á mi hermana,
y tú, con el resto,
me esperas en casa.
Creo tendrás bastante,
mas si no te basta,
ponle cuatro luces
á la inmaculada
Virgen del Amparo,
que es señora guapa.

Cariños de todos,
besos en la cara
de los que vivimos
en esta riada
de Bilbao, á cinco,
Septiembre, sin mancha.



¡A mi Lorencito!

SONETO

¡Lorenzo se llamaba! ¡Vida mia!
¡Cuán bello y cuán hermoso lo miraba!
Sus infantiles años contemplaba
y en su rostro de cielo me veía!
Angel de luz que apenas sonreía
cuando yo con sus risas me extasiaba
bendiciendo al Señor, que me enviaba
aquel iris de paz y de alegría.
¡Destino cruel! De virginal capullo
brotó un clavel al sonreir la aurora
y su aroma exhaló al leve murmullo
de la noche falaz y embriagadora.
Que cierzo aterrador, con falso arrullo,
¡hiela siempre la flor más seductora!



A Elisa Boldum

SONETO

Cual risueña mañana, en claro día
de limpio azul y de apacible calma,
en éxtasis dulcísimo iba tu alma
en alas de tu ardiente fantasía.
Tu dorada existencia así corría
ostentando del Arte rica palma,
y émula de Julián, Maíquez y Talma,
tu acento arrobador nos sostenía...
¡*Negra nube* aparece en Occidente!
Tu sol extingue, tu fulgor apaga,
envolviéndolo todo en su corriente...
¡El huracán triunfó! ¡Ya amor te halaga!
¡la corona de azahar luce en tu frente!
¡mustia la de laurel, cual sombra vaga!



¡A mi Rafaelito!

SONETO

¡Adiós, ángel, adiós! De frescas flores
regué tu lecho, por la muerte frío,
y en desamparo triste, cruel é impío,
quedé llorando horribles sinsabores.
Aumentaron mi pena y mis dolores
de otra amada existencia el gran vacío,
y no comprendo aún ¡cómo, Dios mío,
hallé resignación á tus rigores!..
¡Loco á la vez de angustia y de quebranto,
yo, que el cortejo fúnebre seguía,
á tu lado me ví en el camposanto!
¡No me pesa jamás tanta agonía!
Que si yerto quedé, mudo de espanto,
¡ABRÌ LA CAJA, Y TE BESÉ, ALMA MÌA!



¡Gracias, Señor!

SONETO

¡Gracias, Señor! De la tiniebla oscura
torno á la luz por mágico embeleso,
y ya mi boca siente el dulce beso,
¡tierna expresión de la filial ternura!
Postrado por la horrible calentura
y de la fiebre al delirante peso,
sólo exclamaba en el voraz acceso:
¡Adiós, hijos, esposa, hogar, ventura!
¿Cómo puede explicar tanta mudanza
el que entre negras olas sumergido
halla faros de luz, sol de bonanza?
Náufrago me juzgué. Salvado he sido.
Tú fuiste, *¡oh fe!*, sostén de mi esperanza,
calmando el mar en que me ví perdido.



A Calderón

SONETO

Absorto y admirando tu grandeza,
una noche de estudio y de desvelo,
vino á aumentar mi fatigoso anhelo
celeste imagen, iris de belleza.
Extasiado por tanta gentileza,
juzguéme trasladado al mismo cielo,
y en delirio tenaz y raudo vuelo,
perdí por un instante la cabeza...
¿Fué visión de la mente acalorada,
y ante su luz me prosterné de hinojos,
ó ilusión por la fiebre idealizada?
Yo devoraba un libro con los ojos,
y el alma, absorta, ciega, enamorada,
vió imágenes del cielo en sus antojos.



A la muerte de mi adorado padre

¡Si eres, noche, tan oscura
cual quedó mi pensamiento,
déjame con mi tormento
llorando mi desventura!
Mas si alumbra, por ventura,
ese sol que tanto ansío,
penetra el recuerdo mío
y el dolor que me devora
¡en la tumba donde mora
el cuerpo del padre mío!

—

¡Padre mío! Ni la muerte,
ni el tiempo ya transcurrido
borrar del alma han podido
lo que perdí con perderte!
Como ya no puedo verte
ni tu palabra escuchar,
no hay un día que al mirar
tu imagen en el retrato,
no le imprima el beso grato
que nos habíamos de dar...
Mas ya no sienten calor
la boca ni la mejilla,
que en el contacto no brilla
aquel fuego de tu amor...

Tu imagen, al resplandor
de la luz que el sol envía,
creer hace á mi fantasía,
pues consuela á la razón,
que aun suena en mi corazón
tu beso de cada día!...



En la muerte de mi idolatrada madre

¡Tuve valor para verte
á tí, madre idolatrada,
rígida, yerta y helada
por el frío de le muerte..!
¿Cómo pude, ¡oh, negra suerte!,
sobrevivir, madre mía?
¡Yo que en constante agonía,
cuando, aun viva, te miraba,
el alma se me arrancaba
al pensar que te perdía!...
¡Por ti trabajé afanoso!
¡Por ti en la escena pensé!
¡Por ti inspiración busqué!
¡Por ti me sentí orgulloso!
Y ha *¡tres años!* que anheloso,
cuando alguno *¡madre!* grita,
mi pesar se debilita
y se mitiga mi mal,
¡que á ese nombre *sin igual,*
aun mi corazón se agita!..
En el recinto sagrado
donde mi padre reposa,
abrió mi amor otra fosa
para tu cuerpo adorado.
Así dejé demostrado
¡ay madre!, si te quería,
pues te dí por compañía
al sér que animó tu sér...
Que si allí nos os podéis ver,
¡¡os ven Dios y el alma mía!

A mi Fernandito

SONETO

La misma tarde que aterrado y mudo,
en un nicho á tu hermano me dejaba,
cuán distante mi espíritu pensaba
recibir de tu muerte el golpe rudo!...
Ví que la fiebre en su delirio agudo,
tu rostro angelical desfiguraba,
y pensé, al verte así, que me faltaba
el aire... y Dios, pues que matarte pudo.
Y pudo, por mal, en treinta días
destruir con ardor, á sus antojos,
mis glorias, mi ilusión, mis alegrías,
¡que eran tu boca, tu color, tus ojos!
¡El iris que al salir adormecías,
y ocultaba ante ti sus rayos rojos!



A la muerte

SONETO

¡Implacable visión! ¡Monstruo rastrero!
en negra sombra envuelto me esperabas,
y tus fauces terribles agrandabas,
esperando mi aliento postrimero.
En tu insondable noche, cruel y artero,
como un buitre feroz tú me acechabas,
y la asquerosa mugre de tus babas
relamías soez, en tu ardor fiero.
¿Dónde fué de tu afán el rudo empuje?
¿Dónde de tu poder la confianza?
¡Muge en tus antros cavernosos, muge!
¡Que el ángel de la fe y de la esperanza,
calmando el huracán que airado ruge,
me deja ver un cielo de bonanza!



A Màlaga

SONETO

Ayer dichoso de mi edad temprana,
embriagador recuerdo de hermosura,
¡cuán cerca en el ayer de mi ventura!
¡qué lejos ya, pensando en el mañana!
¡Sino fatal! Por la pendiente vana
descendemos con lenta calentura,
y sacia nuéstro ardor y nuestra hartura
el ¡ay! postrero de la lucha humana.
De las mías cesaron los rigores,
¡que ya se acerca el imponente plazo
y sólo busco paz, no frescas flores!...
Tus laureles conservo en dulce lazo.
Acepta, pues, en cambio á tus favores,
de un hijo tuyo el postrimer abrazo!



El Ateneo

SONETO

Severísimo al par que rico estrado,
es cátedra y dosel del pensamiento,
de la ciencia y el arte alojamiento,
martirio al lenguaraz, potro al osado.
¡Ay de aquel que le suba entusiasmado
en alas de mezquino entendimiento,
que bien pronto vendrá el aturdimiento
á castigar su ensueño acariciado.
Si yo escalé su fatigosa altura,
no fué, por Dios, afán que me alentaba
en busca de una mágica aventura...
Yo sólo sé que la emoción me ahogaba,
que tuve aquella noche calentura,
y que si *charlo* más, mi vida acaba,



¡Ayes!

SONETO

¿Dónde me llevas, mal? Díme tu arcano
¿Por qué te aferras á mi sér ahora
que con ansia febril y embriagadora
es sostén de este hogar mi fuerte mano?...
Del destino tremendo é inhumano
ha llegado tal vez mi infausta hora,
sucumbiendo con ansia aterradora
y viendo con dolor fué todo en vano,
¡Bien vengas, mal, si tu vigor es leve!
¡No vengas, no, si en torbellino rudo
conviertes este ardor en llama breve!...
¿A qué abrumarme con tan recio nudo?
Deja que aquí, Señor, mi voz eleve;
que ¡sólo por mis hijos! á *Tí* acudo.



A mi maestro

SONETO

¡Miradle, él es! Con deslumbrante llama,
el Genio brilla en le y el hermosea,
y la nieve *que en vano* le rodea,
es *aurora eternal* para su fama.
Dejad que enlace á la gigante rama
mi débil hoja, aunque modesta sea,
que el alma al enlazarla se recrea,
y su gigante inspiración me inflama.
Y á ti, culta ciudad, que así engrandeces
del arte de Valero los portentos,
¡bendígate el Señor una y mil veces!
¡Yo brindo por tus glorias y contentos,
y que la Historia esculpa cual mereces
de tus preclaros hijos los talentos!



A Valencia

Breve tiempo necesito,
y más breve explicación
tiene, señores, mi escrito,
que es sólo rayo bendito
de mi pobre inspiración.
De esa inspiración anhelo
en este instante la palma,
y ahuyentando mi recelo
baje de ese claro cielo
para inundar á mi alma.
. . . .
. . . .

Achaques son hoy ya en mí
hablar del *ayer* bendito,
y tal costumbre adquirí,
sin duda, porque ya aquí
hablar de *hoy* no necesito.
¡El ayer!... Palabra sola
que de la vida es arcano,
siniestra, apagada ola
que aturde, juega y asola
el entendimiento humano.
Mas grabada en mi memoria
está, del tiempo pasado,
la página de una historia,
iris de suprema gloria
y de esta ciudad dechado.

¡Veinte años han transcurrido!
Valencia entera lloraba
de gozo mal comprimido,
y aletargado, aturdido,
yo una imagen comtemplaba.
Envuelta en nube de amores
(asombro de mil tocados
y celestiales primores),
cubrió su manto de flores
¡todos los desamparados!
¿Quién no recuerda aquel día
tan grande y conmovedor?
Un segundo parecía,
según la luz y alegría
que nos deparó el Señor!
Frescas y olorosas flores
cubrieron el pavimento,
y clérigos y señores,
obreros y labradores
lanzaban vivas al viento.
No hubo hueco, ni ventana,
ni puerta, ni balconaje,
ni grande ó chica campana,
que no se ostentase ufana
y atronara su lenguaje.
Pájaros de cien colores
en giros mil recorrían,
cual genios fascinadores,
los argentados fulgores
del astro que oscurecían.
Con el incienso, esparcido
en suavísima espiral,
por los cielos difundido,
iba á la vez confundido
el aplauso general.
Y la fe noble y sencilla
que aquel día me llevó
á casarme en la capilla,
ha sido fértil semilla,

que mi hogar vivificó...
Por eso yo, al recordar
hoy aquí mi dicha avara,
me es imposible ocultar
el gozo que, á no dudar,
está asomando á mi cara.
Acepta, Valencia mía,
esta modesta expresión
que mi gratitud te envía,
en memoria de aquel día
de feliz recordación.



A Granada

Hermosa ciudad de amores,
donde, sin duda, Dios quiso
formar otro paraíso
de luz, plantas y colores.
Mansión del arte dechado,
que cuentas en tus victorias
y tradicionales glorias
el más sublime reinado;
y esa tu Alhambra, y tus flores,
y tus cármenes hermosos,
y esos mil bosques umbrosos
de mágicos resplandores;
¡allí, donde el sol caldea
con zafiros y topacios
los diminutos palacios
del ruiseñor que gorjea!...
¡Allí, donde el sol ardiente
derrama su lumbre pura
sobre esa red de verdura,
siempre fresca y transparente!
Sobre ese fanal grandioso
sueño de la fantasía,
mundo de la melodía
y éxtasis del religioso.

En tu cuesta de Gomeles,
y en tu torre de la Vela,
¡gigantesco centinela
de huríes y de donceles!..
¡En tus primores calados,
y en tus airosos minares
y en los muros seculares
de encaje, afiligranados!
¡En esa vega florida
de avasallador paisaje,
innundada del celaje
que os da luz, calor y vida!
¡En esa Sierra Nevada
que festonea tu cielo,
perenne titán de hielo
para la mente abrasada!
Y en todo cuanto rodea
tu fantástico recinto
se ve el soberano instinto
del Dios divino que crea.

Perdóname si atrevido,
hoy te importuna mi acento,
que aguardaba este momento
para abrir mi pecho herido.
Hoy que próximo á partir
de las playas españolas
(árbitro haciendo á las olas
de mi hogar y porvenir),
por si el destino inhumano
al negro abismo me lanza
y mi postrera esperanza
se hunde en el negro oceano,
quiero expresarte mi anhelo,

ay, mi Granada querida!,
¡con mi última despedida,
¡mi asombro y mi desconsuelo!
Que en esta pobre poesía,
por su verdad y su fondo,
va el sentimiento más hondo
que existe en el alma mía.





RELACIÓN

de mi trabajo artístico, desde que llegué el año 70 á Madrid; poetas que he sacado con su primera obra; producciones que he estrenado de autores ya conocidos, y dramas y comedias que he representado del repertorio antiguo y moderno, en doce temporadas cómicas que he trabajado en Madrid, pues dos años he estado fuera, del 71 al 72 en Zaragoza y Galicia, y el 81 en Andalucía.

Poetas cuya primera obra estrené.

Echevarría: Las quintas.—Grandes títulos.—Coronel Esteban.
Coello: El último cuadro. —Príncipe Hamlet.—Mujer propia.
Zapata: La capilla de Lanuza.—El castillo de Simancas.—Corona de abrojos.—El solitario de Yuste.
Laserna: Don Rodrigo.—Honor sin honra.
Sellés: El nudo gordiano.—Maldades que son justicias.—El cielo ó el suelo.—Las esculturas de carne.
Cano: La opinión pública.—El código del honor.—La mariposa.—La Pasionaria.—La moderna idolatría.
Santero: Angel.
Echagüe: Drama eterno.
Bremón: El otro.
Salillas: Dos ideas.
Cano y Cueto: Bajo el Cristo del Perdón.
Jiménez Placer: Idem.

D. Tomás Garrido: Un drama en un acto.
López Muñoz (de Granada): Un drama en tres actos.
Echegaray: Libro talonario. – La esposa del vengador.—La última noche.—Cómo empieza y cómo acaba.—O locura ó santidad.—En el puño de la espada.—Algunas veces aquí.—Lo que no puede decirse.—La muerte en los labios.—Iris de paz.—Morir por no despertar.—Para tal culpa tal pena.—La peste de Otranto.—Vida alegre y muerte triste.
Morejón: Monólogo.—Un drama en tres actos.
E. Alcaraz: Don Pedro Calderón.
V. y Sánchez: El capitán de la muerte.
Balaciart: En aras de la justicia.
Garrido: La fuente de la riqueza.
A. García (de Cádiz): Un drama en un acto.
R. Franquelo: Un drama en tres actos.
A. Vienet: Los Carvajales.
Cavestany: El esclavo de su culpa.—El casino.—Despertar en la sombra.
V. Gómez: La novela del amor.—El roble herido.—El desheredado.
M. Vallejo: Vellido Dolfos.
L. T. Pastor: Pizarro.
J. Labaila (Valencia): Un drama en tres actos.
J. Arjona y *J. Fuentes:* Arte y corazón.
Herreros: Leyes de honor.
Herranz: Arbol sin raíces.—Honrar padre y madre.
Novo y Colson: La manta del caballo.—Vasco Núñez de Balboa.—Corazón de hombre.
Federico San Román: Del dicho al hecho.
Pleguezuelos: Mártires y delincuentes.—Otra en tres actos.
Valdivia: Muralla de hielo.—Otra en tres actos.

Treinta y cinco autores nuevos y estrenados por mí.

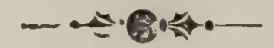
Obras estrenadas por mí, de autores conocidos.

García Gutiérrez: El buen caballero.
Tamayo: Los hombres de bien.
Ayala: Consuelo.
Rubí: Fiarse del porvenir.—Otro drama en cuatro actos.
Duque de Rivas: El desengaño en un sueño.
Castro: Un drama en tres actos.
Santisteban: La Virgen de Atocha.
Gaspar Núñez de Arce: La pesca (lectura).
Bellza: Un drama en tres actos.
Retes: La razón de la fuerza.—Segismundo.—El hereu.
Blasco: ¡El último adiós!
C. Boldum: La muerte civil.
Fernández y González: La muerte de Cisneros.
Marco: Los flacos.
R. Castillo (Barcelona): Pizarro.
E. Gaspar: Las sábanas del cura.
Catalina: Luchas de amor.—Quien mal anda, mal acaba.—Masaniello.
Escrich: El maestro de hacer comedias.
Cañete: En esta vida todo es verdad.
E. Alvarez: Uno en tres actos.—La niña bonita.
M. Larra: Un hombre de bien.

Resumen: Treinta y cinco autores nuevos, que he sacado por primera vez; veintiún autores conocidos, y noventa y siete producciones estrenadas, desde el año 1870 al 84 (inclusive), que son trece años cómicos, pues uno estuve en provincias. He estrenado á más de siete obras por año cómico, que resulta casi dos por mes, pues muchos años he empezado en Octubre y concluído en Carnaval, saliendo luego á provincias.

Obras que he hecho en Madrid, de repertorio.

Boda de Quevedo.—La Huérfana.—Isabel la Católica.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Los hijos de Eduardo.—Virginia.—La carcajada.—Sancho Ortiz de las Roelas.—La jura en Santa Gadea. —Cid Rodrigo de Vivar.—Guzmán el Bueno.—Tercero en discordia.—Traidor, inconfeso y mártir.—Achaques de la vejez.—El tanto por ciento.—El amor y el interés.—El rey de bastos.—El rey y el aventurero.—Los amantes de Teruel.—La bola de nieve.—Lo positivo.—La levita.—La vida es sueño.—García del Castañar.—El Alcalde de Zalamea.—El médico de su honra.—Casa con dos puertas.—La mujer de un artista.—El zapatero y el rey.—Dios los cría...—Catalina Howard.—Margarita de Borgoña.—El padre de la criatura.—Bruno el Tejedor.—Don Juan Tenorio.—La cruz del matrimonio.—Jugar por tabla.—Soldados de plomo.—La campana de la Almudaina.—Por él y por mí.—Otelo.—Cuarto de hora.—La escala de la vida.—La muerte civil.—Cleopatra.—El libre cambio.—Vida alegre y muerte triste.—De mala raza.—Teresa Raquin.



Temporadas de invierno de D. Antonio Vico.

Año 1870 al 71.—Madrid.—Teatro Lope de Rueda; empresa Serrano y Compañía: señoras Castro, Tenorio, Mendoza y Alvarez; señores Cortés, Reig, Parreño y García.—Teatro de la Alhambra; empresa Abreu: señoras Rodríguez, Díaz, Mendoza y Alvarez; señores Fidel López, Chas de Lamothe, Reig, Parreño y García.

71 al 72.—Zaragoza.—Teatro Principal: señoras Castro, Alvarez y Díaz; señores Chas, Reig, Parreño y García.

72 al 73.—Madrid.—Teatro Español; empresa Roca: señoras Lamadrid, Boldum é Hijosa; señores Buron, Zamora, Pizarroso, Morales y García.

73 al 74.—Madrid.—Teatro de Apolo (inauguración); empresa Catalina; señoras doña Matilde Díez, Castro y Alverá; señores Romea

(D. Florencio), Cepillo, D. Mariano Fernández, Parreño y Calvo (D. Manuel).

74 al 75.—Madrid.—Teatro Español; empresa Catalina: señoras doña Matilde Díez, Castro, Alverá, Mendoza y Fernández; señores Romea (D. Florencio), Cepillo, Morales, Parreño, Calvo (D. Manuel) y Castilla.

75 al 76.—Madrid.—Teatro de Apolo; empresa Vico: señoras doña Matilde Díez, doña Teodora Lamadrid, Liron y Lombia; señores Mata, Mela, Maza, Reig y Parreño.

76 al 77.—Madrid.—Teatro Español; empresa Ducazcal: señoras Boldum, Marín y Contreras; señores Cepillo, Oltra, Riquelme y Romea (D. Julián).

77 al 78.—Madrid.—Teatro Español; empresa Ducazcal: señoras Dardalla, Cairon, Marín, Contreras y doña Matilde Díez; señores Valero, Zamora, Parreño, Rodríguez (D. A.) y D. Mariano Fernández.

78 al 79.—Madrid.—Teatro de Apolo; empresa Morales: señores Reig, Sánchez de León, Corominas, Castilla y Altarriba.

79 al 80.—Madrid.—Teatro Español; empresa Ducazcal; señorita Mendoza y señora Marín; señores Calvo (D. Rafael y D. Ricardo) y Donato Jiménez.

80 al 81.—Madrid y Zaragoza.—Teatros Español y Principal; empresa Ducazcal: señores Calvo (D. Rafael y D. Ricardo), Morales-Donato Jiménez y D. MarianoFernández.

81 al 82.—Andalucía y Madrid.—Teatros de Málaga, Apolo (cinco funciones), Sevilla, Cádiz, Málaga y Alhambra (cinco funciones); empresa Vico: señoras Mendoza, Marín y Constán; señores Sánchez de León, Parreño y Valero (hijo).

82 al 83.—Madrid.—Teatro de Apolo; empresa Roca: señoras Cairon, Alverá y Marín; señores Valero, Morales, González, Parreño y Valero (hijo).

83 al 84.—Madrid.—Teatro de la Zarzuela; empresa Vico-Arderíus: señoras Mendoza, Lombia, Casado y Domínguez; señores González, Cachet, Parreño y García.

84 al 85.—Madrid.—Teatro Español; empresa Vico-Ducazcal: señoras Tubau, Cirera y Casado; señores Catalina, Cirera, D. Mariano Fernández, Pérez y Parreño

85 al 86.—Madrid.—Teatro Español; empresa Vico-Ducazcal: se-

ñoras Cirera, Casado y Gambardella; señores González, D. Mariano Fernández, Parreño, Pérez y D. Victorino Tamayo.

86 al 87.-Madrid.—Teatro Español; unión y empresa Calvo-Vico.

87 al 88.—Madrid.—Teatro Español (denuncia) y Teatro de la Princesa; empresa Vico-Calvo.

88 al 89.—Madrid.—Teatro Español; empresa Vico.

89 al 90.—Lo mismo.

90 al 91.—Teatro de la Princesa y Valencia; señoras D.ª Rafaela García, Lloréns y Contreras; señores D. José González, Vallarino y Herrera.

91 al 92.—Teatro de la Comedia; señoras D.ª Rafaela García y Cobeña; señores, Mario, Perrín y Thuiller.

92 al 93.—Teatro de la Princesa y en Portugal.—Estreno de *Thermidor*.—En Agosto del 93, primer viaje á América.

93 al 94.—Teatro Español.

94 al 95.—Teatro Apolo y en Valencia.

95 al 96.—Teatro de la Zarzuela; en gAosto, *Juan José*.

96 al 97.—Teatro de Novedades.

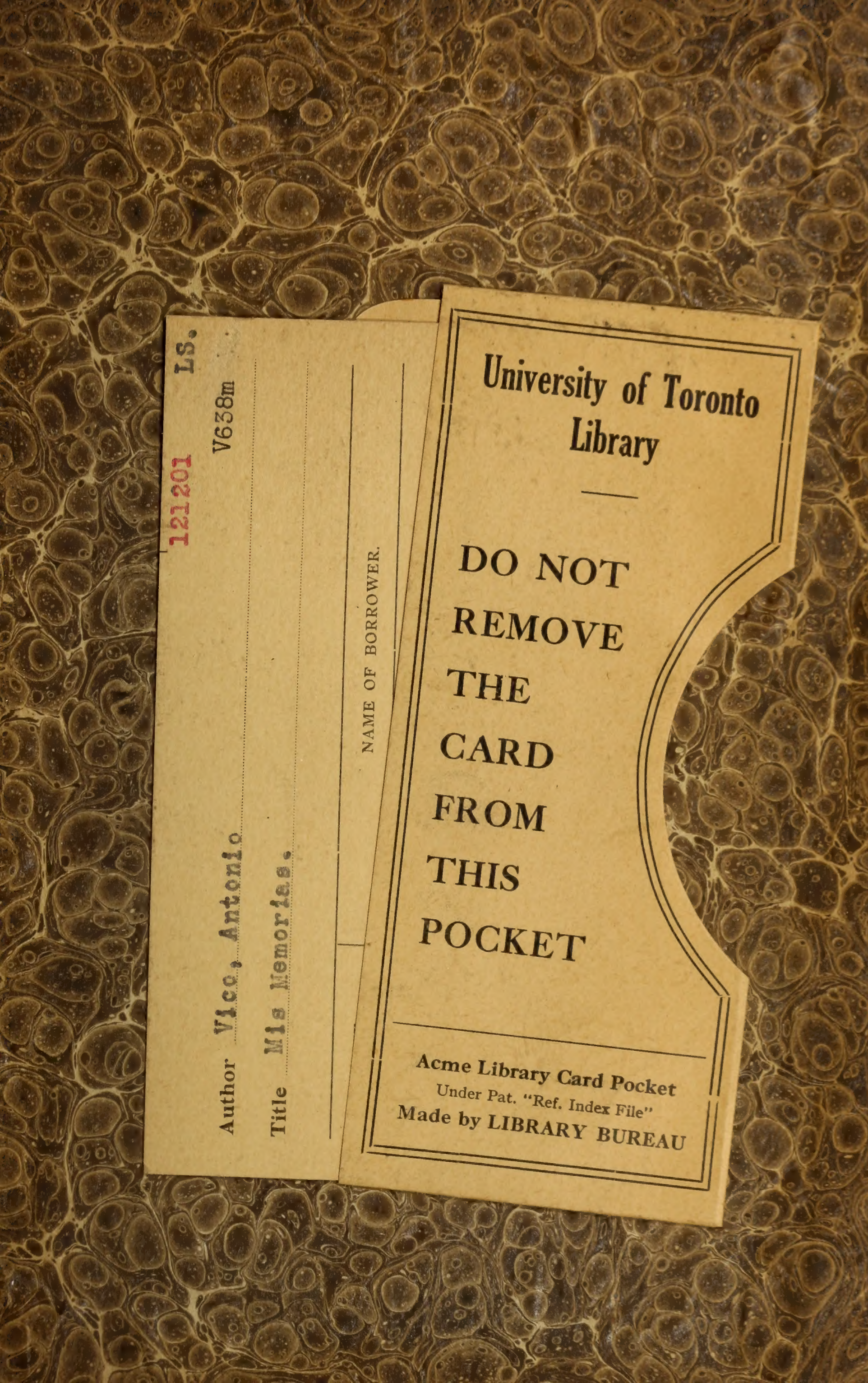
97 al 98.—Teatro Español.—Estreno de *Cleopatra*.

98 al 99.—Teatro de la Princesa.—Estreno de *Teresa Raquín*.

99 al 900.—En América.

900 al 901.—En América.




University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
121201
LS. V638m
Author Vico, Antonio
Title Mis Memorias.
NAME OF BORROWER.

